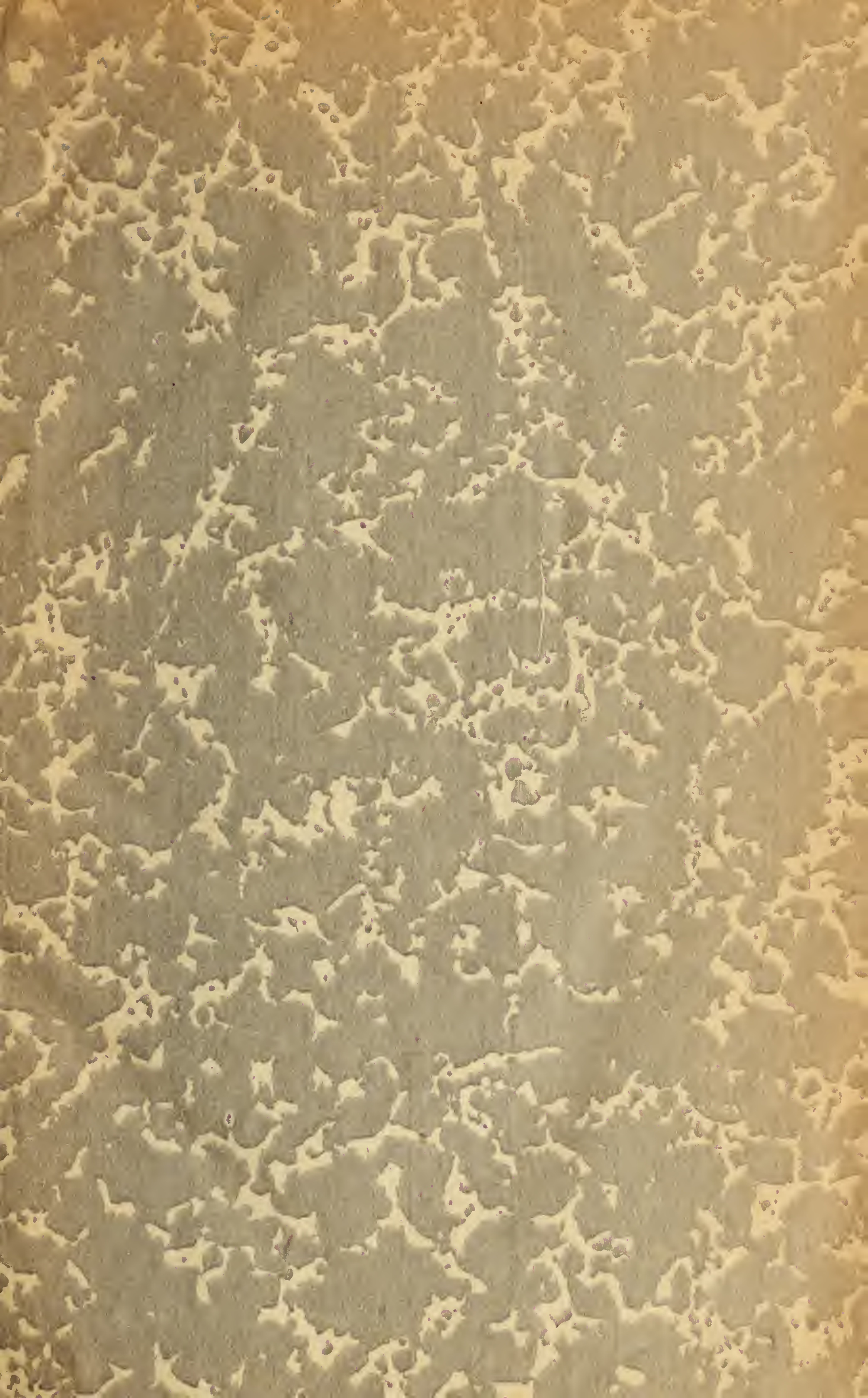

3 1761 08695839 4





LA HORA DEL AMOR

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

LA HORA DEL AMOR



TERCERA EDICIÓN

MADRID
V. H. Sanz Calleja. — Editores e Impresores.
CASA CENTRAL: MONTERA, 31.—TALLERES: RONDA DE ATOCHA, 23

I

Acabó de colocar los nardos en el búcaro y paseó la mirada por el gabinete. Aquello era agradable y Margarita se sintió bien; tuvo una sensación de bienestar, de satisfacción, como si la acariciase lo acogedor, lo tibio de la casa, algo de calor de nido. Era lindo y sencillo su gabinete; tenía un espíritu suave como una seducción, como un lazo, en su ambiente adormecedor. El suelo, cubierto de tapices, sobre el brillo lustroso de la madera encerada, daba a la vez sensación de abrigo y limpieza; las cortinas de terciopelo, amplias y pesantes, con sus barras doradas y macizas, caían en pliegues severos, evitando el amaneramiento de rizos y recovecos, y hacían más confidencial, más íntima la estancia; parecía que acercaba más los objetos unos a otros; que quitaban el agrio de los huecos; que apagaban la voz y daban mayor intimidad, mayor aislamiento de todo el resto. La chimenea de leña chisporroteaba con esa alegría campesina que ponen sus llamas en los cortinajes y en las porcelanas, que se veían por todas partes, alternando con objetos de bronce; todo sabiamente escogido, evitando el sello de fábrica y de bazar; bellos por la solidez de su material, por sus formas graciosas, por los brillos de luz en el metal y por los reflejos de agua de la cerámica. Todo bajo la luz discreta de la lámpara de gran pantalla, esas pantallas protectoras que tienen como alas de clueca para cobijarlo todo. La mesilla del té lucía cargada de esos mil utensilios elegantes: servilletitas de encaje, teteras de barro, tazas de rayas azules y blancas, con la ga-

llardía del azul. El agua bullía en el cacharro de metal enchufado en la luz eléctrica, dejando oir esa alegre canción de *samovar*, propia de los hogares que forman como un refugio contra el ambiente exterior frío y poco propicio.

Margarita pareció darse cuenta de cada cosa y de todo aquel conjunto, y luego dirigió la mirada al reloj.

—Las siete menos cinco.

Murmuró esas palabras como si en lugar de un número hubiera leído en su esfera.

—La hora del amor.

Y con una seguridad apacible vertió el agua sobre las hojas del té, y tomando un libro, lo abrió por la señal puesta entre sus páginas y lo colocó sobre la mesa, cerca de la cajita de hierro donde esperaban los cigarrillos a un ausente que no debía tardar.

Su oído atento percibió el ruido de la llave en la cerradura de la puerta de entrada, y pocos momentos después una figura juvenil y esbelta aparecía entre los portieres.

—¡Miguel!

Salió a su encuentro llena de ternura inefable. El se inclinó y la besó ruidosamente en las mejillas.

Era un hombre alto, fuerte, con unas facciones francas, abiertas, llenas de una lealtad noble y alegre, mezclada a algo de dulcemente ingenuo, casi infantil.

Su aspecto de lozanía y de salud formaba contraste con la belleza frágil, delicada y rubia de Margarita. Parecía que se verificaba en ellos una atracción de naturalezas opuestas tendiendo a completarse.

El la miró atentamente y le dijo:

—Estás muy pálida; tienes los ojos tristes. ¿Te sucede algo desagradable?

—No—repuso ella, un poco confusa.

—No me ocultes que algo te pasa—insistió él.

—He dormido poco.

—¿Por qué?

—Padecí de jaqueca.

El la miró de nuevo con inquietud y la estrechó contra su pecho murmurando un

—No...

conmovido y largo como una protesta contra el mal.

—No, no me digas que estás enferma. Me asusta esa idea.

Le estrechaba las manos y le tocaba la frente con un cuidado ansioso.

—¡Oh! Esto que a ti te alarma a mí me hace feliz—dijo ella.—Quisiera estar enferma para que tú me cuidaras y me mimaras mucho.

—¡Loca! ¿No te quiero y te mimo lo bastante así?

—Es cierto; pero ¡me hace tan feliz tu cariño!

Lo condujo hacia un diván, con el que había sabido evitar la aglomeración de sillas vulgares en la estancia.

—¿Ya tenías el té hecho?—preguntó Miguel.

—Sí.

—¿Tanta confianza tienes en que no he de tardar? ¡Estás demasiado consentida—añadió él con acento chancero de íntima ternura.

—Naturalmente. Confío en ti por entero... y además... tenía prisa por que no perdiéramos el tiempo en continuar nuestra lectura. Esa «Condesa Martín» de *El Lirio Rojo* me interesa tanto, que he tenido que hacer esfuerzos para no leer yo sola.

—Eso hubiera sido una infidelidad que me hubiera disgustado.

—¿Una infidelidad?

—Sí. Todo lo que se me escape de ti, de tu pensamiento, de tu confianza es una infidelidad... y grave. Te has aficionado demasiado a la lectura, y eso me complace, pero no me gusta. A veces prefieres que te lea a que te bese.

—Es que me besas leyendo, Miguel mío; yo antes no com-

prendía cosas que tú me has enseñado. Tú me has hecho distinta de como era... tuya... y no te debes quejar.

—¡Lisonjera!—exclamó Miguel, mientras le ofrecía su taza de té.—¡Cómo sabes cuánto me halaga esto, cómo te hace mía ese abandono en que yo formo todo tu pensamiento, e influyo en ti tan por completo! Ven, siéntate aquí y escúchame... pero muy cerquita.

Y mientras Margarita se recostaba contra su pecho y acariciaba su crespa cabellera con la manecita de niña, la voz grave y bien timbrada de Miguel resonó con algo de armonía de órgano, desplegándose solemne y acariciante en el ambiente confidencial de la estancia como en un oficio sagrado en el que el humo del té y del cigarrillo fuesen hacia la verdadera divinidad en la ofrenda de un amor puro y arraigado.

Unos discretos golpes en la puerta interrumpieron la lectura.

—¿Tiene la bondad la señora de salir un momento?—dijo con indecisión la voz de la doncella.

Margarita se levantó presurosa.

—¿Dónde vas?—preguntó él con su voz de niño contrariado.

—Espera...

Y se escapó de entre sus brazos, como si tuviese miedo de que la retuviera.

En la media luz del pasillo se detuvo. Era como un despertar, como un volver a otra vida el alejarse de aquel albergue tibio en que la mecía con su incienso el perfume del amor de Miguel. Compuso su expresión abandonada a su dulzura, tomando ese aspecto conveniente con que las mujeres saben ocultar su intimidad y prepararse para el espectáculo. Su rostro adquirió una expresión afable, rasgó la sonrisa, que debía permanecer inmóvil y forzada sobre sus labios, y entró en el comedor. Allí, de pie, con el sombrero entre las manos, había un hombre del pueblo.

—¡Hola, señor Luis!...—dijo ella con un acento afectuoso en cuya exageración se notaba la falta de sinceridad.—Había olvidado que hoy es primero de trimestre... Si usted pudiera dispensarme... volver dentro de unos días.

Aquel hombre hosco, huraño y sucio, paseó la mirada por el rostro delicado y el gracioso cuerpo de Margarita con algo de deleite.

—Ya sabe la señora que yo nada puedo hacer... a mí me mandan... el señor dice que no puede esperar... y cuando uno se compromete a una cosa... Ya he venido hoy dos veces.

—Pero ya sabe que le he rogado que no venga a esta hora.

—Los que trabajamos no estamos para tantas comodidades—repuso él con acritud, levantando la voz;—desde las ocho de la mañana ando subiendo y bajando escaleras... ¡y que está bueno el día!

Margarita miró con sobresalto hacia la puerta.

—Chist... calle... Tengo visita... Dígale usted al señor que ya sabe que no le falto nunca... una excepción... una pequeña tregua.

Con su voz mimosa se esforzó en convencer a aquel hombre para que la esperasen unos días en el pago que venía a exigirle. El parecía complacerse en humillarla y en verla suplicar, como si aquello la inferiorizase y se la entregase, de algún modo.

Margarita hablaba con calor, con apresuramiento, bajando la voz y recelosa de poder ser oída por su amante. Al fin aquel hombre pareció ablandarse a sus ruegos.

—Bueno... yo no sé lo que me dirá a mí el señor, pero quiero servir a la señora... La esperaremos hasta fin de semana... pero otra cosa es imposible. El viernes volveré.

Y se alejó, dando torpemente vueltas en la mano a su sombrero y clavando en la joven una mirada de reojo, maliciosa y procaz, al tiempo que la saludaba.

—¡Hasta el viernes! Ya lo sabe usted. No puede ser ni un día más. Lo hago bajo mi responsabilidad.

Cuando se perdió su figura en el pasillo, Margarita se volvió con despecho hacia su doncella.

—¿Por qué me has llamado?—preguntó con tono de reconvención.

—No he tenido más remedio—respondió la criada, con esa seguridad y esa desenvoltura de las criadas que saben todos los secretos y obran en complicidad con los dueños.—¡Si usted lo hubiera oído! Delante de la señora se amansa; pero empezó a chillar y temí que lo oyesen.

Margarita hizo un gesto de resignación, y volvió con paso presuroso a su gabinete.

Se detuvo en la puerta como para borrar la mala impresión antes de entrar, guiada por un sentimiento semejante al que haría descalzarse al primer creyente para pisar el suelo de su mezquita.

Miguel, con el libro al lado, dormitaba cerca del hogar, cuyas llamas parecían juguetear arrojando reflejos de luz o formando arabescos de sombra sobre su rostro y su cabellera. Ella suspiró y avanzó lentamente, dolorida... como si faltase su fe en lo duradero de aquella felicidad, como si hubiese en aquella placidez algo de falso, de deleznable, de falto de raigambre y de cimiento.

—¡Cuánto has tardado!—murmuró él con cariñosa reconvención, aunque se notaba en su voz que un adormecimiento de bienestar no le había dejado darse cuenta del tiempo.

—Estos días son terribles para las dueñas de casa—dijo ella con una sonrisa,—aunque tengo dicho que a esta hora no me molesten, porque en esta hora no quiero que exista nada que no seas tú, a veces...

—No te disculpes... me hago cargo, pero yo te quiero siem-

pre al lado mío... en todos los momentos. ¡Me pareció oír la voz de un hombre!

—Uno de los proveedores.

—Hola, mi querida economista.

—Sí, ríete, pero no tendrá más que hacer un ministro de Hacienda que una dueña de casa, cuando está sola como yo en estas cosas demasiado pequeñas para compartirlas contigo.

—Pero yo te ayudo en todo; te aconsejo... soy tu interventor y evito alguna locurilla de esa cabecita encantadora. Esto de verte hacer frente a la vida con tus propios recursos me gusta y me divierte. Eres como una niña que juega a la señora formal; me entusiasmas.

Mientras hablaba se había levantado y enlazaba a Margarita por el talle, cubriendo de besos su rostro y su cabellera.

Ella se los devolvía uno a uno, feliz, satisfecha, olvidada de todo lo que no fuera su amor; pero de vez en cuando se quedaba meditativa, silenciosa, inmóvil y disgustada. Se sentía culpable de una ocultación, como de una traición al no revelarse por entero; pero los años de silencio se unían para formar como una muralla muy espesa, muy cerrada, que no podía derribar sin peligro de quedar sepultada bajo ella. ¿Qué diría Miguel de tantos años de disimulo? Además, la razón de su silencio no había desaparecido. Temía causar una sensación de repugnancia a su amante poniendo ante sus ojos toda la tramoya y el engaño de su vida de mujer fuerte que tanto admiraba él.

Miguel, tranquilo y confiado, la llevó dulcemente hasta su asiento.

—Dame otra taza de té y leamos un poco—dijo.

Y otra vez se elevó su voz como una plegaria que borró todas las inquietudes del alma de Margarita, haciéndole olvidar todas las preocupaciones y todas las contrariedades, absorta en su sueño de amor.

II

Apenas se cerró la puerta detrás de Miguel, Margarita se dejó caer en el diván y un suspiro tristísimo se escapó de su garganta.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Cómo voy a salir de todo esto?

Era la pregunta que se repetía continuamente desde hacía algún tiempo. Su vida se desplegaba ante ella en la evocación, como en uno de esos balances solemnes que todos hacemos a veces con nosotros mismos. Hija de una familia acomodada, Margarita se había casado muy joven con un hombre que le doblaba la edad y que había sido una especie de padre previsor para rodearla de atenciones y de comodidad. Ella pasaba la vida en una inconsciencia de la vida misma, sumida en la vulgaridad rutinaria, mediocre y casera, sin una convulsión de pasiones ni una inquietud o un anhelo de nada desconocido. Seguía aquella tradición de vivir provinciano, tal como la había visto en su madre y en las mujeres de su familia, obedientes al marido como a un jefe indiscutible, al que acataban de un modo irracional, mientras su vida iba pasando en la ocupación monótona y diaria de las faenas domésticas, sin más horizonte que el de las paredes de su casa.

Ella no sabía nada de los negocios de su marido, ni del estado de su fortuna. El lo dirigía todo y se ocupaba del presupuesto de gastos de la familia. Su existencia era fácil, sencilla, agradable, y tan acostumbrada estaba a su rutina, que ni siquiera sentía el aburrimiento de su pereza y de la periodicidad de sus ocupaciones; quería a su marido sin haber llegado a amarlo, y lo respetaba sin una estimación fundada y consciente. El lazo de su hogar era la costumbre, la atrofia de la imaginación con que vivía su existencia mecánica. Aho-

ra, mirando hacia atrás, se creía que no era ella aquella misma mujer y sentía lástima de *la otra*, que no había divisado los muevos horizontes que le daban a ella tan íntima ventura. Pero, en cambio, la vida aquella pasada no tenía deficultades ni inquietudes. Estas habían empezado cuando murió su esposo, aunque bien podía dar aquella fecha como la de un nuevo nacimiento para ella, como su verdadera iniciación en la vida. Sintió a su marido como a un buen amigo, un compañero bondadoso al que estaba agradecida por su cariñosa bondad. La amargura que le produjo su muerte iba unida a la de su cambio de vida. Se vió obligada a ocuparse de asuntos que no entendía; a recibir continuas visitas de señores extraños, abogados, procuradores y testamentarios, que la hablaban de nogocios, de deudas, de pagos. Los asuntos de su marido parecían algo embrollados. Tuvo que vender una gran parte de sus fincas, de su mobiliario, reducir sus gastos. Frente a todo aquello ella había tenido, como una revelación de sí misma, un instinto que la obligó a defenderse, mirando a cada una de aquellas personas como a un enemigo encubierto.

Al fin había logrado arreglar su situación y verse libre de toda la red de incidentes y disposiciones judiciales que la atormentaban. Vendió las cosas que le eran menos queridas, y pudo cimentar su situación, modesta y tranquila. Le quedaba una finca urbana, cuya renta, libre de gastos, le producía para vivir con holgura. Recordaba con pesar que había tenido en su mano la liberación y la tranquilidad y la había perdido locamente. Su situación de mujer viuda la había deslumbrado. Tuvo amistades con damas que le hacían alternar en círculos a los que su fortuna no le daba derecho, y sin darse cuenta exageró sus gastos hasta producir una desnivelación que iba de día en día en aumento. Tuvo días muy tristes en los que le fué preciso llevar sus alhajas y sus ropas a las casas de préstamos. Cuando su situación empezó a adi-

vinarse, llegaron para ella los desengaños: amigas que huían, gentes que evitaban saludarla, conocimientos que se negaban a recibirla. Los criados se habían ido despidiendo unos detrás de otros desde el día en que empezó a tomar estrecha cuenta de sus gastos.

Margarita, que no había pensado en analizar jamás el afecto de los otros, y que tan noblemente había confiado en él, vió con profundo pesar que pocas simpatías se habían cimentado sobre un aprecio sincero. Advirtió con horror cómo muchos de aquellos amigos que creyó tan adictos y de aquellos señores graves que le hablaban de negocios, hasta los que habían sido los amigos más sinceros de su marido, se creían autorizados para perseguirla con pretensiones absurdas y groseras, sin respeto ninguno.

Aquel mundo a que se había asomado le dió asco. En aquellos momentos de desconcierto, de ansiedad, de vacilación, había conocido a Miguel. Miguel era un hombre aparte, extraño, verdaderamente superior. De un talento claro, de un temperamento de artista, de un espíritu de justicia sereno y arraigado, había en él un reposo, una dignidad y una severidad que desde el primer momento le conquistaron la confianza de Margarita. El fué, quizás, el único que no pretendió su conquista.

Pero Margarita, que le había hablado de su alma, no se atrevió a hablarle de su situación; se asustó ante la idea de que su ruina pudiese influir de un modo desfavorable en el ánimo de un hombre tan distinguido en todas sus manifestaciones. Hubo en ella esa falsa vergüenza de las mujeres vulgares a descubrir su situación. Fué por Miguel, por aquel cariño que se iba introduciendo dulcemente en su alma, por lo que Margarita experimentó el ferviente deseo de rehacer su vida tranquila, buena, respetada; estaba casi convencida que para ser considerada por la sociedad era necesario tener una situación independiente. Aquel deseo, aquel anhelo

bueno, no hizo más que empeorar su suerte. Resignándose a sus privaciones poco a poco, su renta hubiera podido enjugar su deuda. Pero ella no se resignó. Quería seguir ante Miguel en la misma situación en que él la había conocido. El le había impreso a su alma un nuevo derrotero; le había hablado un lenguaje al que no estaba acostumbrada. Bajo aquella influencia su espíritu se refinaba, penetrando en él una ansiedad desconocida de belleza, de pureza, de verdad, que algunas veces llegaba a ser atormentadora; pero que se realizaba en la amistad y el mutuo cariño que los unía. ¿Cómo habían llegado a ser amantes? No lo sabía aún. Indudablemente se habían amado sin saberlo, sin pretenderlo; se habían aproximado sin desconfiar uno de otro, sin desplegar todas esas armas de coquetería, en la defensiva y la acometividad que ocultan el espíritu en su juego; y un día la juventud había hecho traición a su lealtad y su cariño para unirlos en un amor de amantes, casto y vehemente a un tiempo mismo; que se había fortalecido de año en año en su seguridad, su fe, su compenetración.

Margarita tenía una plena confianza y una pasión profunda por su amante; no hubiera sido capaz de traicionarlo ni ofenderlo con el más simple pensamiento; pero su confianza había llegado a establecerse demasiado tarde para poderle revelar el embrollo de su situación. Ella deseaba darle siempre aquella sensación de bienestar burgués, de clase media acomodada, que le hacía agradable su hogar; que cada día lo atraía más hacia él. Conocía la repugnancia de Miguel hacia todas aquellas luchas que la rodeaban y que él no había conocido jamás. Ella se daba cuenta de que Miguel no podía comprender todo aquello; tenía miedo de que el espectáculo de su miseria y sus apuros influyera estéticamente sobre él de un modo desfavorable a su amor. Aquella idea la aterraba. Veía que uno de los factores del cariño de Miguel hacia ella era algo de ese orgullo paternal y creador que suele haber en

los hombres superiores; ese sentimiento de donde brota la fuente de la idea de todo creador amando a su creatura. El la quería como una creación suya, como una inteligencia engendrada y guiada por él. ¿Le perdonaría tantos años de disimulo cada vez que había alabado sus dotes de mujer administrativa y casera? ¿Por qué no se lo había confesado todo? Ya era tarde y debía callar. Siempre con una esperanza de prolongar su situación difícil y poder vencerla.

La fatalidad era aquella operación que había hecho para arreglar su situación primera hipotecando su renta. Había creído poder economizar para pagar los créditos y amortizar su deuda, pero cada trimestre su esperanza no se realizaba. No tenía fuerzas de voluntad para hacer más economías que Miguel, sin conocer el motivo, no se hubiera explicado. No era capaz de explicarse de una porción de cosas superfluas y necesarias a su belleza, que agradaban a Miguel. Quería conservar la misma situación al lado suyo. Así cada trimestre remachaba un nuevo eslabón de la cadena que la ligaba a la usura.

Nadie más que ella conocía la angustia de aquellos balances, lápiz en mano, en los que cada día las cantidades extraordinarias que se habían de pagar iban en aumento, y los ingresos disminuían. Eran necesarias nuevas deudas cada vez para amortizar las antiguas, y la brecha crecía, crecía, apremiaba, amenazaba tragarla en ella cuando ya no tuviese medios de dar dinero a todas aquellas gentes. Sentía a veces ansias de contárselo todo a Miguel, pero aquella absurda idea que ligaba la pérdida de su fortuna a la pérdida de su amor le hacía callar siempre.

Su carácter, algo ligero e inconsciente, venía, de otra parte, en su ayuda para mantener el mismo estado de cosas. Pasados aquellos agobiadores días del trimestre, parecía como olvidarlo todo, ante la tregua establecida. Se adormecía en su amor, tan leal y tan constante, y sólo a la llegada del nuevo

trimestre volvía a agudizarse su inquietud, su tormento, sin más compensación que la dulzura infinita de aquellas horas de amor que a veces le hacían preguntarse con remordimiento si no era culpable al creerse desdichada poseyendo el bien de un cariño tan extraordinario.

Alguna vez, en sus momentos de pasión, Miguel le había hablado de vivir siempre juntos.

—Un hombre en casa, si se le ama es molesto, y si no se le quiere es insoportable—había contestado ella, haciéndose una gran violencia para pronunciar esas palabras, que despertaban en él el sentimiento de la libertad, y que se veía obligada a decir recordando lo falso de su situación.

Hasta alguna vez se había hablado, vagamente, de matrimonio, y ella, siempre bajo el influjo de la idea martirizadora, había dicho:

—¿Para qué? Es mejor estar unidos sólo por el amor y poder separarse el día que se acabe.

Y lo decía con la serena convicción de su fe en la firmeza de un cariño que no había de acabarse jamás.

Así había pasado el tiempo, lentamente para su amor, inmovilizado, como si lo respetase; sin una interrupción en su intensidad ni en su constancia; pero agudo, cruel, precipitado y punzante para acelerar la tragedia de su vida.

Se acercaba el momento crítico, el momento terrible. Aquel trimestre las deudas eran mayores que los ingresos. Le faltaba todo, todo, para conformar a los acreedores y para atender a sus gastos diarios. Asustada, aterrorizada, se repetía aquella pregunta:

—¿Qué hacer?

Aunque no encontraba la respuesta se sentía llena de ánimo, de fuerza. Se confiaba un poco a esa especie de inconsciencia que se adquiere cuando una y otra vez se ha pedido, se ha intrigado, se ha aguzado funestamente el ingenio en esa lucha

sorda de la usura que destroza a un noventa y nueve por ciento de la humanidad y que desmoraliza y deprime.

Se confiaba a la suerte, a una lotería desconocida, a un azar improbable. Su fe era más bien una temeridad que allá, en el fondo, cada vez que se preguntaba:

—¿Cómo salir de este apuro? ¿Qué haré yo, Dios mío?

Parecía contestar:

—No lo sé... no lo sé... pero yo saldré.

III

La chispa luminosa brotó al fin: Una segunda hipoteca. Si ella la pudiese encontrar pagaría todo lo menudo, y no quedándole ya ningún otro apremio, podría atender a librar su renta de aquel terrible gravamen. Era la única solución, pero ¿encontraría quien quisiera hacer aquella segunda hipoteca? Sabía por experiencia que las operaciones con mujeres solas eran dificultosas y difíciles, por más que se tratase de mujeres solventes. Parecía que en torno de ellas se acentuaba la malevolencia, el desamparo, que los usureros les daban más claramente la sensación de su superioridad para poderlas explotar mejor. Ya había pagado más de dos veces el total de aquella funesta cantidad que le habían prestado, y por un fenómeno extraño, cada vez su deuda aumentaba, como una planta maldita a la que las cantidades que entregaba hacían más lozana. Experimentaba la sensación de que aquella deuda habría de perseguirla hasta la muerte, más allá, implacable e inmodificable como la pena eterna.

Aquella mañana se levantó temprano. La impresión de la visita de Miguel se había esfumado bajo el influjo de sus pen-

samientos dolorosos, y con la evocación de la figura de aquel hombre hosco y huraño, aquel señor Luis que había ido a cobrar el trimestre de su hipoteca y que de un modo tan inapelable le había dicho:

—Esperaremos hasta el viernes; ni un día más.

Tenía sólo tres días de plazo.

Recorría con avidez la plana de anuncios de los periódicos, deteniéndose en esas negritas redondas y atrayentes, tan inmorales bajo su sencillez aparente, que no forman más que una sola palabra: DINERO. La palabra corruptora que había de fijar los ojos de tantos desgraciados y debajo: «Se facilita en buenas condiciones, propietarios, primera y segunda hipoteca. Calle de San Fermín, núm. 15. De siete a nueve de la noche. Reserva y discreción».

Y en aquella columna que manchaba el papel estaba repetida la palabra siniestra y tentadora, que parecía dejar oír su ruido metálico

DINERO
DINERO
DINERO

Se daba por todo y para todo: «Sueldos del Estado», «Pensionistas», «Comerciantes», «Sobre muebles»... Parecía que no había cosa más fácil, más altruísta, más al alcance de todos. Le parecía más bien una sociedad de beneficencia que una aterradora Liga de usureros. ¡Todo protegía a aquellos hombres! Se les ofrecía la publicidad, con su condescendencia de buscona advenediza; se prostituía para cobrar unos céntimos de aquel dinero, haciendo sufrir al noble arte de imprimir la lascivia y la ofensa.

Tenía que aprovechar aquella única tarde en que no iba Miguel para escaparse a buscar aquel remedio que se le ofrecía tan a la desesperada.

Un poco antes de las siete salió de su casa. Llevaba doblado en la mano el periódico, como si no le bastara el recorte sólo para servirle de dirección. Sentía miedo de un encuentro casual con Miguel. ¿Cómo justificaría su presencia por aquellas calles apartadas? Asustada, detuvo un coche y entró en él con apresuramiento, mirando hacia atrás, atemorizada de que la viesen, y le dió la dirección al cochero con una voz ahogada, tímida, con vergüenza, como si fuese a cometer una mala acción.

La covachuela del usurero tenía un sello peculiar que parece protector de las gentes de su oficio, como si en ellas hubiera algo de una especie común, distinta de las demás, que desarrollan las mismas aficiones, la misma inclinación. Margarita conocía ya demasiado aquellas guaridas y sabía que era preciso buscar en ellas a los prestamistas, como a los murciélagos se les busca en los agujeros de los paredones en ruina y a las cornejas en las viejas torres de las iglesias. Así subió sin titubear la pina y sucia escalera de aquella casa antigua y nauseabunda, obscura y de paredes desconchadas y ennegrecidas. La impulsaban las negritas tentadoras rimándose en aquella armonía de sílabas *Dinero*, que parecían ofrecerle un remedio. Se detuvo ante la puerta de madera grasienta sin atreverse a tocar una cadena de hierro a cuyo extremo pendía una argolla, pero alguien debía estar en acecho dentro, según lo rápidamente que se abrió la puerta al iniciarse el ligero tintineo de la campanilla. Un hombre mal vestido se apartó para dejarla entrar en el pasillo. Ella sintió el miedo que siempre la invadía en aquellos antros.

—Al señor...—balbuceó sin saber qué nombre pronunciar, dando vueltas entre las manos al periódico.

—Espere ahí.

Se halló en un gabinete grande, de casa antigua, frío y con olor de humedad, donde ya esperaban dormitando otras cuantas personas, que volvieron la cabeza con esa hostilidad con

que se mira siempre al recién llegado. Ella sentía una instintiva vergüenza de verse allí, de que Miguel pudiera saberlo, de hallar algún conocido. Así tuvo que esperar más de una hora; a cada nuevo llegado ella volvía también la cabeza con hostilidad y con miedo, tranquilizándose de ver un desconocido. La puerta se abría con frecuencia, al aviso desagradable, cascado, de la campana, para tragar a los que llegaban. El criado parecía estar allí a fin de no dejarlos escapar. Escuchaba algunas frases:

—Vengo a traer la mensualidad—decía uno.

—No vengo más que a rogarle que me espere un par de días —decía otro.

—Me ha mandado venir a esta hora—afirmaba un tercero.

—Necesito verlo—exclamaba, con impaciencia, un caballero.

—Tengo mucha prisa—murmuraba una mujer.

—¿Don...?—formulaba otra con la misma vacilación que ella había sentido.

El siniestro criado tenía para todos la misma frase, que parecía sugestionarlos:

—Espere ahí.

Iban entrando, iban sentándose en los mugrientos sillones de tapicería para mirarse estúpidamente unos a otros. Algunos se saludaban sin saber sus nombres, porque los había hecho conocidos la frecuencia de encontrarse allí, en aquellas largas horas mortales de espera en que a todos parecía acometerles el mismo malestar nervioso. Unos sacaban el reloj, otros cambiaban de actitud a cada momento, algunos hacían un movimiento de piernas semejante al piafar de los caballos había en todos los labios una frase de impaciencia o de maldición.

La puerta que daba al despacho del usurero se abría, se escuchaba una voz alegre y autoritaria que dominaba siempre en un diálogo, en el cual uno de los interlocutores hablaba en

voz baja. Las frases que llegaban hasta la sala ejercían en la imaginación de los que esperaban la influencia que los apetitosos olores de cocina ejercen sobre los estómagos hambrientos.

—Crédito.

—Sí.

—Operaciones.

—Está bien.

—Comisión.

—Pesetas.

—Capital.

Siempre se oía una sola voz.

Ella hubiera querido ver la cara de los visitantes después de estos diálogos, pero salían por una puerta distinta de la que habían entrado, la cual comunicaba con el pasillo, donde los esperaba el criado. Creía adivinar que todos salían tropezando y se marchaban en silencio.

Sin quererlo, había algo de ritual en todas aquellas cosas. Se parecían unas a otras con ligeras variaciones; todos los gabinetes tenían los mismos cuadros de marco dorado, con caravanas de camellos y mujeres bíblicas, y en todos estaba la Venus de Milo, como una profanación, desprovista de su belleza en aquel ambiente que la vulgarizaba y la empequeñecía.

Cuando le tocó su turno penetró en el despacho del usurero. Este estaba lejos de ser el hombre viscoso que esperaba encontrar. Era un hombre alto, bien portado, de barba rubia, y un aire entre jaquetón y cínico, que la saludó con afectada galantería.

Ella le expuso con timidez la situación: Necesitaba unos miles de pesetas para levantar su hipoteca y que le quedase un sobrante capaz de cubrir todas las deudas que la agobiaban, a fin de no tener que atender más que a ese solo compromiso.

Conforme hablaba, el usurero torcía el gesto con visibles

muestras de un desagrado sistemático, que debía emplear a fin de desanimar y vencer a sus clientes:

—Segunda hipoteca... no es negocio claro... Ya le han dado más de lo que podemos ofrecerle.

—Pero si la finca vale veinte veces más—exclamó ella.

—Sin embargo, sin embargo... los inmuebles tienen contribución, están sujetos a accidentes..., necesitan reparos... Es un mal negocio. ¿No tiene usted algún amigo que la garantice?

—No...

—¡Parece increíble, siendo tan bella!

Aquel piropo sonó en sus oídos como un latigazo grosero.

—¿Qué quiere usted decir?

El usurero la miró de un modo insolente, acariciándose la barba rubia con mano plebeya.

—Nada, hija mía.

Margarita sintió una llamarada de rubor subirle al rostro; pero el recuerdo de su situación la contuvo.

—Si usted no puede hacer esto...—dijo levantándose.

—Yo deseo complacerla, señora—exclamó él, como si quisiera corregir su ligereza.—Pero antes es necesario que yo vea los títulos, las escrituras. Se necesita hacer una información en el Registro... Todo esto exige un adelanto de diez pesetas, que usted debe entregar, y que si existe gravamen no tiene derecho a exigir que se le devuelvan.

—No, no hay más gravamen que el que confieso.

—Bien. Entonces usted se suscribirá como cliente de la casa. Nosotros tenemos un reglamento, según el cual no podemos operar más que con los clientes. Vea, señora—añadió entregándole una hojita impresa.—«La Extraordinaria» ofrece grandes ventajas. Tiene usted que firmar, entregando cinco pesetas de entrada...; luego es una sencilla cuota de dos pesetas al mes, y tiene usted derecho a multitud de ventajas.

—Sí, desde luego—exclamó ella, deseosa de terminar.—¿Cuándo podríamos celebrar el contrato?

—¡Oh! Hay que ir poco a poco; si la información es satisfactoria, y una vez que usted sea nuestra cliente, podremos proporcionarle la cantidad, que no podrá ser tan crecida como usted desea, porque atravesamos una crisis financiera terrible... Se hará la escritura, cuyos gastos, así como los de la comisión, estarán a cargo de usted, y como esa cantidad que usted fija para la amortización es tan exigua, deberá usted firmar la cantidad de...

Se interrumpió, y con mano hábil cubrió de hileras de números: sumas, restas y multiplicaciones, una hoja de papel, diciendo:—Sí..., usted desea catorce mil pesetas. Tendrá que firmar treinta y ocho mil...; es el interés en el tiempo...

Margarita estaba anonadada.

—Y no crea usted—siguió aquel hombre implacable.—Es una cosa excepcional. Mi deseo de servirla. Además, no sé si se podrá conseguir la cancelación de la hipoteca...; a veces surgen dificultades...

—¿Pero qué dificultad, si se entrega el dinero recibido?

—No sé..., no sé... Ignoro en qué forma la habrán cogido... Pero si usted se decide...

La pobre mujer estaba vencida.

—¿Cuándo estaría la operación?

—La semana próxima.

—¡Oh! Mi necesidad es más urgente.

—Antes, es completamente imposible. El que ha de dar su dinero necesita asegurarse. Son varios los capitalistas que tienen depositada en mí su confianza, mis socios..., el dinero no es mío... Tiene que tener un poco de paciencia.

Margarita no se atrevía a cerrarse aquella esperanza de salir de su apuro. No le parecía tan monstruoso dar más del doble de lo que recibía, con tal de ganar tiempo. Era su tiempo lo que tenía que pagar. Transigió, y abriendo un portamone-

das ofreció a aquel hombre sus quince pesetas, que él no se dignó tomar, y con un gesto le indicó que las dejase en el ángulo de la mesa mientras le extendía el pomposo recibo de socio la sociedad de socorros mutuos «La Extraordinaria».

Salió a despedirla muy amable, hasta la puerta, recomendándole:

—No deje de venir el lunes, señora; ya sabe que esta es su casa.

En el fondo de la antesala cruzó una mujer alta, gorda, fastuosa, con una soberbia bata de encajes que le dejaba al descubierto la garganta y los redondos brazos, se detuvo junto a la puerta y sacó, por entre los portieres de yute estampado, una cabeza con peinado voluminoso y simétrico. Margarita la reconoció: aquella mujer opulenta y cuidadosamente peinada, de la bata amplia, era la figura de mujer que cruzaba siempre como si espiase por todas las antesalas de los usureros.

IV

Aquella noche, a pesar de todos sus esfuerzos, no podía desechar la triste impresión que pesaba sobre su ánimo. Miguel estaba tranquilo y confiado como siempre.

—¿Has salido?—le preguntó.

—Sí—repuso ella, después de titubear un momento.

—¿Dónde has estado?

—Dí un paseo.

Sabía que aquello agradaba a su amante, siempre cuidadoso de su salud.

—¿Por dónde?—insistió él.—Ya sabes que me gusta conocer todo lo que haces, niña mía.

Ella alegó su falta de conocimiento de Madrid para no fijar

con precisión el itinerario. Había vagado por las calles, porque ya era tarde para poder ir a alguno de los escasos sitios de las afueras. Como no le gustaba la promiscuidad de esa multitud que sale a la calle para molestarse unos a otros, había huído del cemtro. Se había paseado por la Plaza Mayor, había bajado la escalerilla de piedra, y luego, por allí, por calles antiguas, por plazas silenciosas y románticas, contemplando las grandes casas viejas, con su extensión de palacios, su solidez y su seriedad, tan enterizas y tan solemnes; había respirado un ambiente lejano, pasado, que parecía haber inmovilizado allí un Madrid de leyenda, de Edad Media; un Madrid que ella amaba más cada día conforme penetraba en su complejidad, descubriendo mayores bellezas. Quería prevenirse así del peligro de que él la viese en aquellos barrios apartados.

Miguel la escuchaba contento. Percibiendo los menores destellos de un espíritu que él había despertado para hacerlo sensible a todo aquel orden de ideas y de sensaciones. Sin embargo, protestó:

—No me gusta que vayas sola por esos sitios.

—Es que me gusta tanto Madrid, porque es tu Madrid, porque tú eres madrileño.

La caricia de sus palabras terminó la discusión, y Miguel en cendió, como siempre, su cigarro para gozar de la molicie de aquellas horas de amor y de reposo; pero la intranquilidad de Margarita eran tan visible, que no pudo dejar de notarla.

—¿Estás mala? ¿Te sucede algo?

—Nada. Nada.—afirmó ella, tratando de hacer persuasiva su voz.—Es que la lectura de ese libro me impresiona. Me aterra ese final tan frío, tan seco, de los amores de la «Condesa Martín». Yo preferiría una catástrofe, una puñalada, un suicidio... ¿qué sé yo?

—¡Oh!—murmuró él, besándola.— Nada de eso sería tan artístico, tan inolvidable.

—Pero nada dejaría esa impresión de desconsuelo. Es más asustador que el amor se pierda así, en ese olvido.

—Es la vida.

—¡La vida!—repitió ella, mirando a Miguel con sobresalto. —¿Crees tú que eso es la vida?

Se estrechó como asustada contra su pecho, y repitió:

—¿Podrías tú olvidarme?

Sentía todo el horror de aquel momento de revelación que se acercaba y que podía provocar una crisis y un cambio de sentimientos en su amante.

Todas las caricias de Miguel no lograron desvanecer aquel fondo de amarguras que la agobiaba.

Tan pronto como él se despidió, ella corrió hacia su secreter y escribió unas líneas que encerró bajo un sobre.

—Es preciso que venga Regina—se dijo—; ella, tan fuerte y valerosa, sabrá sacarme de esta situación. Es preciso que yo venza; es preciso que salve mi amor.

En toda la noche pudo dormir, y apenas sus ojos se entornaron al sueño de la mañana entró su amiga Regina; una mujercita pequeña, menuda, de facciones aguileñas y ojos de un negro intenso y vivísimo, en los que se refugiaba una llamarada de espíritu y de voluntad tan enérgicos como insospechables en su figura delgadita y delicada. Margarita sacó los brazos fuera de la cubierta para abrazarla con efusión:

—Ven, Regina, te esperaba impaciente. Me sentía morir, y he recurrido a tí. Mi mejor amiga.

—¿Qué te pasa?—preguntó Regina, con un afectado aire de frialdad, conducente a formar un juicio seguro y exacto de las quejas de su amiga.

Esta le expuso en pocas palabras lo que le sucedía.

Regina se quedó pensativa.

—No sé por qué motivo has de ocultar así tu situación a Miguel—dijo al fin.—Es bueno, leal, te quiere verdaderamente y nadie como él podrá darte consejos y ayudarte a salir de todo esto.

Un gesto de contrariedad se dibujó en el semblante de Margarita.

—¿Es eso todo lo que te ocurre? Pues yo preferiría tirarme por el viaducto.

—No he querido ofenderte—arguyó Regina con su acostumbrada dulzura.

—Perdóname—corrigió Margarita, arrepentida de su mal humor;—pero tú sabes que lo que más me aterra es la opinión de Miguel. En su amor entra por mucho nuestra paz; esa pureza que él extiende como un palio a su alrededor. ¿Qué pensaría, de descubrir toda la tramoya de mi vida, todo este trato constante, humillante, abrumador con usureros, corredores, fiadoras y prestamistas? Todas estas gentes, que en mis días de apuros y de luchas me han ido envolviendo en una red invisible, que yo siento pegada a la carne como una lacería y que cada día crece, crece... crece como el mal de los lazarinos.

—Cálmate, Margarita; yo creo que exageras. Las deudas en tu casa son una patente de honradez. No pueden considerarse como una depravación, dentro de tu vida metódica y sencilla—repuso Regina.

—Pero es que tú sabes que no he sido prudente siempre... Esto evocaría para Miguel un tiempo que no ha sido suyo y que yo desearía borrar.

—Hay que ser animosa, fuerte... Las cosas no son malas sino porque nosotras las enconamos... Todo parece agotado, y luego nunca falta un resquicio por donde penetre la claridad.

La mujercita menuda y frágil hablaba llena de confianza y de optimismo, y su voz suave y entusiasta iba penetrando en Margarita.

—Pobre Regina; tú que sufres tanto me das consuelos a mí—le dijo.

—Yo sufro, sí—repuso Regina.—Pero la vida es muy

bella...; hay aire..., sol..., flores... Vivir es hermoso, y realmente no hay derecho a quejarse de nada cuando se tiene la idea de vivir y se sabe saborear la vida.

—Eres muy buena.

—No, créeme. Es que he llegado a comprender que no existe nada malo si no lo hacemos malo nosotros. Tu sufrimiento proviene de esa tortura, de ese engaño que te impones. Si dijeras la verdad, dejarías de sufrir. Es el alivio de la confianza el que necesitas... Yo lo sé... No tendría pesar ninguno si no tuviera que obrar siempre a espaldas de mi marido y de mis hijos. Créelo, el que unas personas tengamos desconfianza de las otras pensando en cómo nos juzgarán, es lo que engendra el dolor en la vida. Yo no estoy menos apurada que tú.

—Pero a ti, tu marido te entrega lo necesario para sostener tu casa.

—Sí...; pero yo lo tengo todo gastado.

—¿Qué has hecho?

—Pagar, pagar... pagar esos mil atrasos que no se sabe cómo se producen... Un duro que falta un mes, y que al querer pagarlo hace que falten dos al siguiente, cinco al tercero, y que al fin nos hacen caer en la sima...: recurrir a la usura..., la red de la que no se sale nunca.

—Pero ¿por qué no acudes a tu marido, y con sinceridad...?

—Por lo mismo que tú no te confiesas a Miguel.

—Es distinto. Yo tengo mi vida independiente.

—Y eso está en favor tuyo. A mí me llamaría mala administradora, diría que dilapidaba el fruto de su trabajo. Mis hijos le ayudarían...; ya se quejan bastante de carecer de mayor suma de comodidades que creen les podía proporcionar...; y ya ves, yo... No malgasto nada.

—Has llegado a esta situación, como yo, porque la vida nos lleva sin saber cómo. Tal vez somos un poco débiles; pero no se sabe cómo luchar contra lo que se necesita. Tú,

además, tienes una bondad excesiva que te hace olvidarte de ti para socorrer a los demás.

—No... Es verdad que si veo una necesidad y la puedo remediar, lo hago...; pero es insignificante.

—¿Pero en la situación en que tú estás puedes remediar necesidades ajenas?

—¡Claro que sí, cuando lo hago!

—A costa de tu tranquilidad.

—No sería gracia si no costase un esfuerzo... No se puede llamar sacrificio, porque me proporciona placer el obrar así. Más bien es un egoísmo. Cada una es como es.

—¿Cuánto has dado este mes?

—Nada..., casi nada. Sólo cuatro duros a una pobre mujer, que está enferma y que no puede trabajar, para que comprase unas mercancías y las revendiera.

—¿Y a tu nodriza?

—Dos duros, para pagar la casa.

—También me ha dicho Dolores que le compraste las medicinas a su hijo....

—No iba a dejarlo que se muriera. Pero comprende que todo eso no llegaría a producir la desnivelación. Es algo más hondo, casi inexplicable, que altera constantemente el presupuesto con gastos imprevistos, urgentes, y que poco a poco nos obligan, nos dominan... Esos mil apuros pequeños, hasta ridículos, que hay que ocultar a los ojos de todos; que no los note la familia, que no lo adviertan los criados... Pero ahora no debemos hablar de esto. Es preciso buscar el remedio en el mismo mal, acrecentándolo. ¿Qué hay de tu proyecto de segunda hipoteca?

—He ido a casa de uno de esos seres repugnantes, y ha quedado en contestar el lunes. ¿Qué hacer mientras? Ya sabes que sólo hasta el viernes me esperan.

Regina se quedó callada y reflexiva.

—¡Lo tenemos todo tan agotado! ¿No tienes nada que empeñar?

—Nada. He empeñado ya hasta las papeletas del Monte de Piedad, que es como empeñar de nuevo los objetos.

—¿Nada que vender?

—En absoluto. Todas estas cosillas de valor artístico, que tan caras cuestan, son miradas con menosprecio por esos prenderos que ofrecen cantidades irrisorias por los objetos que nos arrebatan. Mejor sería quemarlos.

—Quizás, si no nos hicieran falta esas pequeñeces, y a veces con más precisión que una cantidad grande.

—Pero los ricos deberían destruirlos o darlos, por moralidad, para no fomentar el vicio, mejor que venderlas a los prenderos.

—¿No viene Mercedes, la fiadora?

—No se puede pensar en ella. Mercedes me ha dado la tela de mis últimos trajes... Cobrándome el triple de su valor.

—Y Juana, la prestamista, a peseta por duro al mes.

—Le tengo terror...; y no es eso lo malo..., sino que le debo y tampoco me daría.

—Más vale así, aunque creas lo contrario. A mí me prestó cien duros, hace un año, y aunque ya le llevo pagadas mil doscientas pesetas, sigo debiéndole los cien duros y en pie la obligación de pagarle veinte duros al mes. Además, le tengo miedo; tú sabes la historia negra de esa mujer. Parece vengarse del desprecio que inspira persiguiendo a los que le deben. Todos los primeros de mes recibo una serie de tarjetas por el correo en las que me pide lo que le debo con palabras destempladas. Lo hace así para que tenga que avergonzarme delante del portero, de los criados... No le contesto jamás.

—Sí, su especialidad es perseguir. Pero sucede una cosa muy graciosa. Cuando empezó el oficio tuvo un administrador muy inteligente que dirigía la casa... ese administrador tuvo que salir un día huyendo como José de la mujer de Putifar,

porque la doña Juana, tan gordita y tan luciente, tiene pasiones volcánicas.

—Me haces reir, a pesar de todo.

—La buena de doña Juanita conserva los borradores de las cartas de apremio que le había hecho su administrador, y cuando le parece coge uno y lo envía al acreedor, pegue o no pegue; como aquel médico que llevaba las recetas en el bolsillo y las iba repartiendo a la suerte entre los enfermos. Para ella el caso es intimidar. Persigue de una manera terrible, implacable.

Margarita ya no escuchaba.

—¿Si buscáramos un corredor?—dijo.

—Nos explotaría también. Uno más. Esto es todo una red asquerosa, una cizaña, una polilla social que no se conoce bien. Sería preciso retratarla; poner de manifiesto cómo vive toda una ciudad que vive así, del préstamo, del engaño. Las fortunas principales están heridas de esta lesión. Apenas hay edificio sin hipoteca, empleado sin retención, comerciante sin deuda, obrero sin trampas. Es el verdadero cáncer.

—¿Pero dónde irá a parar todo ese dinero?

—A ocultarse y perderse, como si fuese un arma criminal después de haber matado.

—¿Y no hay una ley que proteja?

—A ellos, sí. Porque la única que no les favorece, la ley de la Usura, ésa que limita su latrocinio, ya saben burlarla, con una letra de comercio, con una escritura en la que la necesidad nos obliga a confesar haber recibido más dinero del que nos entregan; con un pagaré en el que el rédito no figura para nada. Se dice que quien hizo la ley hizo la trampa; pero luego lo hemos repartido, y la trampa sirve para escaparse ellos y la ley para fastidiar a los inocentes. Ya ves lo que sucede con las casas de empeño. Cualquier fiscal podría llevar sus joyas a ellas.

Margarita lloraba; aquel cuadro aterrador de la miseria ge-

neral, del malestar de todos, de lo irremediable de la llaga abierta ante sus ojos la apenaba haciéndole olvidarse de ella misma. En aquel momento hubiera consentido en su miseria y su ruina por ver acabada toda aquella vil especulación de la usura, porque no existiesen aquellas gentes que eran como de una raza aparte, de una humanidad inferior.

Comprendía que si no existiese la usura, la previsión de cada uno evitaría las ocasiones en que hacía incurrir esa engañosa facilidad de hallar el remedio después.

La usura no era sólo el mal individual, sino el mal social que envicia y detiene las más importantes iniciativas; que embota la cantidad de revolucionarios que hay en cada uno de nosotros; que hace que las exigencias trágicas que surgen en la vida se conviertan en mediocres y flojas. Sin esa plaga el esfuerzo de cada uno sería mayor, mayor su consciencia y su intervención en los asuntos del Estado.

Regina no comprendió lo que pasaba en el alma de su amiga, e intentó consolarla:

—No te apures...; no se sabe cómo se sale de estas cosas, pero se sale siempre. Ya que no tenemos amigas ricas, haremos una alianza de pobres. Esta noche, cuando se vaya Miguel, ven a casa de Marta. Allí pensaremos algo.

—¡Tan tarde!

—¡Qué más da! Yo te esperaré allí. Ella conoce...

—Si es preciso, iré—exclamó con resolución Margarita.— Una sola no puede luchar contra todo esto. Es preciso someterse.

Pero allá, en el fondo de su alma, se alzaba la rebelión que acababa de sentir, y pensaba que sería bueno fomentar la usura, hacerla crecer, desarrollarla, que se la sintiese en todo; que se la viese bien; que pesara, aplastara, ahogara, a ver si de ese modo la rebeldía que ella experimentaba encontraba eco, y la sociedad se convulsionaba y despertaba para acabar con aquella lacería que la corroía.

V

Marta pareció desagradablemente sorprendida por la visita de sus amigas.

—¡Cómo tan tarde!

—Son las once.

—Acaban de cerrar la portería, y temo que las vecinas y las porteras oigan entrar a estas horas... Mi situación es muy delicada.

La preocupación de Marta era la de ser considerada y respetada. Era hija única de un alto empleado de Administración, el cual, entregado a una vida de laboriosidad constante, la había educado lejos de todo trato y de toda diversión juvenil, hasta que ya su edad madura la autorizó para tener amistades con otras damas severas, aristocráticas, importantes, cuya opinión la preocupaba en extremo y le hacía imponerse toda clase de sacrificios, atenta siempre a lo que de ella pudieran pensar y decir.

Una larga enfermedad de su padre, para atender a la cual no bastaron ni su sueldo ni sus escasas economías, le había hecho caer también en los lazos de la usura de un modo más doloroso, cuanto su necesidad de guardar el secreto le hacía pagar mayores réditos con tal de no salir de un reducido número de personas que la conociesen. Margarita y Regina, sus amigas de la infancia, eran las únicas que conocían su situación.

Algo molesta por la frialdad de su acogida, Margarita formuló:

—Vengo porque estoy desesperada.

—No hables así—interrumpió Marta, con la calma de buen tono que había logrado hacerse.—Yo, ni siquiera me indigno ya...

—Es que mi apuro es muy grande.

—Si crees que yo puedo solucionarlo..., mis escasas alhajas están a tu disposición...; puedes disponer.

—No—contestó con disgusto Margarita.—Necesito sólo que nos orientes para que podamos encontrar un puñado de pesetas que nos son urgentes.

—¡Pero si Regina y tú conocéis más que yo!

—Es—intervino Regina—que ambas tenemos agotados todos los recursos, y el apuro de Margarita es decisivo; se trata de su hipoteca..., su ruina completa...

—¡Dios mío!—exclamó Marta con un interés declamatorio. —¿Creéis que pudieran dar algo sobre mi orfandad?

—¿La tienes libre?

—No...

—Entonces, es imposible.

—¡Cuánto lo siento! Yo os quisiera servir...; pero ya veis... yo soy una persona de orden, tengo ya una sola deuda... y deseo ardientemente volver a recobrar mi equilibrio, aun a costa de las mayores privaciones.

—Haces bien—repuso, algo picada, Margarita.—En la usura no es lo malo lo que tenemos que pagar, sino cómo nos envuelve y nos falsea el sentido de la vida. Cómo nos vamos acostumbrando a pedir a los unos para pagar a los otros.

—No—interrumpió Marta;—yo creo que exageras. No es lo malo pedir y pagar, lo malo es el peligro de que se sepa.

—¿Por qué?—preguntó, con sorpresa, Regina.—Yo no creo que sea un crimen ni un delito procurarse decentemente lo que una necesita.

—No lo es, en efecto—arguyó Marta;—pero es una irregularidad de mal gusto que la sociedad no tolera. Si una mujer como nosotras aparece llena de deudas, ante la opinión queda por completo desconceptuada *de clase*. Todos se preguntarán: «¿En qué echará el dinero? «¡Su posición no es para estar así!, Es una manirrota!», o en algo lo gastará!». Tengo

la seguridad que si muchas de mis amigas supieran lo más mínimo de esto me negarían el saludo.

—Pues deben ser unas damas excelentes, cuyo trato será una lástima no conservar—dijo, con ironía, Margarita.

—¿Cómo no?—repuso, con seriedad, Marta.—Son mujeres previsoras, de orden.

—Di, más bien, sin corazón o incapaces de hacer un favor.

—No lo creas. No es que no se conmuevan, como Regina o como nosotras, ante una desdicha; es que la caridad bien entendida empieza por uno mismo. Y es mejor ser sensatas, tener juicio, que no verse así.

Margarita guardó silencio, pensando en que si aquellas gentes severas, de orden, eran las que habían de concluir con la usura, tal vez valiera más no dar la batalla. Le parecía tan perjudicial la usura como la virtud árida y feroz que se le presentaba junto a ella.

—Para tener buenas amigas—siguió Marta—es preciso no sólo no pedirles nunca nada, sino que no nos crean en el caso de podérselo pedir. Por eso yo, al contrario de vosotras, no abomino de los usureros. Los creo verdaderamente útiles, porque merced a unas cuantas pesetas nos sacan del apuro sin menoscabo de la dignidad.

—En eso tienes razón—afirmó Regina.—Siempre que he tenido que pedir un favor a un amigo me he visto en el caso de humillarme...; unos me han pedido cuentas..., otros me han dado consejos... Casi todos han creído que no les he agradecido el favor bastante. El usurero es preferible al amigo. No hay duda.

—Es terrible esto—murmuró Margarita.

—Pues así vive un 99 por 100 de Madrid. Los usureros, los prestamistas, las fiadoras, los Bancos de crédito...

—Y ya comprenderás que son necesarios—atajó Marta.—Nadie estamos obligados a sacrificarnos por los demás. La amistad, cuando no tiene la intensidad de la nuestra, es un

afecto que no puede pedir sacrificios. El trato social debe ser agradable, y hasta por estética tenemos la obligación de no molestar a los demás con nuestros apuros. ¿Recuerdas la anécdota de aquella buena dama anciana que invitaba a sus reuniones indicando que fuesen bien vestidos? Pues no hacía más que tener la ingenuidad de decir lo que los demás piensan. El mundo es así.

Margarita se puso de pie, impaciente y nerviosa.

—¿De modo que no conoces a nadie?

—Sí, conozco a una *Eumenide.*

—¿Cómo?

—Es un nombre de que yo me valgo para designar a las usureras.

Las dos amigas no pudieron menos de reir.

—¿Conoces a alguna?—insistió Regina.

—¡Una, en cuyas manos nos libre Dios de caer!

—No, di, di su nombre.

—Es terrible.

—Pero recuerda lo que has dicho antes: más vale una furia que un amigo.

—Es que ésta de que os hablo ejerce su oficio de un modo muy particular. Ella no da dinero, sino alhajas y mantones de Manila que habéis de recibir en depósito por un tiempo determinado.

—¿Y qué se hace con eso?

—Se empeña, y luego para su día se desempeña y se le entrega juntamente con los réditos, que son más de una peseta por duro al mes.

—¿Más?

—Es encantador.

—Pero líbreos Dios de faltarle. Os lleva a la cárcel, sin remisión, porque en el documento que le firmáis es preciso obligarse a no empeñar, vender ni alquilar a nadie la prenda.

—¿Pero no sabe que es para empeñarla?

—Lo sabe perfectamente; pero tiene que fingir que lo ignora. Vosotras habéis de representar la farsa de que es para vuestro uso.

Las dos amigas se miraron indecisas.

—Me remuerde la conciencia de hacer que caigáis en tales manos.

—No importa—exclamó Margarita, levantándose con decisión;—cuando la vida nos coloca en el caso en que yo estoy, se firmaría hasta la sentencia de muerte. ¿Dónde vive la usurera?

—La tenemos bien cerca; esa gente gusta de calles céntricas; cada oficio tiene sus variaciones correspondientes. Toma una tarjeta con su dirección: calle de Silva.

—Doña Matilde Irroguarriche; es un apellido montañés.

—Esta mujer no tiene patria. Procura siempre no ser paisana de nadie. Si le dices que eres gallega, te dirá que ella es andaluza, y si le dices que tú eres de Andalucía, ella se declarará catalana. Siempre lo opuesto. La encontraréis al anochecer; como todos los usureros, prefiere las sombras del crepúsculo.

—Iremos en tu nombre.

—Como queráis; pero doña Matilde tiene de bueno el que no conoce a nadie. Es mujer que no tiene memoria más que para sus cuentas.

VI

—¡Pobre Regina! ¡Qué buena eres en acompañarme!—dijo Margarita, estrechando la mano de su amiga, estremecida penosamente ante el aspecto de aquella casa deslucida y polvorienta, de persianas corridas, en la que habían de hallar a la usurera deseada.

—Anda, tonta—repuso ésta con su sencilla alegría acostumbrada.—Yo no soy más que una egoísta. Necesito también unas pesetas, porque la hija del guarda ha dado a luz y no tiene ni con qué poner el puchero.

Entraron en el portal.

—La señora Irroguarriche.

—¿Quién?—preguntó, extrañada, la portera.

—La señora Irroguarriche.

Se miraron las dos, desconcertadas.

—Doña Matilde Irro...

—¡Ah! Doña Matilde. ¿Preguntan ustedes por doña Matilde? Ahí, a la vuelta, esas escalerillas del bajo.

Estaba, en verdad, bien dispuesta la entrada para que los visitantes se perdieran en el recoveco al entrar, sin dar tiempo de ser vistos desde la calle. Allí empezaba una escalerilla de sótano al que la portera daba pomposamente el nombre de bajo.

Se abrió la mirilla y una voz preguntó:

—¿Quién?

—Servidoras.

—¿Qué buscan?

—Doña Matilde I...

—¿De parte de quién?

—De la señora de Rodríguez.

—¿Dónde vive esa señora?

—En la calle de las Infantas.

—Bueno.

La persona que había observado bien por la mirilla durante este diálogo cerró y se retiró; al cabo de un rato volvió a abrir y a mirar luego, y, al fin se escuchó un ruido de cerrojo, llaves y cadenas. Al fin se abrió la puerta.

—No dirás que aquí no hay precauciones—comentaron las dos amigas.

Una criada alta, gruesa, fornida como un jayán, de aspecto

sucio y mal peinada, las condujo al amplio salón donde esperaba doña Matilde.

Las dos miraron con curiosidad. Era una mujer de treinta y ocho a cuarenta años, bien conservada, bajita y regordeta, con un aspecto de perinola; prominente de pecho y posaderas; vestía con un mal gusto llamativo, traje de terciopelo bordado de pieles, extremadamente corto, para dejar ver el pie grande y la pierna gorda de tobillo, calzados con una finísima media y un zapato de charol, bajo la falda ceñida.

Llevaba sortijas, aretes, brazaletes y alfileres en profusión, y en el cabello, negrísimo y muy rizado, se entremezclaban adornos de todas clases. Saludó con una finura muy afectada, y dijo:

—Vienen ustedes de parte de una persona tan distinguidísima que yo me siento obligadísima y agradecidísima de su visita. Ya habrán ustedes visto que aquí no se trata de habérselas con una persona vulgar e inculta, como hubieran podido suponer, sino de una verdadera señora. Aunque me esté mal el decirlo.

—Ya nos lo había dicho doña Marta y—protestaron las dos mujeres—muy honradísima.

Cuando Margarita le hubo expuesto brevemente su deseo de llevar alguna joya, la usurera se levantó y, abriendo una caja, sacó una porción de estuches.

—Si quiere la señora algo mejor que esto, tendré que ir al Banco; allí tengo depositado lo que sería peligroso tener en casa. Estos brillantes... vea la señora qué luz tienen—se los acercaba al rostro,—qué tamaño; se tasan en mil pesetas y se dejan sólo por el diez por ciento de su valor, o sea por cien pesetas. Sólo por cien pesetas la señora puede lucirlos todo el mes. El año pasado los tuvo cinco meses la duquesa de Urdiales. La primera actriz del teatro Dramático me da cincuenta pesetas por una noche, cuando quiere hacer una princesa... Y luego decían que se los había regalado el marqués

de Martinón... y otros que el empresario... Aquí tiene usted un collar de perlas. Dos mil pesetas; lo quiere la condesa de Matraca este año para las fiestas de Palacio... Este mantón lo usó la célebre bailarina Satanela, y dió el golpe.

Las dos miraban todo aquello sin saber por qué decidirse. No sabían calcular ni lo que les darían por aquello en el Monte, ni cuánto tendrían que pagar por todo.

—¿Y si lo quiero tener más de un mes?

—Eso es igual, con tal de que pague los réditos, y no preste, empeñe ni venda la prenda... cosa imposible, porque la señora firmará un compromiso por el cual incurre en responsabilidad criminal. Hay quien abusa porque en el Monte dan la cuarta parte del valor de tasación.

Aquel dato encubierto facilitaba el cálculo. Necesitaba dos mil pesetas para tener cien duros, que le costarían doscientas pesetas mensuales, sobre el rédito del Monte.

—¿Y cuándo podría llevarme las alhajas?—preguntó.

—La señora me deja la cédula para informarme, y mañana por la mañana me tendrá en su casa.

—¿Irá usted?

—Yo misma. Esto no se puede enviar con nadie.

—Si acaso hay gente, diga que va usted de parte de doña Marta y que me pide una recomendación para... para cualquier cosa... sombreros... abrigos.

—Hablaré de una pobre muchacha que protejo; yo, por mi porte distinguidísimo, no puedo hacer ciertos papeles; ya... ya comprendo... hay hombres por medio... el refrán lo dice... «al hombre del codo y no del todo»... yo sé ser discreta, pero es preciso asegurarme... tener carácter. La señora conoce al barón Bienvenida, ¿verdad?

—No.

—¿Ni usted tampoco?

—Tampoco—contestó Regina.

La prestamista pareció mirarlas con lástima.

No comprendía aquellas dos mujeres que no conocían al barón.

—¡Pero si el barón es el hombre de moda, el más elegante de Madrid! El que se iba a casar con la duquesa de Dubarry, esa millonaria... yo le estropeé la boda.

—¿Cómo?

—Estuvo ocho días entreteniéndome para pagarme la mensualidad de la pulsera de pedida, que le había hecho creer que era de casa de Ansorena... y me presenté a pedirle el dinero a la novia. ¡Fué una escena! ¡Me quería matar y todo! Pero hay que hacer que escarmienten los tramposos... Si se cumple, no hay cuidado... el alma y la vida... a lo que estamos, una se tiene que ganar un real para la vejez... No queda nada, después de todo... lo comido por lo servido... y todavía hay gentes que miran esto mal. ¿Qué es lo que elige la señora?

—Esa pulsera de brillantes de dos mil pesetas.

—Ya sabe la señora lo que se hace. Por doscientas pesetas, llevar todo el mes al Real una joya así... en ese brazo, para volver locos a media humanidad y que le regalen otra mejor... o tan buena... más no puede... está en la mitad de su valor. ¿Quiere firmar la señora?

—Con mucho gusto.

La mujer se acercó a una mesa, sacó un libro, rebuscó unos papeles y lo presentó a la joven, que firmó después de una lectura en la que no se enteró de lo que leía.

—Está bien. Puede la señora llevarse el resguardo y canjearlo mañana por la joya. Aquí hay formalidad... no es como otras, que se valen de la ocasión y hasta dan piedras falsas y luego las exigen legítimas... Yo soy honradísima... Ya verá la señora... los que me tratan, me quieren...

—No lo dudo.

—Como la señora tendrá que molestarse en traerme el dinero, sin falta del día uno al dos de cada mes, ya le presen-

taré a mi niño... Yo soy viuda... tengo un niño preciosísimo, inteligentísimo. Le adoran todos... tiene una hucha y cada mes se la llenan entre los clientes... ya verá la señora.

Las dos amigas estaban desconcertadas, aturdidas con aquel exceso de palabrería. No respiraron a gusto hasta hallarse de nuevo en la calle.

—¡Qué mujer tan infernal!—exclamó Regina.

—Y mañana me llevará la joyita cuando esté allí Miguel—contestó Margarita.

—No temas; ya se las arreglará ella con lo que le has dicho. Son astutas como zorras. Yo iré por si tú no puedes salir... a empeñarla, y a pagarle a tu usurero. Después de todo vamos ganando tiempo.

VII

Una vez solucionado el conflicto, aun de aquella manera onerosa y suicida, la ligereza habitual de Margarita le hacía olvidarse de todo durante otros tres meses. Esta vez se daba como razón de su tranquilidad la esperanza de la segunda hipoteca, que le permitiría llegar a la deseada nivelación, después de unos cuantos años; para verse libre ya de apuros que pudieran llegar hasta Miguel. El amor de éste la mecía tan dulcemente que era como una compensación de todos sus disgustos. Tenía prisa de que pasaran aquellos días y, arreglada ya su situación, no pensar más en todo aquello que la apartaba de su amor. Experimentaba un remordimiento como el que sienten las devotas que se distraen en su meditación cuando un pensamiento terrenal las separa de su divino Esposo. Deseaba ser toda para él en todos los momentos. Comprendía por qué las mujeres debían estar dedicadas al amor como las orientales.

Para escapar aquella tarde a recibir la contestación del usurero, había tenido ella misma que separar a Miguel de su lado; impedir que viniera, con una sarta de disculpas y de pretextos mal hilvanados en su ignorancia del arte de mentir. Le parecía que otro menos bueno y confiado que Miguel lo hubiera notado. Se escapó de su casa, como la otra vez, más temprano, ansiosa de llegar la primera.

Al entrar en el portal, se cruzó con aquella mujer alta y llamativa, muy descotada, con gran sombrero enpenachado, que había entrevisto la vez anterior en el pasillo, y la vió subir en el coche de lujo que esperaba en la puerta. Pensó que aquella mujer, salida de la covachuela, iría a alternar, luciendo su lujo entre personas que ignorarían la procedencia de su fortuna, merced al anónimo de las grandes ciudades, que pueden darnos por vecino al prestamista o al verdugo.

Subió de prisa la escalera, con miedo, como si escuchara pasos tras de sí; se acogió casi con alegría en el antro, como si entrara en un refugio. Ya había visitantes; a pesar de lo temprano de la hora se le habían adelantado. En cambio, el usurero no había venido aún. Más de dos horas duró esa tarde la espera. Cuando llegó su turno, el hombre rubio la recibió con una dura sonrisa, ofreciéndole un asiento.

—Aquí tiene usted sus documentos, señora; desdichadamente no podemos hacer nada...

—¿Cómo?

—Es imposible levantar esa hipoteca ya vencida y falta de pago.

Margarita no entendía.

—¿Qué es lo que usted dice?

—Que la escritura figura a nombre de un sujeto que no ha recibido de usted cantidad alguna hasta el presente, y sólo por una rara condescendencia no ha obrado ya contra usted.

—¡Pero si eso no es posible, si yo pago cada trimestre!

—Será cierto, pero no consta.

—Pero si yo he hecho mis escrituras con...

—Sí... lo conozco, con ese chiquitín llorón y falso que parece tan dulce y tan buena persona, y que se queja siempre de que le engaña un socio cuando él es el primer pájaro de cuenta. Pues ese traspasó la escritura a otro testaferro... que es el dueño del crédito y que no ha recibido nada.

—¿Y los pagos que he hecho?

—¿Tiene usted los recibos?

—Sí, pero a nombre del primero y sin especificar por qué recibe las cantidades. Y anotándolas también en su libro.

—Un libro cuesta poco y se rompe pronto.

—¿De modo que soy víctima de un timo?—exclamó ella, aterrorizada.

—No tanto... no tanto... de una operación hábil... Mientras usted pague trimestralmente, no hay cuidado... les conviene cobrar las rentas sin escándalo.

—¿Y si yo no pudiera pagar más?

—Ese día... o en el momento en que haga intervenir el Juzgado, perderá usted la finca.

—¿Y no puedo salir de eso?

—No veo remedio, como no fuera entregar de una vez la cantidad y una indemnización al verdadero dueño.

Y como si quisiera poner un punto en la conversación, aquel hombre se levantó.

Margarita lloraba. Se acercó a ella y, separándola familiarmente las manos de la cara, le dijo:

—Es usted muy bonita y el llorar estropea los ojos.

Ella se retiró indignada.

—Pobrecita, las mujeres solas... Todo tiene remedio...—siguió él con mimo.

Margarita sintió como si un latigazo le cruzase el rostro.

—Caballero... es usted... un... No tiene derecho a hablarme así.

—Si lo toma de esa manera...—siguió él.—Pero creo que hace mal... debía pensarlo... Una mujer tan hermosa no debe pasar apuros...

La vergüenza y el miedo anonadaban a Margarita, no podía hablar, se sentía próxima a aquel hombre hasta el punto de percibir su aliento, dominada por una sensación de espanto y de asco. Con un esfuerzo supremo corrió hacia la puerta.

—Si da usted un paso, grito.

El se encogió groseramente de hombros con desdén, y por toda respuesta se acercó al timbre y lo oprimió con violencia. Casi instantáneamente apareció el criado.

—Acompaña a la señora—dijo tratando de dominar su excitación, mientras seguía arreglando sus papeles con afectada indiferencia; pero Margarita creía sentir en su cuello y en su espalda una mirada de amenaza que le penetraba en la carne.

VIII

Tenía prisa de llegar a su casa, de descansar, de serenarse. Tan conmovida estaba que pensó en meterse en el lecho y pretextar una indisposición para evitar la mirada sagaz de su amante. Tenía que pensar seriamente en una confesión, en decírselo todo. A medida que su peligro era mayor, era mayor su confianza. Ya no era la mujer que enreda y triunfa, era la mujer engañada, humillada, vencida, y conocía el raudal de dulzura y de amor con que Miguel sabría perdonarla y resarcirla de sus dolores. Era preciso decidirse a decírselo todo.

Entró en su casa apresurada y se dirigió a su gabinete; iba a él como a un oratorio, a un refugio; allí debía evocar a la imagen querida.

Le pareció verlo al entrar, por un efecto de su imaginación; pero bien pronto se convenció de que Miguel estaba allí. Era él, puesto de pie cerca de la chimenea apagada, entre las sombras de la habitación.

—¡Qué felicidad encontrarte!—exclamó, conmovida.

El no contestó nada. Margarita se acercó, momentáneamente olvidada de todo, llevándole en los labios un beso; pero Miguel la detuvo con la mano, más bien con el movimiento, como si sintiera asco de su contacto. Tenía los ojos enrojecidos y el semblante serio, contraído en un gesto de dolor y de ira.

—¿Qué te sucede?—preguntó ella con angustia.

—Vete... vete... No te me acerques...—exclamó Miguel; y una palabra atroz, grosera, terrible, completó la frase.

—¡Miguel! ¡Dios mío! ¿Qué es esto?

Se enfureció más él:

—Yo no debía estar aquí... no debía haberte visto más... pero he querido decirte eso... confundirte, escupirte y marcharme después... para siempre... para no verte nunca.

Y otra vez, silbante y aguda, la frase terrible se escapó de su boca.

—¿Estoy loca? ¿Por qué me hablas así?

—¿Me lo preguntas?... ¡Infame!... ¡Canalla!... ¡Hipócrita!... ¡Cuánto debes haberte reído de mí!

Ella adivinaba algo tan terrible, tan doloroso en él, que le perdonaba sus insultos como si fuesen ayes de dolor producido por una herida. Se le acercó con las manos juntas, suplicante:

—¡Miguel mío! ¿Qué es esto?

Había tanto candor, tanta súplica en su voz, que él pareció vacilar.

—¿No me quieres ahorrar la vergüenza de decirte que h visto claro tu deseo de librarte de mí hoy... y que he sospechado... y que te he seguido? ¿Deseas recrearte en el relato

de mis angustias viéndote entrar en aquella casa de persianas caídas, donde entraban hombres y salían mujeres... como tú?

—Pensé detenerte... confundirte... ¿Para qué? No merecías el escándalo... Me inspiras desprecio.

La miró, esperando verla caer anonadada, y quedó sorprendido de la tranquilidad inefable de su rostro.

—¿Era eso todo? ¡Ah, Miguel mío! Yo te lo contaré y verás qué injusto eres al juzgarme así.

El tuvo miedo de ser débil.

—¿Qué podrás decirme después de lo que yo mismo he visto?

—¡Escúchame!

—Es inútil.

Se dirigió despacio a la puerta, como si quedara en su alma una esperanza que no quería perder y que una vez fuera de allí sería ya imposible hallar de nuevo.

Margarita dió un grito y corrió a cerrarle el paso.

—No, Miguel, no. Tienes que oirme.

Su acento era tan sincero y enérgico, que Miguel sintió el convencimiento de su verdad. No era posible tal cinismo.

Retrocedió silencioso, apoyó la espalda contra la chimenea, y de pie, grave, ceñudo, atento, escuchó la confesión que ella le hacía con su voz sollozante. Penetró en todo aquel mundo de inquietudes, de amargura, de miserias que él no había sospechado. Vió a Margarita como la víctima representativa de toda aquella explotación infame. Se admiraba de que una criatura tan débil hubiera podido sufrir tanto. Comprendió todo el sacrificio, todo el amor inmenso que había en el heroísmo de la mujer que había sabido permanecer sonriente a su lado sin dejarle sospechar sus tormentos.

Se arrepentía de su dureza, de su ligereza al juzgarla; sentía impulsos de arrojarse a sus pies; pero por efecto de la con-

vulsión de agonía de su espíritu, permanecía quieto, silencioso, paralizado.

—Es la ruina y es la pobreza, Miguel—siguió ella cuando se lo hubo contado todo.—Tienes que perdonarme el que no te lo haya contado antes... Ahora eres libre... puedes irte... Yo no puedo desear que quedes unido a mí en esta vida de privaciones que me aguarda.

—Margarita, Margarita mía—exclamó él con explosión, y enlazándola entre sus brazos dejó caer la cabeza sobre su hombro y lloró como un niño.

—Hay que ser fuertes, Miguel—dijo ella.

—Perdóname antes de nada las ofensas que te he hecho. ¿Quién no hubiera dudado?

—Tú, Miguel... Tú, que no has debido dudar de mí. ¿No ha servido de nada tantos años de amor, de confianza, para que supieras verme el alma?

Abría mucho los ojos ante él, como si quisiera dejarlo entrar por ellos.

—Perdóname.

Ella hizo un gesto de desesperación.

—¿Cómo olvidar las palabras que te he escuchado?

—Yo las borraré, Margarita; yo dedicaré mi vida a que las olvides. Dime que me perdonas.

—Sí... sí...

Pero allá en el fondo ella pensaba que hubiera sido mejor no oirlas jamás.

Su amor les había hecho olvidar la situación en que estaban. Miguel fué el primero en volver a la realidad.

—Ahora que ya lo sé todo—le dijo—ya no estás sola. Soy abogado y te defenderé. Es preciso que no se realice esa infamia.

IX

Había transcurrido un año en aquel pleito penoso, que Miguel planteó valientemente. El quería hallar las pruebas morales, llevar a la ley un nuevo espíritu, que la verdad de la convicción pudiera suplir a lo material de la prueba.

Había escrito a todos los que estaban en el mismo caso que Margarita, pero no había logrado reunir más que a unos pocos de aquella legión de explotados. Unos no podía averiguar quiénes eran; otros preferían resignarse a que se supieran sus apuros, algunos tenían miedo a los procedimientos de la justicia. El juzgado les asustaba más que el usurero y pensaban que lo habrían de pagar más caro. Casi todos le aplaudían, lo animaban, pero ninguno quería mostrarse parte.

—Yo—le dijo un joven periodista—empeñé una vez mi sueldo de empleado de seis mil reales a un usurero, y por no pagarle renuncié a él. Tengo que estarle agradecido porque así emprendí un nuevo camino de trabajo y contrarresté a un tiempo su usura y la usura del Estado, que es el primero en dar ejemplo.

Miguel se desesperaba. Había llevado al ánimo de los jueces el convencimiento de la verdad. Les constaba a todos hasta la evidencia la certeza de lo que decía, estaban seguros de la justicia de la causa, pero ellos no podían ver lo que no constase en los autos. Tenían que cerrar los ojos a cuanto no vieran sobre los pliegos de papel sellado; tenían que cerrar los oídos a todo lo que no resultase probado, no por las pruebas evidentes que eran la verdad misma, sino por la prueba material, palpable.

No había manera de luchar contra los usureros. La ley hecha para proteger a las víctimas era en sus manos el arma con que las domeñaban y las abatían. Habían sabido apoderarse

de la fe del notario, engañado por su falsedad; de la severidad de la escritura, en la que simularon su mentira. Todo era falso y criminal en ellos, pero todo era *legal*. Se hacían inatacables.

Miguel había perdido un pleito en primera instancia y aquella tarde era la vista en la Audiencia. Llevaba aún una esperanza de conmover, de invocar una ley viva frente al texto de las leyes muertas. De hacer que la verdad triunfase sobre todos los sofismas y todo lo convencional. No era ya la situación de Margarita lo que defendía; no era ya el encanto del triunfo ofrecido a la mujer amada lo que anhelaba. Era una causa más alta, un ideal más fervoroso, más entrañable; era el vencer a los usureros, el crear un precedente en favor de todos los abatidos, de todos los explotados.

Penetrando en aquella llaga había visto más su podredumbre; había contemplado cómo infestaba todo el cuerpo social, cómo lo corroía todo.

La facilidad aparente de la usura influía sobre unos para no tener previsión. Se contraían deudas para lucir una joya, por comprarse un traje superfluo, por satisfacer caprichos o por alimentar vicios. Sin la seguridad en los préstamos no se crearían muchos de aquellos compromisos sociales que crecían y se agrupaban hasta llegar a la ruina.

Otras veces era la necesidad el apuro que exige lo más perentorio de la vida: el vestido imprescindible, el alquiler de la casa, el médico, la botica, los gastos que han de ser luego productores.

¿Qué hacer contra eso? Margarita le había dicho la teoría de Marta, que bendecía los usureros en esas ocasiones, y al principio se había quedado desconcertado ante las perpectivas que ofrecía aquel nuevo punto de vista, pero pronto la había rechazado con indignación. No, no era aquello, no podía ser aquello. En la mayoría de los casos esos apuros tan reales, tan respetables, eran hijos de vivir cada uno de un

modo distinto al que le convenía. Tenía la prueba en la vida misma. Con lo que un obrero se consideraba rico, se consideraba pobre un empleado. Un profesor se quejaba de la escasez de su sueldo, mientras un industrial vivía satisfecho con una cantidad inferior. ¿Por qué no había de tener las mismas necesidades, reales, ante la vida el empleado que el obrero? ¿Por qué no vivían igualmente, en las mismas condiciones, el industrial y el profesor? Porque se habían creado clases, cada una de las cuales había de vivir con arreglo al patrón social que le conviniera, y por eso, cuando el tipo exigía para su satisfacción medios económicos superiores a aquellos de que se podía disponer, las privaciones, el desequilibrio y la usura llegaban. Llegaban a casas honradas, metódicas, de trabajadores, donde en apariencia no se despilfarraba nada; pero que vivían sin darse cuenta en un plano que no era el suyo, y que no regularizaban los ingresos por la facilidad de la usura, que en aquellos momentos de necesidad se le aparecía como salvadora.

El último argumento de la necesidad de los que aún dentro de la mayor prudencia, por exigencias de la vida, llegaban fatalmente a no poderse sostener era un caso en que la usura venía a empeorar el mal, a evitar la previsión y el socorro de todos, a embotar las energías para exigirle a la colectividad el remedio y el auxilio que debía prestar.

En el sentimiento íntimo de cada uno estaba la prueba de la inmoralidad de la usura. En como todos se avergonzaban de deber, en como todos lo ocultaban como un delito. Analizando bien no era el temor de que los amigos se alejasen por miedo de que les molestaran. Era un desprecio, un concepto inferior de sí mismos que produce la usura.

No pensaba Miguel en una sociedad de gentes metódicas, que no desearan más que la satisfacción de necesidades perentorias. Creía, por el contrario, que el hombre no tiene sólo derecho a lo preciso, sino a lo que se llama superfluo, lo que

proporciona placer; pero esto, podía hallarlo cada uno dentro de su radio de acción, con pureza, de una manera sólida, fundamental, cuando convencidos de no tener esa ayuda enviciadora del préstamo, ordenasen su vida en un engranaje general dentro de un estado más perfecto, donde no se conociese la usura.

Aquellos habían sido argumentos de su discurso ante la Audiencia, además de los acentos vibrantes de justicia, de sinceridad, que puso en su defensa además de las pruebas morales que adujo; de los casos que pintó... Todo inútil.

Todo aquello estaba muy bien, pero era la obra de un poeta. Los compañeros sonreían. Miguel tenía mucho talento, pero hasta entonces no había querido ejercer la abogacía y no entendía sus resortes, artículos del código, leyes, jurisprudencia del Supremo, eso era lo que hacía falta citar. Lo demás era lirismo, puro lirismo; y la bella palabra *lirismo* perdía en aquellos labios su significación para ser una cosa absurda, vacía de sentido, fuera de lugar. Toda aquella sociedad perfecta de gentes sensatas, felices, libres de la usura, les parecía una utopía irrealizable.

Los males que pintaba eran ciertos, su indignación ante los casos citados por él, ante los abusos a que se prestaban las leyes los sentían todos lo mismo; algunos lo sufrían en sí; pero ¿y la prueba? Con una prueba material, que no podía existir, los hubiera confundido; así, no se conseguía nada.

Y prueba no hubo. ¿Cómo se iba a probar lo contrario de lo que la misma demandante, inducida por la necesidad, había confesado y autorizado con toda legalidad?

La sentencia favoreció a los usureros.

X

Margarita salió a su encuentro y lo miró sin atreverse a preguntarle nada, pero el rostro de Miguel era tan sereno, tan sonriente, que ella tuvo la idea del triunfo.

—¿Ganamos?—preguntó con alegría.

—¿No estás bien preparada para una mala noticia?—contestó él con ligero tono de reconvención.

Ella calló un momento, y al fin repuso con energía, pero con un débil temblor de voz:

—Sí... habla.

En aquellos meses Miguel había hecho uso de toda su influencia para acostumbrarla a la idea de la pobreza. Parecía gozarse en verla animosa frente a la vida dura; con un desinterés que ni siquiera pensó en pedirle ayuda. Se complacía él en dejarla sola, templando su alma para la lucha.

Durante todo aquel tiempo de la cuestión judicial había estado retenida su renta a disposición del juzgado. Ella había vendido todos sus objetos superfluos y una gran parte de sus ropas. Pero ahora lo hacía delante de Miguel, con su consejo, y se sentía dichosa cuando podía mostrarle lo que le había producido una alhaja o un vestido que no le era necesario. El no la había dejado vender nada de su gabinete, ni de las cosas que les eran íntimas.

—Ya no te queda casi nada de lo que era antes tu casa, debes vender el resto—dijo—para que no quede más que lo que hemos comprado nosotros. Así te veo más mía; ahora comprendo que me hallaba menos en mi casa al lado tuyo entre todo eso. En la viudez de una mujer hay algo del muerto mientras conserva lo que les fué común. Luego deja de ser viuda. Se emancipa.

Adormecida en su amor, sugestionada con él, Margarita abrigaba la esperanza de que habría de ganarse el pleito. No comprendía que Miguel no consiguiera lo que se proponía, y en esa creencia no se preocupaba del día en que ya no le quedase nada que vender.

Pero poco a poco Miguel le había enseñado la verdad; las probabilidades estaban todas contra ellos.

—¿Cómo vivirás entonces?—le preguntó.

—Yo aprenderé a trabajar—repuso ella—; sé hacer algunas cosas... y ya no me importa el que se sepa mi ruina... me he curado de esos prejuicios.

El la abrazó conmovido.

—¿Me querrás tú cuando sea muy pobrecita?—preguntó ella con mimo.

—Más aún...

Una risa feliz y espontánea iluminó su rostro y besó a su amante tranquila, serena, sin importarle nada las privaciones y la ruina.

Sin embargo, en el fondo de su alma había una secreta esperanza de que aquel caso no había de llegar. Una ilusión recóndita de ganar el pleito, de lograr el triunfo de la justicia. Más que su miseria sentía la derrota porque triunfara la infamia de sus enemigos.

—Si lo que afecta a los demás nos impresionase de ese modo —le había dicho Miguel—, seríamos bien pequeños.

Desde entonces ella se había vencido para que no le importase ni la victoria ni la derrota de aquellas gentes. Su alma había llegado a una serenidad completa.

No había podido, a pesar de todo, conservar aquella tarde, en la que se jugaba su porvenir, la ecuanimidad absoluta. Al ver a Miguel, sintió todo el peso de su tragedia, de su fallo. Esperó ansiosa la palabra decisiva.

—Se ha perdido todo—dijo él brevemente

Ella inclinó la cabeza para ocultar una lágrima y luego preguntó:

—¿No se puede apelar aún al Supremo?

—¿Para qué?—repuso él.—En todos los tribunales de los hombres juzgarán de igual modo.

—Tienes razón—exclamó ella animosa.—Todo eso no conduciría más que a pasar tiempo, a perder energías en vanas esperanzas.

Se frotó las manos, y como el que se siente fuerte y feliz frente a la vida, añadió con sencillez.

—Ya soy pobre... Ahora a trabajar.

—Margarita—dijo Miguel con acento conmovido.—Ahora quiero yo pedirte un favor: Que dejes que sea yo el que trabaje para los dos.

—¡Miguel mío!

—Sí. Nos mudaremos a una casita chica; yo trabajaré y tú sólo te ocuparás de mí. Soy un egoísta y quiero que me cuides. Quiero que seas mi esposa.

—Pero ¿y tu repugnancia de siempre a la vida de casados? —arguyó ella, llena de una felicidad suprema, desconocida, precisamente en aquellos momentos cuya amenaza tanto le había torturado.

—El peligro del matrimonio—dijo él riendo—, es de acomodamiento. Acostumbrarse el uno al otro, compenetrarse, es lo difícil dentro del matrimonio. Nosotros no tenemos que temerle.

Se levantó un último escrúpulo en ella.

—Tal vez te sacrificas... me tienes lástima...

El la cerró la boca con un beso.

—Calla... no digas blasfemias. En amor no hay compasión jamás. Se ama o no se ama.

Y mientras ella estallaba en sollozos con la explosión de su agradecimiento, él trató de distraerla como a los niños con la visión de un porvenir lisonjero.

—¡Verás qué felices vamos a ser!

—¿Ejercerás la abogacía?—preguntó ella con ingenuidad.

—¡Oh! No, no—repuso Miguel con viveza. Jamás volveré a vestir una toga. Yo siempre defendería causas como ésta. Las víctimas ante el usurero, el explotado ante el explotador, la mujer que roba un pan frente al tahonero que la denuncia; el cazador furtivo y el leñador miserable contra los guardias que los persiguen... el acusado frente al juez. Ya ves que perdería todos los asuntos y que no ganaría para vivir... No. Cuando la conciencia de uno no se acomoda a una profesión, no hay que obstinarse en seguirla. Yo trabajaré en mi oficina y viviremos muy obscuramente, muy solos, muy alejados. Es la única manera de ser felices; porque la felicidad se asusta del ruido y de la luz.

Se detuvo para besar a Margarita, con un beso nuevo, más acendrado, más puro, más entrañable que se lo había dado nunca, y añadió sonriendo:

—También debe asustarse de la usura, porque para nosotros ha empezado cuando la usura finalizó.

———

DON MANOLITO

I

LOS DESTERRADOS

Cuando la llave dió vuelta a la cerradura, el corazón de Fernando latió con mayor violencia. Le inspiraba una curiosidad grande aquel tipo extraordinario que se le presentaba en don Manolito.

Lo había conocido a su llegada a Lisboa; fué él quien lo esperaba en la estación del Rocío, quien lo condujo al hotel y quien le sirvió de cicerone para mostrarle la ciudad y de padrino para relacionarlo con todas aquellas familias portuguesas que de un modo tan amable y tan cordial habían acogido al forastero.

Fernando no contaba más de veinticinco años, era alto, guapo, lo que se suele llamar un buen mozo, y en su doble carácter de emigrado político y de músico notable, no tardó en hacer numerosas relaciones. Sin embargo, a pesar de la diferencia de edad, el amigo más constante era don Manolito, que con su carácter alegre, dulce y servicial llegaba a establecer una camaradería fraternal con él y con sus otros amigos.

Era don Manolito un hombre de mediana estatura, fornido, de rostro rubicundo, nariz prominente, los ojos vivos y grises, ocultos entre los pliegues de la piel, y los cabellos canosos y escasos. Llevaba una gran pera blanca, a lo Zorrilla, esa perilla que fué como un distintivo de los revolu-

cionarios del siglo XIX y que daba a su semblante algo de enérgico y marcial.

—¿Qué años me echa usted?—solía preguntar inopinadamente a los nuevos conocimientos; y cuando, galantes o sinceros, le calculaban de sesenta a sesenta y cinco, él reía gozoso y decía:

—Tengo ochenta cumpliditos, aunque no me falta un diente ni una muela y subo y bajo las cuestas veinte veces al día sin cansarme.

Era en él una vanidad y una coquetería de viejo fuerte, que se siente envidiado por los jóvenes, sobrecogidos de temor al oír la cifra de años que les parece inverosímil alcanzar.

Había algo de misterioso en don Manolito. Lo veía siempre solo, siempre complaciente, hablando de los otros y sin hablar jamás de sí mismo. Un día que encontraron una familia española en la calle, Fernando oyó que le llamaban *Coronel.*

—¿Ha sido usted coronel?—le preguntó.

—Lo sigo siendo, amigo mío—respondió con cierto orgullo.

Fernando no investigó nada más. Aquella afirmación le daba la clave de muchas cosas que no acertaba a explicarse. El, antimilitarista furibundo, creía que el militarismo era un octavo sacramento que, como los otros, imprimía carácter en el sujeto, marcándole como una huella imborrable. Así comprendía que la Patria tuviese para el buen anciano la forma geométrica encuadrada en las fronteras.

Deducía Fernando de los datos que el trato diario con don Manolito le iba proporcionando, que los recuerdos de España no debían ser muy agradables; pero, sin embargo, el anciano era un patriota tan entusiasta, que a pesar de los cuarenta años pasados en Lisboa y de su cariño a Portugal, no había querido aprender el idioma y seguía obstinándose en hablar un español que se había ido viciando en el acento y la expre-

sión hasta constituir una jerga, tan alejada del lenguaje de Camoens como del lenguaje de Cervantes.

El joven no comprendía aquella terquedad. Hombre moderno, con gran amplitud de ideas, soltero y de posición independiente, era para él como una especie de diversión aquel destierro por un delito político cometido en uno de los principales periódicos españoles.

El se encontraba bien en Portugal. Veía que los portugueses formaban un pueblo más entusiasta y más joven de espíritu que el pueblo español. Tenían esa juventud que tuvimos nosotros a raíz de la guerra de la Independencia, cuando falsamente nos creímos libertados, y formaban un pueblo ardiente, expansivo e ingenuo a un tiempo mismo.

Todos sus nuevos amigos le obsequiaban a porfía, querían hacerle ver y admirar las bellezas de su tierra. Se pasaba los días en paseos y excursiones. Primero, Lisboa, con sus panoramas magníficos sobre el Tajo, sus jardines y sus museos; después, las visitas a los solares de su vieja historia: Coimbra, Busaco, Botalba. Don Manolito no había querido acompañarlo a esta última excursión. Pretextó que estaba enfermo. Pero cuando Fernando afirmaba riendo que los españoles tuvieron un triunfo en Aljubarrota, puesto que lograron que la humanidad tuviese tan soberbio monumento, lo vió mirarlo malhumorado y retirarse diciendo:

—Al fin, la patria es la patria.

Después, las correrías idílicas por la encantada sierra de Sintra, la sierra de los bosques y de los palacios; Setúbal, la Costa Azul del Atlántico; la bravía belleza de las playas del Algarbe y sus campos de higueras y almendros floridos.

Mientras Fernando se entusiasmaba ingenuamente, don Manolito solía indignarse con aquel rey de Castilla que desprendió a Portugal de su corona.

—¡Y que puesto a dar, dió lo mejor... toda esta zona del Atlántico, que es la flor de la Península!—decía.

—¿Qué sería de nosotros si esto fuese también España?—contestaba alegremente Fernando.—No hubiéramos podido escapar.

Don Manolito se quedaba desconcertado por este razonamiento y contestaba invariablemente:

—Sí... pero la patria... es la patria.

El joven no podía menos de admirar aquel carácter tan entero y tan recto, que se había aferrado a media docena de ideas que daban vueltas en su cerebro convertidas en principios inmutables.

Don Manolito era siempre el mismo hombre sencillo y decidor en apariencia, pero reservado en el fondo, hasta el punto de no hacer jamás una confidencia.

Se negaba siempre a admitir toda clase de convites y rehuía con habilidad las ocasiones de mostrar una penuria que Fernando adivinaba. Las escasas veces en que Fernando logró hacerle alternar con alguno de sus amigos, lo veía contento de aprovechar la ocasión de ponerse la antigua levita alcanforada y el viejo sombrero de copa. Llevaba aquellas prendas con la marcialidad de un uniforme, y se ponía ufano y esponjado, con sus cruces y medallas sobre el pecho; se engreía, se crecía cuando alguien le llamaba *Coronel.*

Su gran afición era coleccionar armas antiguas y sellos. Especialmente estos últimos. Pedía a todos sus conocimientos que le guardasen los sellos de todas clases, y siempre llevaba llenos de sellos los bolsillos; al sacar algo salían los pedacitos de papel de colores entre sus dedos, y se escapaban de entre ellos como un confetti precioso, como si fuesen un papel-moneda, billetes de Banco hechos pedacitos. Don Manuel se envanecía de ellos como de un capital.

—Tengo tantos—decía—que a veces no puedo entrar en mi casa, porque está todo lleno de sellos... mesas, sillas, sofás...; pero luego los echo en agua, los lavo, los seco, los limpio con un pincelito, les quito la goma y los empaqueto por mi-

llones; bien amarrados con un cordoncito. Así y todo, me ocupan toda la casa.

El joven no comprendía aquella afición a los sellos.

—Además—seguía don Manolito—yo tengo un álbum que es de los más completos de Europa. Es el álbum el que me interesa. Los otros sellos los tengo como un acompañamiento que los avalora, porque me gustan y los guardo como si fuesen moneditas de cinco duros. Llevo más de cuarenta años coleccionando... desde que vine de España.

La frente se ensombrecía y guardaba silencio después de este recuerdo, en el que Fernando adivinaba tal dolor que le hacía callar también.

II

NOSTALGIA

Conforme pasaban los días, la amistad de Fernando hacia don Manolito crecía y se afirmaba. Era para él como un pariente, como una persona muy querida que llevaba a la noble tierra que le acogía algo del calor del hogar que comenzaba a recordar con tristeza.

Al correr de los días se había satisfecho su curiosidad de viajero que le había ocultado al principio su condición de desterrado. Ahora la vida se le hacía monótona, cansada. Empezaba a comprender todo el alcance de aquella bella palabra portuguesa *saudades*, que encerraba todas las nostalgias y todas las melancolías dulces.

Aquella tarde, asomado al balcón del cuarto que ocupaba en su hotel de la plaza del Rocío, dejaba vagar la mirada so-

bre los lujosos escaparates delas tiendas que la rodean. A su derecha se alzaba el teatro Nacional, con su franlan griego sobremontado por la estatua del actor poeta Gil Vicente; enfrente el clásico café de la «Brasileira», el café de los revolucionarios, brillante de luces; a su izquierda las soberbias Ruas Augusta y Rua Aurea, que tal vez por sus nombres evocaban el prestigio de las calles de la Roma Imperial, con sus arcos triunfales que conducían al Tajo.

Hacia arriba, sobre los tejados, escalonándose a lo lejos, se dibujaban los edificios, dejando ver las fachadas como los espectadores de las corridas de toros, agrupados en las gradas, dejan ver sus rostros. Divisaba el puente del elevador de Santa Justa que cruzaba bajo el arbotante de la iglesia *do Carmo*, la cual ponía en el paisaje todo el prestigio de aquellas ruinas góticas, que con tan buen acuerdo se conservan sin restaurar, tal como las dejó el terremoto que destruyó a Lisboa. Lisboa, como Nápoles, estaba construída sobre el cráter de un volcán y tal vez por eso era como Nápoles, tan bella, tan exuberante, como si tuviese mayor calor, más savia, más relación y más proximidad con el corazón de la tierra.

Poco a poco se habían ido apagando los oros del crepúsculo y las luces parpadeaban sobre las colinas como otros tantos tonos destacados del azul claro y acuoso del cielo. La ruina se destacaba a la luz de la luna, con su gran mole de piedra y sus arcos ojivales que parecían llenos de cielo, recortados en el azul de un modo fantástico.

Su corazón sintió algo como ese helor, ese vacío, esa soledad y ese silencio que deben sentir los monjes en los grandes conventos antiguos que no pueden abandonar, y que en vez de serenar su corazón lo hacen palpitar con más deseos de vida.

Al mirar hacia el porvenir sintió miedo o sería siempre así, un ser solitario. Aunque tuviese afectos no podría jamás ol-

vidar aquella ansiedad, aquella nostalgia de los lugares adonde no podía volver. Se acordó de don Manolito.

—Él lleva cuarenta años sin ir a España—pensó.—Debe haber algo muy terrible y muy doloroso en su vida.

Como respondiendo a su pensamiento, sonaron tres golpes distanciados, acompasados y graves sobre la puerta del aposento, golpes como de péndulo de reloj; don Manolito llamaba a la puerta con su seña masónica.

Acudió Fernando presuroso a abrir.

—Adelante, adelante—dijo franqueando la entrada.

—¿Cómo tan solo?

—No he tenido ganas de salir, y usted me abandona.

El viejo se dejó caer en una silla, se pasó el pañuelo por la frente y dijo:

—Yo estoy rendido. Me he dado un paseo enorme. He ido hasta La Estella, a ver a otro filatélico que tenía un nuevo sello de error.

—¿De error?

—Sí; yo creo que esto es una picardía que nos hacen. Empiezan a tirar la emisión con un error; una letra al revés, un número cambiado, y en cuanto empieza a circular, se recoge... y, ¡ya nos tiene usted locos a todos los filatélicos! Hacen falta esos ejemplares para esa historia viviente de los sellos que forman nuestras colecciones.

Y el viejo empezó a explicarle la suma de trabajo y de paciencia necesaria para formar sus álbumes. Todos los filatélicos se relacionaban, era la suya una especie de masonería que amistaba a los más apartados, los unía en amistades estrechas, les hacía sostener correspondencia escribiéndose largas cartas con la descripción de los ejemplares que deseaban. Entre ellos efectuaban cambios de los repetidos y se ayudaban a la busca y captura de los ejemplares raros. Los sellos habían llegado a tener valor en bolsa. Tenían sus álbumes que los tasaban, los encasillaban y reglamentaban su

valor. Entre aquel mundo de los coleccionistas había personajes célebres por sus colecciones, cuyos nombres repetían con admiración.

Don Manuel escribía todos los días diez o doce cartas a sus amigos desconocidos y había llegado a reunir una maravillosa colección de sellos tasada en 20.000 duros.

—¿Cómo no la vende usted?—exclamó el joven, sorprendido de aquella riqueza presunta del buen anciano, cuya penuria adivinaba.

—¿Para qué?—respondió él lacónicamente.

Había un desgarramiento de desaliento, de tristeza mal encubierta con su aparente serenidad y su sonrisa.

Fernando se conmovió.

—Hace un momento—dijo,—en medio de esta serenidad de la noche, me había entristecido, recordaba las noches de nuestro país... tan semejantes a estas y tan distantes, sin embargo, tan perdidas para nosotros ya. Pensaba con espanto en esos cuarenta años que lleva usted sin pisar España...

Un sollozo respondió a sus palabras, tan hondo y tan comprimido, que el joven se asustó.

—Perdóneme usted, amigo mío, si he evocado un dolor en usted—dijo, apretándole la mano.

Don Manolito lo retuvo cerca de sí, sosteniéndole la presión, que parecía mezclar sus sangres y confundir sus corazones.

—Usted es joven, Fernando; usted podrá volver allá. Yo me quedaré para siempre aquí... Aquí me enterrarán... No me espera nadie... Nadie me ha de llorar.

—Vaya... vaya... amigo mío: somos demasiado pesimistas. Aquí estamos los dos juntos... y si yo me fuera lo llevaría conmigo.

El viejo movió tristemente la cabeza.

—No.

—¿Por qué?

—Hay allí demasiados recuerdos angustiosos para mí... Hace mucho tiempo que yo no hablo de nada de esto con nadie. Tengo miedo de oirme hablar yo mismo, como si mi voz fuese ajena y me pudiera contar algo que yo no sé... o que ya no debo saber... que he olvidado... que quiero olvidar... No son sólo los tormentos materiales del destierro, sino todo el olvido, el desconocimiento, la ingratitud que hay en todo esto...

—Tal vez yo podría consolarlo.

El viejo dudó un momento, y después, bajo, empezó su relato, confuso, mezclado, a saltos, como evocaba sus recuerdos la memoria, haciendo vivir todas las escenas de una época no lejana de su vida;pero de unas costumbres tan distintas, que parecía como un superviviente de muchos siglos, al través de su narración.

Sus palabras sinceras y solemnes tenían un valor de confesión a la luz de aquella luna brillante de sol, ante aquel templo que parecía sostener el cielo y cobijar bajo sus arcadas a la ciudad toda.

III

LA PRISIÓN

El café de Pombo estaba aquella noche del año 1875 lleno de una concurrencia mucho más numerosa que la habitual. Era una concurrencia grave, de hombres en su mayoría, todos con grandes perillas marciales que, a pesar de la diversidad de trajes, les daba algo de apariencia militar.

Aquel antiguo café con su aspecto primitivo, inmutable, parecía prestar una complicidad a los concurrentes, que no

eran las gentes despreocupadas y alegres que acostumbran a ir por las tardes, ni los buenos burgueses tranquilos que han hecho allí su tertulia habitual por las noches.

Un observador hubiera notado una preocupación muy honda en todos los congregados. Los fragmentos de conversación en voz alta, en tono afectado, como si temiesen ser oídos, no tenían nada de común con los pequeños diálogos entrecortados que se sostenían en voz baja:

—Me parece una imprudencia esta reunión—dijo uno de ellos.

—Sin duda—contestó el interlocutor en el mismo tono—; pero están tan descuidados, que cuando vengan a saberlo será tarde.

—¿Crees?

Pero el otro, en lugar de contestarle, repuso:

—Verdaderamente que no hay quien baile como ella.

—Exageras... — repuso el primero. — Elvira danza mejor.

—¿De qué se trata?—preguntó un recién llegado, tomando asiento junto a ellos; y antes que le contestasen añadió en voz baja:—Estamos perdidos... serenidad... y tratemos de escapar.

—¡Cómo!

—Han hecho traición los sargentos.—Y alzando la voz:—En efecto, baila mejor Elvira.

El que había hablado el primero se levantó, atravesó la estancia encendiendo un cigarro, movimiento que debía ser una contraseña, porque a pesar de querer parecer indiferentes, pasó como un estremecimiento sobre todos y por un instante se interrumpían las conversaciones a su paso y se volvieron los ojos hacia él. Algunos se pusieron de pie.

El entró en el compartimiento de la izquierda y se dirigió al ángulo de enfrente, donde estaba sentado, en el diván, bajo el espejo de ancho marco de madera, un hombre joven, de cabello rizoso y semblante noble y simpático. Se había

instalado allí como el que forma una presidencia, frente a todos los otros.

—¿Qué sucede, Manuel?—preguntó al verlo, sin cuidarse de disimular.

—Mi mujer está enferma.

El joven palideció ligeramente.

—¿Quién trajo la noticia?

—Acaba de llegar Alberto.

—Es preciso que vayas.

—Ven tú.

—Yo debo ser el último. Márchate. Eres el más interesado.

—No importa...—insistió.

—Vete—ordenó el joven con imperio.

El otro encendió una cerilla y la apagó de un soplo.

Momentos después, como si todos obedecieran a una consigna, cuatro de los concurrentes se levantaron y se dirigieron a la puerta de la calle de Carretas, mientras otros dos se dirigían a la puerta falsa del callejón. Se notó un soplo de ansiedad en los que quedaban, un deseo de verlos desaparecer; pero casi instantáneamente volvieron a entrar como arrollados desde fuera. Hubo un momento de pánico general en el que todos se levantaron y muchos llevaron la mano a la cintura o al bolsillo buscando la culata del revólver.

—¡Que se cierren las puertas!

—¡Que no salga nadie!

Ordenó una voz seca y breve.

Todas las miradas se volvieron hacia el joven que había hablado con don Manuel. Este estaba pálido, pero sereno.

—No tenemos nada que temer—dijo,—y no hay por qué oponer resistencia.

Como si estas palabras fuesen una orden, todos se serenaron.

—Quedan todos ustedes detenidos de orden de Su Majestad

el Rey—dijo, adelantándose, un capitán.—Pueden salir dos a dos para ser conducidos al cuartel.

Aquella escena era de las que habían quedado más grabadas en la mente de don Manolito. Una compañía entera rodeaba a Pombo; habían copado casi toda la oficialidad de Madrid: veinte capitanes, ocho brigadieres, cinco coroneles... todos los que conspiraban para desterrar al Rey que la Restauración acababa de colocar en el trono, y precisamente en el momento en que se celebraba la última reunión, cuando se creían tener seguro el triunfo.

IV

REO DE MUERTE

Los días de la cárcel corrieron para don Manolito lentos y pesantes. El era el más comprometido de todos. Habían hecho traición los sargentos de su compañía, cuando ya los creía suyos, cuando ya todos los soldados estaban dispuestos, y los jefes creían poder sacar los regimientos a la calle para unirlos al pueblo, mejor dicho, para devolverlos al pueblo, del que los separaba la severidad de las ordenanzas, y juntos todos imponer la voluntad soberana de la nación.

Cuando había vislumbrado el triunfo, cuando su optimismo no dudaba del éxito de la conspiración, se veía todo caer desmoronado, deshecho, derrumbado de un modo que no podría alzarse jamás. Más que su propia suerte y la de sus amigos, lo inquietaba el fracaso de sus ideas. Había nacido en 1836, en una época de luchas, de revoluciones, de perturbación que habían influído sobre él.

Hasta el pequeño pueblo de Castilla la Vieja llegaban los

ecos de la conmoción política que convulsionaba toda la nación en la menor edad de Isabel II.

La larga y desastrosa guerra civil partía a España en dos bandos, ambos igualmente fanáticos, capaces de cometer todos los excesos. No había indiferentes; todos discutían, se apasionaban de un modo ardiente. El trono de la joven princesa temblaba, mal asentado en sus cimientos; la reina madre se veía obligada a huir, sustituyéndola Espartero, que no tardó en tener que escapar a Inglaterra para ponerse en salvo a su vez.

El padre de Manuel había sido una de las víctimas de los partidarios de don Carlos. Su madre, viuda y sola, tuvo que ir a buscar amparo con él y con otra hija de pocos meses a casa de un hermano suyo, boticario en Medina del Campo; pero la infeliz no tardó en sucumbir al dolor de la muerte de su marido.

El tío utilizó los servicios de los niños; Manolito, inteligente y reflexivo, era un excelente mancebo en la botica, y Matilde, la hermana, sabía cuidar la casa como una experta ama de gobierno.

Allí, en la soledad de su tienda, leyendo las escasas hojas de periódico que llegaban a sus manos, Manuel sentía encenderse en él un espíritu liberal y rebelde. Era como una protesta contra los que él creía asesinos de sus padres; una intuición rebelde de aquella esclavitud a que se veía encadenado, en la monotonía de las horas que se sucedían sin traer una emoción nueva. Contribuía, quizás, aquel espíritu frío, severo y recio de la ciudad castellana, enclavada en medio de la gran llanura y como dominada por el viejo castillo de la Mota, con sus torreones fatídicos, que se alzaban sobre ella.

Cuando le tocó la suerte de soldado y sus tíos quisieron librarlo, él se opuso: quería irse, correr mundo, ver el ambiente distinto, el horizonte amplio que había soñado; luchar al lado de los liberales y ser soldado de la Reina. La Reina ejer-

cía sobre él una sugestión de mujer guapa que hacía aún más picantes las anécdotas que circulaban en voz baja de su amor al Ejército. Lloró la hermana mucho; le llamaron ingrato los parientes; criticaron y se hicieron lenguas de la mala cabeza de aquel muchachito tan callado, que parecía tan juicioso. El opuso a todo su resistencia pasiva, con una firme decisión de libertarse.

Sin embargo, cuando llegó el momento de marchar, sintió que se le oprimía el pecho. El último día le pareció amable su trastienda de la botica, advirtió en ella un bienestar en el que no había reparado antes. Sus tíos le inspiraban una gran ternura y experimentó por su hermana un afecto ardoroso, apasionado. Hasta la torre del viejo castillo de la Mota le pareció gallarda y bella, y al borrarse en el horizonte le hizo experimentar una sensación de vacío, de soledad tan grande que de buena gana se hubiera vuelto atrás.

¡Cuánto había de añorar aquella paz de Medina del Campo en los días azarosos de la gloriosa guerra de Africa. Su ardor guerrero, desesperado, como si buscara una compensación a su vida solitaria, le hizo distinguirse en la toma de Tetuán, donde recibió dos balazos que le atravesaron el brazo y el muslo izquierdos. Cuando terminó la guerra, Manolito había ya ascendido á capitán, y al volver a Medina enseñó con orgullo las medallas honrosas que ornaban su pecho y las cicatrices que habían dejado en su cuerpo los balazos. El modesto mancebo de la botica se había cambiado en un gallardo oficial, que hacía suspirar a las sensibles niñas casaderas de Medina del Campo.

Pero Manolito estaba enamorado. Durante una de las estancias de su compañía en Zaragoza, había conocido a Elvira, una jovencita redonda, fresca, con tez de camuesa madura, en cuya casa se había alojado. La niña tenía unos ojos muy grandes, muy claros, que miraban muy parada y muy fijamente, y que por lo mismo que no tenían expresión nin-

guna le parecieron a Manolito capaces de expresarlo todo. Iba siempre vestida de blanco, ese color que inspira respeto a los hombres, y exhalaba de toda ella un aroma de inocencia, de castidad, de doncellez, tan verdadera y poderosa, que lo abrazaba y lo envolvía como un escudo.

No se podía pensar en aquella criatura sensualmente; sólo una gran ternura debía obligar a llevarla al matrimonio. Su mirada casta, fija, algo atónita, inexpresiva, despertó el amor dormido hasta entonces de Manolito. Cuando le hizo su declaración, ella lo oyó tranquila, serena, y sin inmutarse le contestó:

—Yo haré lo que mi madre y mi hermano quieran.

No le costó poco trabajo al joven capitán hacerse aceptar de éstos. El hermano era un cura que veía con recelo a un oficial isabelino, pero que, al fin, dió su consentimiento.

Entonces empezó un noviazgo idílico, bajo la mirada de la madre, que no los dejaba solos un momento ni consentía los apartes en voz baja. Elvira era siempre la misma criatura sujeta a un ritmo fijo, disponiéndose a ser su esposa, sin que un pensamiento o un deseo empañasen la serenidad de su pensamiento. Aquel hombre de treinta años, tan chiquillo y tan inexperto, ardía en deseos de casarse; pero cuando ya la boda estaba concertada, se vió obligado a lanzarse de nuevo a la lucha.

La intolerancia política y la falta de respeto a la constitución del ministerio González Bravo hizo que todos los partidos liberales coligados se pusieran frente al trono; al levantamiento de la Marina en la bahía de Cádiz, a cuyo frente se hallaba Topete, respondió la insurrección del Ejército, y la Reina tuvo que huir a Francia.

Manolito fué de los revolucionarios más ardientes. El veía sufrir al pueblo, sentía el aroma de sus dolores, se indignaba de la injusticia y de liberal pasaba a republicano, a revolucionario, a ser uno de los librepensadores más furibundos,

aunque disimulaba estos pensamientos en las cartas que escribía a su novia, dirigidas siempre a la madre, que era la que respondía por la hija. No pudo reducir a su prometida a que participara de sus ideales y tuvo que casarse con arreglo al derecho canónico, cosa deshonrosa para un revolucionario de su época.

Las horas felices de su matrimonio lo alejaron un poco de la contienda política, tascando el freno del disgusto que le producía ver derrumbarse la obra de la República, el desacierto de las juntas revolucionarias, hasta expirar la regencia del duque de la Torre, en la elección de Amadeo de Saboya, por las Cortes Constituyentes, reflejo del espíritu monárquico arraigado en el país.

Se consolaba pensando que Amadeo había jurado lealmente la Constitución y que era un hijo de Víctor Manuel, el destructor del poder temporal de la Iglesia.

Entretanto, su esposa lo había hecho padre de una niña que formaba su encanto de buen abuelo, pues para él, su mujer, que no había perdido la candidez y la inocencia a través de su matrimonio, era como una hija más; estaba trataba y la mimaba, aunque toda su ternura no conseguía desarrugar el ceño de la suegra, que veía en él un impío.

Todavía la guerra cantonal del Sur de la Península le hizo volver a tomar las armas; volvió a su casa herido de un balazo en la cabeza que le tuvo próximo a la muerte, y durante su enfermedad los parientes de su mujer, que lo creían ya perdido, no tuvieron consideración ni recato para molestarlo.

—¡Castigo de Dios!

—¡Ese es el fruto de la impiedad!

—Si sufre, bien merecido lo tiene; que lo ofrezca a Nuestro Señor Jesucristo. Más pasó El por nosotros.

Su curación coincidió con su ascenso a coronel y el traslado a Madrid, que vino a librarlo de todas aquellas gentes.

Le pareció que su esposa lo seguía como un deber penoso, y ella, que tan poco hablaba, le dijo:

—Yo espero que sabrás tener respeto a mi conciencia y educar a tu hija en el temor de Dios. De lo contrario, me volveré con mi madre.

Manolito, obligado por el cariño a su mujer, había disimulado aquella indiferencia religiosa que ella creía impiedad. La veía sufrir como si temiese las consecuencias de estar al lado de un réprobo que no la acompañaba jamás al templo; y cuando la niña, de contextura débil y delicada, enfermaba, la veía mirarlo con algo de miedo y de rencor. Algunas veces le decía:

—Reza y pídele a Dios que no nos castigue en ella de nuestras culpas.

Así, él solo en su familia, sin nadie que compartiese sus sueños y sus ideales, buscaba fuera la compensación y se reunía con sus amigos, que eran más exaltados. Tomó parte en aquella sublevación indignado contra el espíritu de la Restauración, que le parecía la anulación de toda aquella obra por la que había derramado su sangre.

El fracaso ruidoso comprometía a la vez su porvenir, su vida y sus más caros afectos.

Cuando se le levantó la incomunicación no escuchó una voz amiga que lo alentase y lo sostuviese. Nadie que comprendiese su ideal, su abnegación, su enamoramiento de la libertad, su altruísmo para sacrificarse por el bien del pueblo y de la patria. Nadie que pusiera más alto la satisfacción de la conciencia que el interés material.

La esposa estaba desolada, pensando qué sería de la hija y de ella; mientras que la madre y el hermano lo llenaban de reconvenciones. Aquella unión de Elvira era una vergüenza eterna para la familia.

Sus tíos abominaban también de él. Al fin respondió a lo malo que esperaban de aquel muchacho retraído y huraño,

que no había querido asimilarse sus enseñanzas y sus consejos para ser el digno sucesor de su tío en la botica de Medina del Campo. Sólo la hermana, que estaba viuda y que era madre de una chicuela feucha y desmedrada, se limitaba a llorar en silencio, sin atreverse a decirle nada.

Se veía tan moralmente solo, tan desalentado, tan agobiado que escuchó sin temblar la sentencia de muerte formulada contra él por el tribunal militar que entendía en la causa. Se sentía como desarraigado, sin más lazos que le ligaran a la vida que los de su vida misma.

V

EL PRESIDIO

Su pánico fué cuando se le comunicó la conmutación de la sentencia por la de cadena perpetua. Era como volver de nuevo a su trastienda de Medina. No podría conformarse. Sin embargo, tuvo fuerzas para fingir el mismo aspecto de serenidad e indiferencia que habría adoptado desde el principio. Sufrió con paciencia las recriminaciones de todos a guisa de despedida.

—A esto nos ha conducido tu mala cabeza — dijo el cuñado—. Yo cuidaré, sin embargo, de tu mujer y de tu hija. Ve tranquilo.

Hasta su mujer le repitió también lo que tantas veces había oído:

—Ves, Manuel; ahora, por culpa tuya, ¿qué será de nosotros?

En el fondo de su alma, aquella ingratitud había roto todos los lazos de afecto que le ligaban a su familia.

Se produjo una reacción favorable, y él, que había deseado morir, sintió de nuevo el ansia de vivir para sí, para él solo, para ser libre. Un proyecto loco de escapar, de vivir en otra tierra, de crearse una existencia nueva, lo invadía.

—Yo trataré de escaparme—se dijo;—y si no lo consigo, siempre me queda el recurso de estrellarme contra la pared. ¡Dios mío, cuánto tienen que sufrir los presos!

Había estado a punto de volverse loco cuando se llevó a cabo la terrible ceremonia de deshonorarlo, de despojarlo de su uniforme de militar, de arrebatarle las cruces y las insignias ganadas con sangre en el servicio de la Patria, y que perdía otra vez en ese mismo servicio.

Tenía miedo de mirar a los soldados, como si temiese ver la vergüenza de ellos al llevar a cabo aquel acto.

—La insignia de las heridas que han marcado estas cicatrices en mi carne no me la pueden quitar—dijo con arrogancia.

Después se despidió de su mujer, que lloró mucho, y de la pequeñuela, que ponía la mejilla para recibir sus besos, con aspecto un poco huraño y asustado. No hubo efusión en ninguno, sino una acusación muda, aquella que tantas veces habían repetido:

—¿Ves adónde nos ha llevado tu imprudencia?

Era una despedida definitiva, de todo y de todos. El estaba muerto para los suyos y para la sociedad. No le quedaba más que vivir día tras día, viviendo por vivir, por sentir la vida.

Al llegar al presidio de Granada, los penados, curiosos de conocer los nuevos compañeros, prorrumpieron en gestos de burla y chacota a la vista de su aspecto de *señorito*, vestido de negro con gabán abrochado y su gran perilla negra. ¡Un señorito que se venía dando aires de personaje! ¡Ya le bajarían ellos los humos! Lo habían de pelar y vestir como a los demás.

Aquellos gestos asustaron al prisionero y solicitó hablar al director.

—Caballero—le dijo:—yo soy el coronel don Manuel Fernández. No sé por qué me han traído aquí. Es un abuso, porque yo no puedo estar confundido con los reos de delitos comunes. Deseo elevar una instancia para que se me siga tratando con arreglo al fuero del cuerpo a que pertenezco. Entretanto, yo le ruego que me aparte de mis compañeros de prisión y no me obligue a rasurarme el rostro y la cabeza.

Había tanta dignidad, tanta firmeza y tanta arrogancia en sus palabras, que el director cedió a sus ruegos. Gracias a la bondad de aquel hombre, don Manuel pudo estar solo, usando su traje y sin sacrificar aquella perilla y aquellos mostachos que le eran tan queridos. Cada vez que se encontraba con los otros presos, se renovaban las señas amenazadoras, en las que hacían ademán de afeitarlo. Se indignaban del privilegio del *señorito.*

Sin embargo, cuando cundió la noticia de que era uno de los famosos revolucionarios, cuya condena de muerte se había permutado por cadena perpetua, los presos cambiaron de conducta. Lo saludaban afables, y un día uno de ellos se le acercó y le dijo:

—Señor, le traigo un memorial firmado por mí y por algunos de mis compañeros; si triunfa la República, tenga piedad de nosotros.

Y él, el pobre preso, tan desvalido como ellos, lo tomó con aire protector, ofreciéndoles tenerlos presentes en la hora del triunfo.

Al fin se resolvió su instancia de un modo favorable. Su cárcel había de ser en un castillo, y se le designaba el de Santa Catalina, en Cádiz, adonde se le había de conducir. ¡Ya era hora! Los escasos recursos con que se había ido sosteniendo escaseaban y nadie se cuidaba de él. Su mujer se había ido con su hermano y su madre a Zaragoza, y sus escasas car-

tas eran sermones de moral, dictados por el cura. Su hermana seguía viviendo miserablemente en Madrid, trabajando para sacar a su hija, pues los tíos de Medina no querían saber nada de los dos sobrinos, a los que calificaban de ingratos.

Un día se vió sorprendido por una visita. Un caballero desconocido que al estrechar su mano hizo en ella un signo extraño. Manuel lo miró con desconfianza. ¿Se le tendería un lazo? El estaba iniciado en la masonería, pero su vida azarosa lo había mantenido lejos de las logias, en el momento de la desgracia, su delicadeza le hizo abstenerse de pedir protección a una sociedad a la que no había aportado ningún servicio. Vacilante dió un paso atrás y respondió al saludo del hermano con ese otro noble signo:

—«Antes me dejaría cortar el cuello que ser infiel.»

El otro repitió el saludo:

—«Antes me dejaría partir por medio del cuerpo que ser infiel.»

Aquel signo le revelaba que era un hermano de gradación superior. Sin embargo, Manuel dudaba aún:

—Dame la palabra...—dijo.

—Dame tú la primera letra—respondió el segundo.

Se inclinó sobre su oído y, articulación a articulación, ambos compusieron la palabra sagrada que los unía en lazos fraternos.

Don Manuel estaba trémulo, lleno de alegría.

—No hay tiempo que perder—dijo el caballero.—Nosotros no abandonamos a los nuestros cuando merecen tanto como usted.

—¡Perdón!... Yo...

—No se disculpe—atajó el otro.—Está todo justificado en su caso. Pero oiga, óigame con atención. Va usted a ser trasladado a Cádiz. Pida que lo conduzcan en ferrocarril. Alegue su categoría, su estado de salud; el médico es nuestro.

—Pero si yo no tengo dinero y no puedo...

—Mande que su administrador, don Francisco Nogales, Carrera del Darro, 82, le facilite los fondos.

—Yo no debo...

—Es preciso—dijo el otro con energía.—Obedézcame. Es imposible que lo conduzcan a pie...; no podría usted resistir esos días de camino delante de los caballos, ese martirio de la llegada a pueblos donde todo preso es un gran criminal y los chicos y las viejas lo insultan, como a un negro y un hereje... Además, cualquier movimiento imprudente, y ya sabe usted que la Guardia civil puede disparar sobre los fugitivos.

—No tengo idea de huir.

—¿Quién sabe las ideas que puede suscitar el aire libre? ¡Han muerto tantos presos en ruta! El coronel Fernández tiene fama de andar...

Aquellas palabras le habían puesto carne de gallina; su emoción de felicidad al verse amparado, protegido, con una Iglesia acogedora que velaba por él, le produjeron una fiebre tan alta que el médico pudo certificar de su enfermedad en justicia, y la conducción se hizo por tierra.

Unos días de verse mezclado en medio de la vida, aunque una reja invisible lo separase de ella. Se veía al lado de personas, confundido los otros con ellas en el andén de la estación, gozando de la aparente libertad de un viaje. Se iban a renovar aun para él los paisajes y los horizontes.

Los dos guardias civiles que habían de acompañarle eran dos hombres jóvenes, de fisonomías amables y simpáticas.

—Yo no he de tratar de escaparme, amigos míos—les dijo, saludándolos militarmente.—Yo no soy un preso vulgar, soy un coronel... un republicano... No quisiera llamar la atención del público. Les ruego que disimulen para que no se note que voy preso... ¿Quieren hacerme ese favor?

Los dos guardias se miraron, sorprendidos e indecisos.

—Yo les doy mi palabra de honor—añadió el preso.

Su acento era tan entero y persuasivo, que los guardias respondieron a la vez:

—Haremos lo que usted desea.

Fué un viaje delicioso, con tales apariencias de libertad, que, durante algunos momentos, se engañaba a sí mismo.

Al acercarse al término de su viaje, don Manuel quiso hacerles un obsequio a sus conductores, que lo rechazaron afectuosamente.

—Al menos—exclamó—díganme sus nombres, por si las cosas cambian.

Los dos hombres le dieron sus nombres, esperanzados en sus palabras, con aquella misma esperanza con que él los anotó cerca del pliego de papel que guardaba los nombres de los presos.

Era un *debe* que habría contra el *haber* de la presunta República.

VI

SANTA CATALINA

Al llegar a Cádiz lo esperaba en el andén un primo suyo, notable literato afiliado también a la masonería.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Haz que me reciba el gobernador. Yo no quiero pasar la noche en la cárcel.

Una hora después los dos estaban en presencia de la autoridad militar.

—Yo no puedo hacer nada en esto... El capitán general es el que puede disponer...

—¿Permite usted que mi primo aguarde aquí mientras voy a verlo?—preguntó el literato.

—Con mucho gusto, amigo mío. Pero ¿dónde va a encontrarlo a esta hora?

—Estará en el teatro, o cenando en el casino con la viudita.

El gobernador hizo un gesto malicioso, terminando con una palmadita de inteligencia sobre el hombro de su amigo.

Al cabo de una hora éste volvió satisfecho. La *viudita* debía estar tan encantadora esa noche, que el capitán general, que cenaba con ella, había dado la autorización para abrir el castillo de Santa Catalina—que sólo se abría de sol a sol—para recibir al preso. Muestra de distinción que hizo concebir una alta idea de la influencia del preso al comandante del castillo.

No había a la sazón ningún otro prisionero, y esto hacía que pudiese ser más dulce para Manuel el régimen, que no tenía que someterse a las ordenanzas comunes. El castillo, construído sobre una roca, cuyos cimientos bañaba el mar, que en la marea alta subía hasta sus muros, era inaccesible por tierra, a no ser que se tendiese el puente levadizo, bien vigilado por sus centinelas. No era allí posible una evasión, y el comandante, bien seguro de ello, lo dejaba moverse a sus anchas, sin tomarse el trabajo de encerrarlo en la habitación que le servía de calabozo.

Don Manuel iba y venía por todas partes, paseaba en la plataforma, como uno de los moradores de la guarnición del castillo. Todos lo conocían, sabían su graduación; el *delito* por el cual se hallaba preso aquel héroe de la guerra de Africa despertaba simpatía y admiración, acrecentadas por el relato de la traición de que le hicieron víctima. Todos los soldados lo saludaban militarmente y le llamaban coronel. El mismo comandante sentía un respeto de subordinado hacia él. Don Manuel se ganaba, además, la simpatía con su carácter afable, circunspecto y su aire digno.

Jamás molestaba a nadie; correcto, silencioso siempre, pa-

saba el día encerrado en su habitación, entregado a la lectura de la provisión de libros que le enviaba de Cádiz su pariente; al caer la tarde salía a pasear por la plataforma, frente al mar, con la mirada perdida en aquella doble profundidad azul del océano y del cielo. Sus ojos se complacían en seguir las estelas de humo blanco que rayaban el horizonte, y el corazón le latía con violencia en el pecho al perderlas de vista. ¡Barcos! No había nada que le diera la sensación de la idea de libertad como los barcos. Lo invitaban a echarse a nado, gritarles, hacerles señales como un pobre náufrago para que vinieran a sacarlo de aquella isla desierta.

Las novelas le distraían al principio; pero poco a poco habían ido perdiendo el poder evocador con que las seguía en su mente para libertarse con ellas, y las horas se hacían más largas, más cansadas, más pesantes, de una monotonía que hacía pensar en el suicidio para librarse de ellas.

Apenas le escribía su familia; nadie lo visitaba, sino un *hermano* que vivía en los arrabales de la ciudad y que tenía el encargo de comunicar a los demás su estado.

—Yo no puedo resignarme a vivir así—pensó.—Esta contemplación incesante de las mismas cosas, sin esperanza de variar, acabaría por volverme loco. Se me está haciendo hostil todo con su inmovilidad. Es mejor morir que seguir de este modo... Pero ya que el morir no me arredra, bien puedo jugarme la vida contra la libertad.

Formado su propósito, loco de liberación aquella noche subió a la plataforma a la hora en que el comandante se dedicaba a su operación favorita de pescar con volantín desde la muralla. El centinela paseaba por el lado de tierra. Los hombres de la guarnición dormían y un silencio solemne reinaba en torno suyo.

—¿Se pesca, mi comandante?

Este se volvió, un poco sorprendido.

—Voy a enseñar a usted a pescar, amigo mío—siguió el

preso.—Me he mandado traer un volantín, anzuelos, marizo y carnada... si usted me lo permite.

—Sí, hombre, venga usted. No hay mal en ello.

Don Manuel tocó el volantín del comandante.

—¿Pero cómo quiere usted pescar con esto? Los peces que usted coge es que se suicidan de puro hambrientos. ¡Pues así que no son ladinos para ver esa cuerda entre las aguas! Y que uno que escape se lo charla a los otros y no queda un pez en toda la orilla. Mire usted mi volantín. Crin de caballo blanco que yo mismo he torcido... Vea el aparejo. Un pelo de gusano maravilloso... anzuelos finos de palangre... Ya verá usted lo que es pescar.

El comandante admiró aquellos pertrechos pero no quiso dejarse vencer.

—¡Bah! Cuando hay peces se agarran a cualquier cosa. El caso es saber esperar y saber tener el volantín, que no dé en las piedras y se enroque.

—Eso debe ser difícil aquí.

—Sí, por eso yo no pesco con la marea baja. En la alta marea el agua sube más de tres metros. Es preciso poner plomos para llegar al fondo.

¡Tres metros! Se apuntó, anhelante, aquel dato en la memoria y se dispuso a la pesca, arrojando grandes puñados de engría al agua.

—¿Qué hace usted?—preguntó el comandante.

—¿Pero usted no mariza?—repuso don Manuel a su vez.

—No.

—Pues entonces poco cogerá. Hay que hacer un *enquào* con sardinas rancias o buches de melva; se machacan con arena y su olor atrae los pescados. ¡Uno!... ¡Uno!... tenemos ya aquí.

Recogió rápidamente el volantín y entre la sombra que los rodeaba relució la forma fosforescente de un hermoso sargo que empezó a dar coletazos sobre los ladrillos.

—¿Con qué encarna usted?

—Un pedazo de arenque.

—No... Sardina fresca, y mejor lombrices de tierra, esas que hay bajo las piedras en los lugares húmedos. Tome, tome usted mis arreos.

Como si la suerte hubiera querido protegerlos, la pesca fué abundante y el comandante del castillo pudo gozar sacando nueve hermosos sargos.

Desde entonces se reunían todas las noches, y desde las diez hasta las doce o la una lo pasaban entregados a la pesca. Así el comandante había adquirido confianza y los centinelas se habían acostumbrado a ver al prisionero andar de noche por el castillo. La evasión era más imposible de noche que de día, puesto que desde que se ponía el sol no se bajaba para nadie el puente levadizo.

—Si voy a llamar un día a la puerta de tu casa, ¿me ayudarás?—preguntó don Manuel a su amigo un día que fué a visitarlo.

El otro estuvo tentado de reir; pero al ver la mirada de don Manuel, se puso serio y repuso con gravedad.

—Eso ni que decir tiene. Dispón de mí como gustes.

Al separarse se apretaron la mano con más fuerza que nunca.

VII

LA EVASIÓN

Aquella noche, como sucedía otras muchas en las que el comandante estaba ocupado, don Manuel estaba solo en la terraza, entretenido en echar el volantín.

Era una de esas noches obscuras favorables para la pesca. El mar, en el fondo, parecía una gran mancha de tinta y el

cielo, negro, cubierto de nubes imprecisas, se extendía envolviéndolo todo en la sombra.

Sólo de vez en cuando cruzaba a lo lejos algún vapor, cuyas luces verdes y rojas no tardaban en desvanecerse, como si las apagara la sombra. El castillo era también como un barco anclado cerca de aquella orilla cuya proximidad delataban las luces de tierra y los faros que parpadeaban entre la obscuridad de la noche.

Al dar las once Manuel recogió nerviosamente su volantín, lo metió dentro del cesto, sacó de su seno un papel en el que había escrito esas líneas vulgares del suicida: «Cansado de la vida, me arrojo al mar. Que no se culpe a nadie de mi muerte.»

En esta ocasión él tenía la esperanza de que ese papel fuese un engaño; pero deseaba librar de su responsabilidad al comandante, y librarse a sí mismo de la burla que provocase hallar su cadáver si adivinaban su propósito de evasión.

Se quitó la chaqueta, se desembarazó del capote, siguiendo arrebujado bajo él, y ya dispuesto para arrojarse al agua oyó cerca de sí los pasos del centinela. El corazón le latía con tal violencia que se apretó el pecho con las manos.

—Si me descubre... tanto peor para él.

El anhelo de libertad se sobreponía a todo en su alma... matar... morir... todo, ¡pero ser libre!

En cuanto dejó de oir los pasos se subió, rastreando sobre el muro, casi tendido en él, con miedo de que su silueta sobresaliera... y se dejó caer al mar.

¿Había muerto? El creía que sí, que había muerto y que había resucitado después en virtud de su ansia de libertad. Fueron momentos de estar muerto, de inconsciencia, de no respirar, de no latir el corazón aquellos momentos en que sintió la impresión de lanzarse al aire y de caer en el mar.

Resucitó después, con una idea aferrada, cristalizada en el cerebro: escapar. Nadó, nadó en dirección a la costa, a fa-

vor de la calma y de la marea que lo libraba de los escollos El había calculado el punto a que quería llegar, y nadaba con energía, temeroso, tanto de que le faltara la fuerza, como de poner el pie en la tierra. Sentía que el mar lo protegía más que la tierra y tenía miedo de que el centinela hubiese oído el golpe y lo persiguiesen al llegar. En ninguna batalla había experimentado jamás aquella sensación de angustia tan intensa y tan honda. En cuanto ganó la orilla miró receloso frente a sí, pero no se atrevió a volver la cabeza ni a mirar hacia atrás o hacia el castillo. Era como un niño medroso que no mira jamás en pos suyo en la sombra. Corrió tierra adentro, encorvado, sin atreverse a ponerse derecho para no presentar demasiado blanco, como si se acogiera a la tierra para ocultarse en ella.

No podría explicar cómo sorteó los peligros y cómo llegó a casa de su amigo.

Dió sobre la puerta los tres golpes de llamada en el templo y la puerta se abrió. No produjo la sorpresa que él esperaba su aparición chorreando agua, desgarrado y jadeante.

—Te esperaba—dijo lacónicamente su amigo.

Las tres mujeres que componían la familia temblaban de emoción, y la madre lo abrazó llorando y llamándole hijo. Aquello era la libertad que empezaba.

No había tiempo que perder. Cogió unas tijeras y se cortó los bigotes y la perilla.

—Aféitame bien—le dijo a su amigo.

Este quiso obedecer, pero sus manos temblaban.

—Deja y lo haré yo—dijo con serenidad don Manuel.

Se afeitó, tomó un vaso de leche que le ofrecía la anciana, se vistió un traje completo de su amigo mientras las mujeres le pegaban fuego al suyo.

—Las cenizas no delatan a nadie—dijo.

La más joven había ido a buscar un coche que debía parar en otra calle distante. Allí llegó él y tomó asiento a su lado.

Era preciso pasar ante los centinelas que vigilaban la entrada del puerto. ¿Se sabría ya su evasión?

Cuando les dieron el alto, él sacó su cara afeitada por la ventanilla con toda serenidad. Se les dejó el paso franco.

Los *hermanos* le habían preparado alojamiento en la isla de San Fernando. Allí estuvo durante quince días, oculto, leyendo todas las conjeturas que se hacían de su fuga. Se le comparaba a Edmundo Dantés, el «Conde de Montecristo», y la creencia general era que se había acogido a bordo de algún buque, y hasta algunos creían que se habría ahogado y que no se trataba de una evasión, sino de un suicidio. Una mañana, al levantarse don Manuel, encontró a su huésped con el semblante lloroso.

—¿Qué le sucede?—preguntó.

—Nada.

La mujer se adelantó.

Ella también tenía los ojos enrojecidos.

—Señor... por caridad... no se ofenda... pero usted va a ser nuestra perdición... lo andan buscando... Si lo hallan en casa, ¿qué va a ser de nosotros?

El marido callaba.

Don Manuel se inmutó. Comprendió el pánico de aquellas pobres gentes y se asustó de las consecuencias que podía tener.

—No temed—les dijo;—yo me iré hoy mismo.

Aquella noche fué a llamar a la puerta de otro hermano, y pocos días después embarcaba como fogonero en un barco que hacía escala en Portugal.

Aun le estaba reservada otra emoción, en el momento de la partida, cuando entraron dos soldados y un sargento a revisar el barco. Sintió un pánico tan grande, que por un momento pensó en ir a ocultarse en la máquina. Después, pensando que el miedo podía denunciarlo, subió sobre cubierta para afrontar el peligro. Cuando se vió ante el sargento, su

rostro palideció mortalmente. Era un sargento del regimiento en que hizo la campaña de Africa; lo conoció y tuvo la seguridad de que él también lo había conocido. Era mejor entregarse que sufrir la vergüenza de verse delatado.

El sargento debió conocer lo que pensaba, porque rápidamente hizo un signo masónico y alargó la mano para tomar los papeles que él tenía preparados.

—Están en regla—dijo.—Salud y buena suerte.

Y le volvió la espalda. Ni en alta mar, ni en las aguas del Tajo consiguió considerarse libre. No respiró a gusto hasta que desembarcó y pisó tierra portuguesa. Era como si volviese a la vida, como si naciera de nuevo.

VIII

LA NUEVA VIDA

Así es que, a pesar de la amnistía dada por el Gobierno español, no había querido ya abandonar aquella tierra. A su llegada, el Gobierno portugués lo acogió como refugiado político, pasándole una modesta suma para evitar la mendicidad. El llamó a su esposa, dispuesto a trabajar para sostenerla a ella y a su hija; pero ella no quiso ir. No quería perder su alma, ya que su hija había muerto. Aquello fué un dolor inmenso para don Manuel; hubiera querido morir antes que saber tan triste noticia, y tuvo que resignarse a su abandono.

Su mujer le siguió escribiendo de tarde en tarde, hasta que un correo recibió una carta de luto que le participaba su viudez.

El lloró a su esposa con la misma sinceridad que si no hubieran estado separados. Todos los defectos de su compañera los hacía suyos para idealizarla en su corazón.

No tenía más afecto que el de su hermana y su sobrina, que eran ya lo único que le quedaba en el mundo, y las llamó cerca de él.

—Vivid a mi lado con entera libertad—les había dicho;—podéis rezar y creer todo lo que os dé gana; lo único que no quiero es que habléis jamás con un cura. Os cerraría las puertas de mi casa.

Y cerca de él vivieron las dos pobres mujeres, hasta que un día la hermana no se levantó del lecho.

Aquel golpe trastornó a don Manuel. Todavía estaba el cadáver de cuerpo presente cuando la sobrina se acercó y le dijo:

—Tío... has sido muy bueno para nosotras y no quisiera causarte un disgusto; pero ahora, al morir mi madre, yo no quiero quedarme aquí... Mi reputación podía padecer.

—¿Pero qué dices?—repuso él, atónito.—¿Tu reputación? Yo soy un viejo... tú tienes ya cuarenta años... eres como mi propia hija.

Ella le dejó acabar y repuso con calma:

—Yo quiero irme al convento de las Reparadoras.

—¿Es posible?

—Sí; mi madre y yo íbamos allí todos los domingos... perdona que te lo ocultásemos... Era preciso confesar... cada uno tiene sus creencias... Ya ves... Yo podía irme sin decirte nada; pero no quiero... te quiero mucho... te estoy muy agradecida...

El no la oía. Otra vez se estrellaba contra aquel muro que intentaba demoler. Se dejó caer anonadado sobre su sillón, y permaneció en silencio velando el cadáver.

Al volver del cementerio la sobrina no estaba ya en la casa.

—¡Solo! ¡Solo!—se repitió, y se dejó caer sobre el lecho.

No podría precisar si fueron dos o tres días lo que duró su fiebre y su inconsciencia. Débil, extenuado, sin tomar apenas alimento pasó una larga temporada. Aquella soledad lo

vencía, lo anonadaba. Al fin, el tiempo y su fortaleza de espíritu se sobrepusieron.

Vivía solo, tranquilo, con la mezquina paga que recibía de España, desde la amnistía. Su única distracción era visitar a sus amigos; gozaba en ser amigo de todos los españoles que llegaban a Lisboa, ejerciendo una especie de protectorado sobre ellos para guiarlos y ayudarles.

Había guardado un gran amor a la masonería que lo salvó, y era el más asiduo concurrente a las logias cuando *hàbíà trabàjo.* Había llegado a tener el grado 33 y a ocupar uno de los puestos importantes. Pagaba a la masonería la protección que le había dispensado con una fe, un amor y una dedicación admirables.

—Yo ya puedo comparar lo que valen unas cosas y otras—solía decir.

Aquella noche, sin saber cómo, llevado de la sugestión del ambiente, de la melancolía de Fernando, evocó todos aquellos recuerdos, algunos perdidos, casi borrados, y otros dolorosos y sangrantes, que no había podido extirpar.

IX

LA CASA

Desde que conocía aquella historia, Fernando tenía una especie de veneración por don Manolito; se le representaba de un modo extraño. Aquel hombre, superviviente de una época tan rápidamente lejana, le parecía un milagro, un sér semifantástico.

Así es que veía con emoción la confianza con que el anciano le franqueaba su morada, era como si él rompiese su soledad, aquella especie de encantamiento de que se rodeaba.

Desde el portal mismo arrancaba la escalera, una escalera estrecha que obligaba a andar de medio lado, pina y alta, hasta llegar a la meseta en donde estaba la puerta del piso. Era una de esas viejas puertas de madera, en las que hay una cadena de hierro y una argolla para sonar la campanilla; puertas grandes, pesadas, macizas, en las que la mugre de los años y la polilla han marcado sus huellas.

Al abrir aquella segunda puerta la casa los acogió con ese aroma de soledad de las casas muy deshabitadas. Un pasadizo estrecho los condujo a la pieza principal. Allí, don Manolito, apagó la cerilla que los había guiado y frotó otra para encender el quinqué de petróleo, con recipiente de metal y pantalla de cristal forma de bola.

Estaban en una sala cuadrada, bastante amplia, con dos ventanas altas, cubiertas por visillos blancos. Fernando se asombró de un orden tan perfecto que no había creído encontrar. El viejo pareció adivinar su pensamiento.

—Yo lo limpio y lo arreglo todo—dijo—; en cuanto me levanto hago el oficio de la mujer: enciendo la lumbre, preparo la comida, limpio la casa y lavo y limpio mi ropa.

—Usted solo.

—Sí, yo, y por cierto que con tres horas tengo bastante para lo que ellas gastan el día.

Abrió su cajón del aparador y sacó una copa.

—Mire, aquí tengo hilos de todos colores... dedales... hasta cinco. Este alfiletero me lo regaló mi nodriza cuando caí soldado en Medina... La pobre fué a despedirme y me lo dió... Me lo trajo mi hermana... ve... alfileres... agujas de todas clases..., mi bola de coser calcetines... Entusiasmado de su habilidad mostró al joven su alcoba, su cuartito de limpieza, su cocina con todos sus menesteres.

Iba guiando, con el quinqué en la mano y enumerando los objetos y describiendo su vida.

—Después, cuando acabo de esto, hago el oficio del hom-

bre—continuaba—. Mi correspondencia, mis asuntos, mis relaciones.

Se detuvo, guiñó maliciosamente el ojo izquierdo y añadió:

—Luego me divierto.

Y sin dar lugar a que le preguntase en qué, dejó el quinqué de nuevo sobre el aparador de la sala, y le mostró la multitud de cajas de madera y de saquitos que ocupaban el sofá, las sillas y las mesas. Era su tesoro de sellos. Luego le mostró las paredes, estaban cubiertas de panoplias llenas de armas de todas clases.

Durante un largo rato se deleitó enseñándole todas aquellas armas antiguas y raras que había amontonado. Tenía esos ídolos de madera que abundan en Portugal en la *feria de Sàdra*, esa especie de *Ràstro* de Lisboa donde van a parar fatalmente algún día todos los objetos de la población y de donde vuelven a salir, como por efecto de un flujo y reflujo de la miseria. Había esas gorras claveteadas de las cábilas moras de Marruecos, los toscos machetes, las espindargas, lanzas, mandobles, los finos puñales florentinos, los adamasquinados de Toledo. Un verdadero caudal.

—¡Pero tiene usted aquí un tesoro!—exclamó el joven.

—Ya lo creo. Ahora va usted a ver una pieza por la que me han ofrecido bastantes miles de duros... Este mandoble es el del Rey Don Rodrigo.

Y le mostraba un mandoble corto, de hierro, pesado, rudo, en cuya hoja estaba grabada, casi borrada por el moho del tiempo, *Rodrigo, Rey*.

—Es él, el auténtico—, decía con entusiasmo—. Ya sabe usted que la crítica histórica moderna que ha deshecho toda la fábula de Florinda, Don Julián y el Guadalete, dice que Don Rodrigo se refugió y murió en esta parte de la Península. Esta arma fué, sin duda, suya...

Al decir esto la miraba y la esgrimía con amor y orgullo, como si la lejanía aproximase más a Don Rodrigo y le diera

a aquel pedazo de hierro viejo toda la importancia de la monarquía visigoda.

Se gozaba como un niño que enseña sus juguetes, contemplando la admiración del joven.

Como el que gradúa los efectos, empezó a mostrarle todos sus sellos. Sacas llenas de aquellos paquetes, en tal cantidad, que parecía tener ya los necesarios para redimir a ese cautivo imaginario con quien sueñan los coleccionistas.

Era un álbum magnífico, grande, lujosamente encuadernado; en sus hojas estaban dibujados todos los sellos, por el orden en que aparecieron en los diversos países, y debajo su descripción, pintoresca y lacónica. Se empezaba por los sellos de España. Toda la colección antigua. Isabel II aparecía en aquellos pequeños marquitos azules y rosados, con su rostro fresco, su cabellera de trenzas abundantes, y su aspecto fresco y agradable de mujer del pueblo español, matronera, maciza, exuberante y fuerte como una nodriza. Era toda la colección «cuatro cuartos», «seis cuartos», «doce cuartos»... Seguían estampillas de los otros reyes, y como a rey daba entrada la afición del filatélico a la imagen de Don Carlos, a las del Papa-Rey con su tiara y sus armas de la Iglesia; y hasta cuidaba con amar el semblante de grandes patillas de aquel rey que quiso destronar. El sello del Oso y el Madroño, de dos reales, ese ejemplar tan escaso y tan raro, figuraba en una casilla como si fuese un cuadrito precioso.

La historia contemporánea de Europa figuraba en sus sellos. Abundaban águilas estilibradas en los estados de Europa central; sellos imperialistas de la Rusia, la Francia y la Alemania, capaz de hacer aborrecible todo el álbum. Los sellos italianos, desde Víctor Manuel al rey actual, con esa bella alegría del sol que brilla en el horizonte italiano, según la inspiración profética de las odas de D'Annunzzio.

Todos los pintorescos sellos americanos; con los volcanes, los pájaros verdes de larga cola, las estrellas de los Estados

Unidos y toda esa serie de alegorías tan graciosas y tan chispeantes. Para Fernando el álbum magnífico tenía el valor de un libro de estampas. No comprendía el trabajo, el esfuerzo y la paciencia que todo aquello representaba. Veía con cierta sorpresa la satisfacción de Don Manolito, cómo aquel triunfo de reunir pedacitos de papel antiguos, raros o vulgares, se apoderaba de su corazón y le hacía olvidar las amarguras de su vida, sus tristezas y su soledad. Aquella afición era algo creado por el anciano para condensar sus ideales, su vida, sus anhelos de triunfo, su deseo de lucha; la encarnación de aspiraciones realizadas, que venían a consolarlo de sus dolores hondos y de su fracaso en la existencia.

—Esta es la alhaja, la joya rara—dijo el anciano señalándole una de las estampillas. Es el célebre sello de San Mauricio. Sólo hay tres ejemplares en Europa, y ha habido filatélico que ha hecho un largo viaje sólo por contemplarlo.

Lo miraba con amor acariciante, trémulo, sin atreverse a tocarlo, con la emoción que puede experimentarse ante una obra de arte.

Fernando no pudo reprimir una pequeña burla.

—¿Algún inglés?

Don Manuel asintió.

—Sí.

Fué tan sencilla, tan convencida, tan de buena fe su respuesta, que el joven se avergonzó de aquella broma. Sin duda el anciano no conocía el caso que citaba, pero el héroe de una de estas historias había de ser un inglés necesariamente.

—Y no crea usted que yo reúno esto para venderlos. Es por el gusto de tenerlos yo. Más de veinte mil duros me darían por este álbum.

—¿Y no le tienta a usted la idea de hacerse de esa suma y volver a España?

—Lo he pensado a veces—respondió el anciano—¿pero qué haría yo allí?... evocar recuerdos dolorosos. Si yo tuviese esa

cantidad, compraría un pedazo de tierra en Torre Vedras.. Ese delicioso lugar de clima de primavera. Allí haría mi casita y plantaría muchos frutales y muchas flores... Manzanos, naranjos... los cuidaría yo mismo... Plantaría una madreselva y un jazminero para que se enredasen en mi ventana.

Fernando oía conmovido aquellos sueños de vida, aquellas esperanzas, admirando el espíritu del octogenario tan lleno de fuerza, de ilusiones y de vida, que aun pensaba en el lejano fruto de los árboles plantados por su mano.

Pareció que el anciano adivinó su pensamiento.

—Mi abuelo murió de ciento veinte años—dijo—, y mi bisabuelo de ciento dos. Somos una raza de hierro, de castellanos viejos, de lo que no existe ya.

Castañeteaba los dientes y hacía valer las bolas de músculos de los brazos puestos en tensión; como para atestiguar su juventud.

Después, volviéndose a su idea fija, añadió:

—No es el temor de no disfrutar mi dinero el que me hace guardar estos sellos; es que les tengo cariño. ¡Me han costado tanto trabajo reunirlos! ¡Si usted viera! Cada uno tiene su historia. Algunos han llegado a mis manos de un modo raro, inopinado. Verdaderos milagros. Esta ocupación me ha distraído, me ha consolado... Mi San Mauricio me lo legó un *hermano* que había hecho un viaje allá y lo había comprado en tres mil duros a un viejo cura protestante. Es una joya; un diamante raro; como el *Montaña de Suez* de la corona de Inglaterra. Yo no sabría vivir sin él.

Como si temiera estar hablando demasiado de su tesoro, cerró cuidadosamente el libro y lo guardó en el cajón de su mesa.

—Ahora—terminó—vamos a tomar unos bocadillos y unas copitas de Oporto, amigo mío; el Oporto tiene todo el aroma y toda la riqueza jugosa de la tierra de Portugal. Es un vino religioso. Mientras, le leeré cartas de mis amigos filatélicos.

Verá. Escriben de todas partes del mundo. Cristianía, Moscú, Colonia, Liverpool... Londres. Mi sello de San Mauricio es codiciado, admirado... tanto que les he dicho a todos que lo tengo depositado en la caja de caudales del Banco. Usted es un profano y no sabe el valor de joya que esto tiene. Es un diamante. Un diamante.

X

ASECHANZA

Aquella revelación de su vida íntima hizo más amigos aún a Fernando y don Manolito; que pasaban largas horas juntos en los cafés o paseando en los jardines, departiendo siempre sobre las esperanzas de volver a Madrid que abrigaba el primero, o sobre las ilusiones de conseguir un nuevo sello que llenaban la vida del segundo.

El joven tenía la paciencia de escuchar la lectura de todas las cartas que recibía el viejo de sus amigos filatélicos, amigos desconocidos con los que había intimado por la afición común. Uno, que se hallaba en el Brasil, y con el que se carteaba hacía dos años casi continuamente, le había avisado su venida. Era el único filatélico que poseía los sellos de un rey negro, de una región africana, el cual sólo había reinado un año. Un sello famosísimo.

—No me atrevo a pedirle ningún ejemplar—decía—pero me consideraré feliz sólo con contemplar esa maravilla.

Cuando llegó el filatélico , el alborozo de don Manolito no tuvo límites. Herr Hause era un alemán alto, pelirrojo, estrafalario, que había recorrido medio mundo en busca de sellos raros y parecía no vivir más que para ellos. Tenía un hablar pausado, dulzón, que rimaba con la expresión de los ojos cla-

ros e inmóviles. Llevaba debajo del brazo una cartera grande, como un maletín, sujeta con correas que le cruzaban la espalda y el pecho. En aquel maletín guardaba sus sellos predilectos y lo llevaba siempre consigo, como esas mujeres que viajan con su maletín de joyas en la mano, convertidas en esclavas de sus joyas. Al segundo día de estar juntos los dos amigos, casi se tuteaban.

—Nos conocíamos de hace mucho tiempo por las cartas—decía don Manuel.—Tenemos los mismos gustos, las mismas aficiones. Herr Hause y yo somos más que hermanos.

Sonreía Fernando del entusiasmo de los dos hombres, pero procuraba huir de ellos aburrido del continuo tema de su conversación. Don Manolito entusiasmado con su nuevo amigo, había hecho fiesta desde su llegada, y había abandonado todos sus amigos y todas sus diversiones.

—Herr Hause no ha traído su gran álbum—le dijo un día a Fernando—; debe ser una maravilla. Tiene toda la colección de San Mauricio; una colección asiática de cuya existencia se dudaba, y el famoso *Rey Negro* repetido. Me ha enseñado un ejemplar divino...

Después de esta conversación pasaron ocho días, sin ver de nuevo al viejo. Fué a buscarlo y lo halló sonriente, satisfecho, en aquel salón de la casita que tantos años había permanecido cerrada.

Sobre la mesa humeaban dos tazas de café y el famoso álbum de don Manolito estaba abierto cerca de ellos.

—Vamos a colocar en mi álbum—dijo—el famoso sello del *Rey Negro* que este hombre admirable y desinteresado me ha regalado... Es un regalo de Príncipe.

Quería que Fernando participara de su agradecimiento y levantaba el sello entre sus manos, como el sacerdote que oficia con la misma delicadeza que si aquel pedacito de papel azulado se fuese a deshacer en su mano en polvillo de mariposa.

El alemán quiso parecer modesto.

—¡Oh! Don Manuel me ha salvado la vida—dijo.—Yo estaba muy enfermo y me ha curado.

—Eso no vale nada—dijo, modesto, don Manuel. Yo tengo un elixir de salud y es justo que lo dé a mis amigos.

—¿Acaso el bálsamo de Fierabrás?—preguntó Fernando con aquella tendencia burlona que no podía dominar.

—Es una tintura de árnica admirable que yo preparo con flores de árnica, romero y tomillo y que tiene propiedades maravillosas. Yo estoy vivo gracias a ella; sirve para el reúma, los dolores, las heridas, los granos.

—¿Lo cura todo?

—Sí, todo; no se ría. Y el viejo se levantó para traer el frasco grande, de cristal, donde nadaban las flores del árnica y las ramitas del romero en el alcohol de un lindo color dorado.

—Es inefable—comentó Fernando durante su ausencia.— Adorable, adorable—repitió el alemán y empezó a ponderar su cariño.

Don Manuel sirvió al joven una taza de café y mientras lo tomaba volvieron a repasar el álbum.

El alemán era un hombre versado en la filatelia. Llegó hasta a cautivar a Fernando, profano en aquella ciencia, y que se interesaba al oirlos hablar y referir anécdotas y particularidades de cada sello y de cada país.

—Yo me creía un maestro—decía don Manolito—pero Hause me ha tenido que corregir más de un error en mi álbum. El lo sabe todo, conoce todos los sellos nada más que al verlos, no se le escapa una diferencia de matiz. Es asombroso.

Al finalizar la velada, Fernando se puso de pie para marcharse y Hause se levantó también.

—Es temprano—dijo don Manuel.

—No—respondió Fernando—. El tiempo se pasó agradablemente, pero son ya cerca de las doce.

—Voy a acompañarlos.

Tomó el álbum y abrió un cajón de la mesa, lo colocó dentro de un gran estuche de metal que cerró cuidadosamente y levantando la tapa del fondo, disimulada como uno de esos *secretos* de los muebles antiguos, dijo:

—Aquí está ésto bien guardado y libre de un incendio. Es mi tesoro.

Después encendió su vela, apagó el gran quinqué de petróleo y se dirigió a la puerta.

—Aquí tengo—dijo—, un sencillo aparato por el cual sé si ha venido alguien durante mi ausencia. Pero ahora no es preciso... me vuelvo en seguida.

Cerró y alumbrando con la bujía, bajaron uno a uno la estrecha escalera y una vez en la calle se dirigieron lentamente hacia la Avenida du Liberdade. Una vez allí, los tres se separaron efusivamente.

—Mañana, a las tres, en la Brasileira—repitieron los dos filatélicos; pues Fernando se había disculpado de asistir.

XI

DESESPERACIÓN

Don Manolito regresó despacio a su casa. Entró en ella contento, satisfecho, feliz. Parecía que la felicidad había esperado su ancianidad para acariciarlo con aquella paz que había hecho sus gustos tan sencillos y su vida tan dulce.

Por un momento pensó en volver a sacar sus sellos para contemplar el Oso y el Madroño, el San Mauricio y el nuevo sello africano que por un decreto de la Providencia acababa de adquirir; pero se sentía tan cansado que se dirigió a su cama y se acostó.

Jamás su sueño duró tanto. Era ya la una cuando abrió los ojos. Su primer recuerdo fué para su nuevo amigo.

—¡Y Hause que me espera!

Se levantó apresuradamente; por primera vez se le hizo pesado el arreglo de su casita, lo que él llamaba risueñamente *el oficio de la mujer.*

La lechera, que había llamado inútilmente, le había dejado colgada la leche en el aldabón. Encendió su hornilla, bajó a buscar su pan y preparó su almuerzo apresurado, mientras se hacía la cama y arreglaba lo más imprescindible de la casa.

—Hoy comeré fiambre—se dijo.—Me espera Hause a las tres... ni de ver mi álbum he tenido tiempo.

Cuando llegó a la Brasileira la concurrencia era numerosa. Miró con cuidado todas las mesas y no vió a su amigo.

—El también ha hecho tarde. Le esperaré—pensó.

Un poco más lejos, en la misma acera, estaba *Mónaco.* Fué hasta allí y compró periódicos españoles; volvió a la Brasileira, pidió su taza de café y se puso a leer noticias de la Patria.

Pero las horas pasaban y Hause no parecía. Don Manolito empezó a inquietarse. ¿Qué le sucedería a su amigo? A las cinco, sin poder esperar más, se dirigió al Largo de Corpo Santo, donde vivía Hause.

—Salió esta mañana y no ha vuelto—le dijeron.

Don Manolito volvió al café. Tampoco había parecido.

Disgustado e inquieto por lo que pudiera haber ocurrido a su amigo, volvió a su casa y empezó sus preparativos para la cena.

Por primera vez se le hacía triste, monótona y pesada la existencia solitaria y se cansaba de las ocupaciones repetidas.

Cenó frugalmente y se sentó ante la mesa a escribir su correspondencia. Tenía muchas cartas que contestar y, además, iba a dar a sus amigos la noticia sensacional de poseer el

sello del Rey Negro y de haber visto la fabulosa colección, tan discutida, de sellos del Asia.

Conforme escribía, el deseo de contemplar su tesoro iba creciendo en él. Se detuvo, abrió el cajón y sacó la cajita de hierro; la colocó sobre la mesa y levantó la tapa... Miró un momento... se llevó las manos a los ojos y se los restregó con fuerza... Volvió a mirar... Palpó con la mano... ¡Estaba vacía!

Se había quedado inmóvil, pálido... luego enrojeció, se hincharon las venas de su rostro... quiso hablar y no pudo... se dejó caer al suelo presa de desesperación, golpeándose contra los muebles y llorando como un muchacho.

—¡Me han robado!

Cuando pudo recobrarse se levantó. Estaba desconcertado, anonadado. Salió a la puerta corriendo, gritando; llamó a los vecinos, hizo detener a los transeuntes. Quería que todos supieran su desdicha. No había duda de que aquel alemán que se había introducido tan arteramente en su casa le había robado los sellos.

Los consejos de los que lo rodeaban, compadecidos de su desdicha, le advirtieron que debía dar parte a las autoridades, que tal vez podrían detener al ladrón. Le pareció poco recurrir a la Policía y desde una tienda inmediata telefoneó al Presidente de la República.

Trémulo, rojo, con una actividad nerviosa multiplicada, se vistió su vieja levita, colgó en su pecho todas las condecoraciones, se caló el alto y solemne sombrero de copa, que tenía ya un cuarto de siglo, y fué a ver a todos sus amigos, a la Policía, a los altos empleados, al Presidente; quería energía, interés, violencia; creía que se le debía todo, porque aquella pérdida significaba perder el fruto de su vida. Era allí un extranjero, viejo, solo: Portugal lo tenía que proteger.

Se quedaba desconcertado de la frialdad que los demás oponían a su vehemencia. Parecía que no se daban cuenta de la importancia de sus sellos.

Fernando logró calmarle, infundirle alguna esperanza. Lo acompañaba al puerto, a las estaciones, al continuo recorrer Lisboa en busca del hombre rojo. Don Manolito visitaba todos los barcos que salían del Tajo; le parecía que aquel hombre debía huir mejor en un barco.

El, tan altivo, que nunca había molestado a nadie en sus más grandes apuros, acudía todos los días a cuantas personas podían ayudarle a vencer lo que creía indiferencia en las autoridades. Quería dar la sensación de la importancia de sus sellos y les repetía la cifra de su valor material: ¡20 contos de reis! ¡20.000 duros!

Y le parecía que la gente no le conmovía lo bastante, que no comprendía el valor de los sellos, que no lo podían concebir.

Cuando estaba solo en su casa, la desesperación era inmensa: miraba al cajón como la cama vacía de un niño muy amado; y lloraba sobre él con desconsuelo. Todas las noches las pasaba escribiendo cartas. El hubiera querido poder escribir a todos los coleccionistas, telegrafiarles a todos: «Conoced mi sello de San Mauricio», «Conoced ese álbum mío, único en el mundo». Y lo desesperaba y lo anonadaba su impotencia.

Todas aquellas grandes sacas de sellos, todas aquellas armas originales, de las que tanto se enorgullecía; aquel mandoble de don Rodrigo, que era una de sus glorias, no le interesaban ya; habían perdido su encanto.

Conforme pasaban los días, su desaliento era mayor; no lograba mover a la Policía, no encontraba aquel hombre rojo tan ardientemente buscado.

Fernando veía que todo lo que se hiciera para consolarle era inútil. Oía sus quejas y piadosamente le hablaba de una nueva colección; pero el viejo casi se enfurecía.

¿A qué decirle tonterías? ¿Lo iban a engañar como a un niño? La pérdida no tenía remedio. Sus sellos eran amigos

insustituíbles, de un mérito grande; colmaban todas sus esperanzas; le daban la sensación de ser rico, de tener a su alcance todas las posibilidades. En aquella pérdida él no veía la privación de un objeto que le era grato sólo; representaba una ruina, la ruina de la fortuna que no llegó a poseer y que su imaginación hacía suya. La pérdida del bienestar imaginado, de la casita, de los árboles frutales: el reposo de su vejez y su vida toda.

Después de los días de excitación, se apoderó de él la desesperanza, fría, sombría, callada. Fernando se asustaba de los estragos que la pérdida de sus ideales causaba en aquel hombre. Era entonces cuando llegaba su vejez.

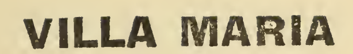
En ocasiones pasaban días sin verlo, y luego volvía a aparecer triste, callado, sombrío, fatigado. Aquella herida de su espíritu no había árnica que la curase.

A veces callaba, como si tuviese conciencia de que su dolor parecía pueril y provocaba la burla; otras se quejaba, hablaba con locuacidad; relataba uno por uno los sellos de su álbum con tanta lucidez como si lo estuviese hojeando, presa de ese delirio profesional y pernicioso que produce la fiebre.

Cuando tardaba mucho tiempo, Fernando iba a llamar a su puerta. El viejo contestaba desde dentro, pero se excusaba de abrir. Tenía la superstición de que al recibir a alguien en su casa le ocasionaba la desgracia.

Un día, después de cuatro de ausencia, Fernando fué a buscar a don Manolito... Esta vez no le respondió. La vecina le dijo que hacía varios días que no se abría la puerta, y la lechera llevaba dos mañanas sin que tomasen la leche. El joven, alarmado, acudió a la Policía.

Sus temores no eran vanos. Don Manolito se había metido en la cama y no se había querido levantar. Se había acostado con la voluntad de morir. Estaba muerto.



VILLA MARIA

I

Sonó, como un desperezo de la casa que despertaba, el timbre de la verja, con ese insistente tintineo que sólo se permiten las personas de la familia o los acreedores para llamar a las puertas.

Doña Laura miró, como un amplio campo en el que se respiraba mejor, el pequeño jardín, como un croquis de los grandes jardines. La mañana cuidaba las flores maternalmente; algo así como si las amamantase. Doña Laura respiró esa humedad sabrosa que se desprende de los jardines en la mañana, y que es como un campestre desayuno para abrir el apetito de la vida.

—Las verjas de los hoteles de los amigos debían abrirse con el solo intento de entrar el amigo—pensaba impaciente doña Laura.

Pero la verja continuaba sin abrirse. En un hotel el sueño se toma más tiempo que en una casa de vecindad, y es como despertarlo en la noche el despertarlo tan de mañana. Era como si todo dentro del hotel se despertara, se moviera, se desperezara y se pusiese de pie; como si todo, moradores, espejos y muebles se hubieran sobresaltado.

Doña Laura miraba a las ventanas. Todas permanecían cerradas; la casa tenía algo de esos dormilones que no oyen el ruido del despertador, y doña Laura, en su calidad de despertador inexorable, volvió a llamar.

—El lechero—pensaba ella como para disculpar a sus amigos—también tiene que llamar dos veces todos los días en mi casa; pero el lechero llama a las siete y no a las nueve, como yo llamo aquí.

Por suerte, la contemplación del jardín la distraía y hacía menos penosa su espera. ¡Daba gloria ver lo despierto que es-

taba! Pero es que los jardines están despiertos desde que apunta la aurora, y como llevaba ya despierto mucho tiempo, estaba despejado y alegre. Los pájaros, que cantaban con esa fuerza de voz que no tienen sino en esas horas tempranas, parecían exigir que los dueños del hotel fuesen a pasear por el jardín. Sus trinos eran como el sonar del reloj natural que despertaba la casa.

Al fin se abrió una de las ventanas, y asomó la faz sonolienta de un hombre grueso, de bigote entrecano y ojos escondidos tras la maraña de unas cejas espartosas, que miró con mal humor a la señora, que con la cabeza envuelta en su velo de encajes y el cuello ceñido por amplia piel negra y lustrosa, esperaba que la abrieran. Simuló un saludo amable, volvió a cerrar, y al cabo de un rato apareció en chancletas, arropándose en un gran abrigo, y fué a descorrer los cerrojos.

—¿Cómo tan temprano, doña Laura?

—¡Temprano! ¡Pero qué poco madrugadores son ustedes! Yo ya vengo de oir mi misa, y me dije: Voy a pasar por «Villa María» a ver cómo sigue aquella familia. ¿Cómo están María y los niños?

—Muy bien—repuso el hombre, mientras se dirigía, precediéndola, hacia la casa.

—¿Y Juanito?

—Bueno, gracias.

Entraron en un amplio patio, alegre y riente, cuyas paredes, revestidas, como la fachada, de un bello zócalo de azulejos, le prestaban una agradable placidez. El caballero abrió la puerta de una habitación.

—Si quiere esperar aquí un momento, María vendrá en seguida.

—No tengo prisa, no tengo prisa.

En cuanto se vió sola doña Laura esbozó una burlona sonrisa, mientras miraba, curiosa, el gabinete, tan minuciosa y pulcramente cuidado, con sus muebles de luciente bazniz, el

suelo brillante como un espejo, y los velitos de butacas, los visillos de las ventanas y los cubre-macetas, con cenefas de encaje inglés y lacitos rosa por todos lados. Ella se creía adivinar el conflicto que había producido su llegada. Se notaba la escasez de servidumbre, que había obligado a salir a don Pedro a abrirle la puerta, en los momentos en que la esposa y las hijas no estaban presentables.

Doña Laura había sido una antigua vecina de la familia de López Reina antes de que construyesen aquel hotel. Ella había sido la amiga de confianza de doña María, la que la acompañaba en todas las ausencias de su esposo, la que intervenía en sus asuntos. Las dos hijas del matrimonio, Rosario y Encarnación, casi habían nacido en sus brazos, y Juanito, aquel mocetón tan guapote, era un pequeñuelo de baberillo que salía corriendo al oirla llegar para pedirla caramelos.

Había sido ella cómplice, en parte, de que construyeran aquel hotel que los había alejado. Se lo consultaron, y ella se lo aconsejó muchas veces, con tanto entusiasmo como el que ellos sentían por su proyecto, a doña Laura le parecía que también iba a tener hotel teniéndolo sus amigos, y recordaba el júbilo de la inauguración. La pena con que se había marchado después de la cena, cuando de buena gana se hubiera quedado a dormir allí. Entonces comprendió que no era suyo, y poco a poco se fué convenciendo de que la influencia de aquella morada sobre la vida de sus amigos la iba alejando cada vez más.

¡Cómo se arrepentía de haber alimentado en los de López Reina la idea del hotel! Ellos eran una familia modesta, que vivía acomodada con el sueldo de oficial mayor de un negociado que disfrutaba el padre. Al morir los padres de la esposa, ésta heredó una fortunita de unos cuantos miles de duros, que trajeron la preocupación al hogar. ¿En qué invertirlos? ¿Cómo hacerlos producir sin riesgo ni exposición, con esa seguridad en el negocio que desean los capitales españoles para

no aventurarse en ninguna empresa? Ellos querían una cosa que pudiese ser perenne, segura. Entonces surgió la idea de la casa. Les pareció que comprar un hotel era tener ya asegurado el porvenir de toda su descendencia, un refugio seguro en la vida; una cosa que jamás les podría faltar desde que, antes de terminarlo, ya le habían puesto su póliza de «Asegurado de incendios» para hacerlo más seguro en su seguridad.

Pero la posesión del hotel había influído de un modo decisivo en la vida de sus amigos: los había cambiado.

Don Pedro y doña María adquirieron con el inmueble una preocupación que se sobreponía a la que les inspiraba la educación de sus hijos. Ellos no habían contado con lo que carecían las obras y los detalles el cálculo que habían hecho. Al hotel le faltaban cosas todos los días. Primero fué la escalera a la que faltaba el pasamano; luego las ventanas, que estuvieron largo tiempo sin las rejas de hierro, cerrándose sólo con los postigos de madera. Había sido preciso tomar una hipoteca para acabar todo aquello; pero eso no lo inquietó; el gravamen no era más que el mismo que les podía suponer el alquiler de una casa, un alquiler crecido, eso sí, por contribuciones, reparos y mejoras, pero que se iba enjugando sin sentir, y un día sus hijos recibirían saneada y libre la herencia.

Al hotel se le puso el nombre de la madre: *María*, escrito en letras doradas a la entrada de la verja. Fué como una cosa de cariño en la que todos simbolizaran lo de acogedor y maternal que hay en la madre. El hotel era, en cierto modo, la madre; les parecía que entraban bajo su amparo al entrar en la casa.

Era para todos como una amante, a la que se desea complacer y adornar. Le faltaba siempre algo: una vidriera, un nuevo adorno. Un día, el agua con la que no habían contado: el cuarto del baño, una multitud de detalles. El baño era necesario en el hotel; era quizás lo que más lo distinguía y lo alejaba del carácter de casa de vecindad. Durante algún tiem-

po les humilló no poder abrir, cuando enseñaban la casa a sus amigas, una puertecita de un cuarto, con paredes de azulejos blancos, lleno de espejos y jaboneras, como un detalle de refinamiento; ese cuarto que siempre elogian los visitantes, como si en él se bañase un poco su alma, con esa sensación de frescura que trae el recuerdo de un viaje por mar.

Al fin, todo parecía ya hecho. El hotel había crecido como los hijos, y éstos fundaban en él una especie de orgullo de casa solariega; daba importancia a la familia; aunque estaba un poco en las afueras, no era un hotel de arrabal como los de los barrios apartados. Había tenido suerte en encontrar aquel solar en el Paseo Nuevo; porque aunque el Paseo Nuevo era tan largo que lindaba con aquellos barrios, el hotel no dejaba de estar en el centro mismo.

Sentían la vanidad de ofrecer su hotel a los nuevos conocimientos, como si eso fuese una patente de distinción, para que se les considerase gentes de posición y arraigo. El hotel daba novios a las niñas, porque parecía que al verlas en el paseo o en alguna fiesta, los jóvenes se interesaban más al conocer su condición de propietarias, y más de un pretendiente hablaba con orgullo de su predilección, diciendo: «Tienen un hotel en el Paseo Nuevo», para dar idea de su importancia.

El sostener las relaciones que hacían los hijos echaba una nueva carga a los padres. La sociedad no obliga lo mismo a los que viven en una casa de alquiler que a los propietarios de un hotel. Un hotel requiere mayor servidumbre, exige vestir con mayor decoro; hay un rango, una dignidad del hotel, que obliga a estar a tono con él.

Su hotel los había erigido en los jefes de la familia. Los parientes se reúnen siempre en torno de los que tienen el hotel, y los halagan y los miman como si les fuese a tocar algo. A la luz de la lámpara del comedor del hotel no se trabaja, se pasa al gabinete, se toca el piano, se obsequia a los contertulios;

es preciso huir de todas esas cosas vulgares de la clase media; como si el hotel diese una especie de aristocracia.

Todo aquello se sostenía gracias a la voluntad y a la inteligencia de doña María. Era ella la que lograba dar con sus escasos recursos aquella apariencia de esplendor. ¡Sabe Dios a costa de cuántos sacrificios! Empezó por prescindir de todas sus diversiones, de todas sus amistades, para que no presenciasen sus apuros y los trabajos que se veía obligada a hacer en la intimidad. Se había construído una habitación en un ángulo del pequeño jardín, cerca de la entrada de la verja, y allí se había recogido un matrimonio que por la casa y la luz cuidaban de las plantas. Labor en la que ayudaba don Pedro, que se pasaba entre sus plantas y sus árboles casi todo el tiempo que su oficina y su tertulia del Universal le dejaban libre. El buen señor olvidaba todos sus sinsabores y todos sus apuros con la podadera o el azadón en la mano.

La mujer del jardinero, mediante escasa retribución, lavaba la ropa de la familia, fregaba los suelos y los días de fiesta se ponía el trajecito de doncella para abrir la puerta de la casa o servir la mesa; mientras que un cuñado suyo, alto, buen mozo, cetrino, afeitado, con todo el aspecto de un criado de casa grande, se vestía de librea para las grandes solemnidades; y así se apañaban, gracias al trabajo de doña María, sin más sirviente que Manuela, la nodriza de Juanito, que de nodriza pasó a ama seca y luego a cocinera. Era una buena mujer, gruñona, respondona, autoritaria, hasta el punto de imponer su voluntad a los dueños; pero limpia como los chorros del agua, hacendosa, y que se prestaba a todas las economías necesarias; al cuidado que era preciso tener en apagar la luz eléctrica, no encender la hornilla más que por las mañanas y dejarse la cena hecha para ahorrar en el carbón. Ella se amoldaba a todo, identificada con la familia y tan celosa como su dueña del esplendor y la apariencia. Todos os días se ponía el cocido, de cuya carne se sacaba el princi-

pio, y todas las noches, el guisado de judías o patatas. Ella sabía guisar y aderezar todo aquello tan bien como los platos exquisitos de empanadillas y asados que se hacían los días de convite. Iba lejos para comprar al por menor y con regateos sin desdoro de sus amos, y siempre, al hablar de la casa, decía *nuestra casa*, con un convencimiento que la hacía copropietaria.

Los únicos defectos de la buena mujer eran el empinar un poquillo el codo, por esa afición a la bebida propia de las cocineras, cuyo estómago se pierde entre el continuo olor de salsas y grasas y el calor del fogón, y necesitan el traguito de Valdepeñas ó pardillo para entonarse un poco y poblar de algún ensueño alegre el recinto de su cocina y la compañía de sus cacerolas.

El otro defecto consistía en no poderse dominar para llamar de tú a los señoritos. Eran siempre para ella Rosarito, Encarnita y Juanito, y los trataba de tú por tú, sin escatimarles algún regaño.

No podía transigir con aquel dejarse servir de las señoritas, que se pasaban el día leyendo, bordando o tocando el piano, sin ocuparse de nada serio y dejando a la pobre madre ayudarle a las ingratas tareas de barrer, limpiar, hacer las camas y dar brillo a suelos y metales.

—No debía usted dejarlas así; las mujeres deben trabajar. ¡Dios sabe lo que les tendrá guardado! ¡No es bueno que las muchachas se críen tan regalonas!

Doña María la obligaba a callar. Ella disculpaba siempre a las hijas. ¡Inconsciencias de la edad! No era cosa de que se les embastecieran las manos. No les habría de faltar un buen marido.

Manuela, que adoraba a su ama, acababa por convencerse. Doña María era su culto; le profesaba una gran admiración, y se indignaba con la gente del contorno que habían borrado su nombre del hotel, a pesar del flamante letrero dorado.

Para todos los vecinos, «Villa María» no era más que «La Casa Azul», por la influencia de aquellos azulejos azules, que le daban un tinte de color de cielo.

Doña Laura sabía todo aquello; lo sabía viéndolo y adivinándolo, y no le perdonaba a su amiga el disimulo, la falta de confianza, todo lo de humillante que había habido para ella en su alejamiento.

Pero, a pesar de su secreto rencor, no pudo menos de sentirse impresionada por el aspecto caído de doña María. Se veía su palidez, su sufrimiento. Todo el antiguo cariño de su amistad se despertó en ella.

—¿Qué tienes, María, estás enferma?—preguntó, cogiéndole cariñosamente las manos.

Doña María vaciló, quiso hurtarse a la voz de cariño de su amiga, conservar la entereza, la serenidad un poco hosca que se había impuesto; pero la mirada de Laura era tan acariciadora, que se sintió vencida, y arrojándose en sus brazos, murmuró:

—No puedo, no puedo más.

Volvieron las dos amigas a hallar la dulce confianza de otros días, y allí, solas, con las manos juntas, doña María hizo confidente a Laura de todos sus trabajos y sus amarguras. Más que aquella continua preocupación para sostener a la familia con tan escasos recursos, en relación con el medio en que se habían colocado. Había tenido que empeñar las alhajas de su amiga, la de Práxedes, para salir de un apuro, y pedir prestadas algunas cantidades a espaldas de su marido; pero más que sus trabajos, le dolía el cómo éstos pasaban inadvertidos para su familia, cómo se habían acostumbrado a ellos hasta el punto de exigirle y de mandarle. Se había hecho sierva, criada, por su abnegación, y le parecía verse despreciada, postergada, insignificante, fuera de su centro, en aquella familia que se lo debía todo.

Sus hijos le exigían más cada vez, con una desconsidera-

ción creciente. Se creían, sin duda, que su hotel era producto de una gran fortuna, y que en sus sótanos había, como en los del Banco, un gran acopio de dinero. Doña María no podía ya más, y a pesar de su gran fuerza de voluntad para sufrir y caminar de un lado para otro, retardando el momento de la catástrofe que preveía, ya estaba cansada, casi agotada.

Era aquel hotel, en el que creyó encontrar la poltrona cómoda para el sueño, el descanso y la siesta durante el resto de su vida, el que le había traído aquel tormento de creadora, el dolor de toda creación.

Laura formuló su idea.

—Erais más felices antes de tener este hotel.

Doña María se volvió airada en su obsesión por aquella casa. ¡Su hotel! Estaba más encariñada con él que con sus mismos hijos. Aquella casa era también como un hijo para ella. ¡Tanta vida y tanto espíritu había puesto en él! El hotel volvió a alzarse entre ellas para separarlas de nuevo.

II

Conforme avanzaba la enfermedad nerviosa que destrozaba el organismo de doña María, crecía más su amor por el hotel. Sin poder salir a la calle, sin poder casi moverse de su butaca, veía desde su ventana aquel hermoso pedazo de cielo, de matices cambiantes, y se extasiaba en la contemplación de aquel pedazo de jardín y aquella verja en donde estaba grabado su nombre. Se había reconcentrado allí toda su vida, y sentía una ansiedad de formar como una ciudadela familiar en la que se agrupasen todos, defendidos contra las gentes de fuera.

En aquellas horas que la familia pasaba al lado de la enferma surgió la idea de agrandar el hotel. Se debía comprar

al vecino un buen trozo del terreno que tenía inculto y agrandar el jardín; sentían todos un ansia de jardín lleno de árboles y resguardado por una muralla de madreselva y de enredaderas.

Todos los hijos debían agruparse allí. Rosario viviría, cuando se casara, en el segundo piso. La parte principal se debía reservar para Juanito, el más mimado y querido de todos, por el solo motivo de ser el hijo mayor, el heredero del nombre, a pesar de su carácter duro, seco, indiferente para con sus padres, sus hermanas y toda la gente de la casa.

Porque Juanito parecía desdeñarlos a todos encastillándose en un silencio solemne y mirando siempre como si estuviese subido en una escalera, dos peldaños más alto que los demás. Jamás estaba nada bien para su gusto, parecía sufrir y soportar a la familia, no hallaba a los padres bastante decorativos ni a las hermanas bastante distinguidas o elegantes. Todo aquello le mortificaba; el hotel era para él como una cárcel, y pagaba el mal humor con su pobre nodriza o con su madre, con una injusticia atrabiliaria, por ese sentimiento de crueldad con que el lobo ahíto se lanza sobre los corderos. Todos callaban y soportaban su tiranía pacientemente, ocultándosela al padre, que era el único que se podía haber opuesto a ella.

En cambio, no desdeñaban el hotel los futuros cuñados. Enrique, el novio de la mayor, se esponjaba al dejar el gabán en el perchero del que había de ser su hotel. Se sentía ya en casa, y el pensar que no habían de salir de ella hacía más formal, más matrimonial su noviazgo.

En cambio, Alfonso, el novio de la menor, se sentía un poco perplejo, porque verdaderamente no había sitio en el hotel para otro matrimonio, y aquello le parecía una postergación. Un día, Encarnación le dió la buena noticia por la ventana. Era preciso que solicitara el permiso de entrar en

casa. La madre había dicho que si ella tenía novio formal sería preciso añadirle un nuevo piso al hotel.

La madre sostenía el espíritu de todos desde su butaca, y dirigía la casa con la misma lucidez de siempre, sin que se llegase a notar el nuevo gasto que el tomar una criada más ocasionaba a la familia.

Iba todo bien. El hotel había tenido hasta el robo que necesita todo hotel para dar impresión de su riqueza y de almacenar tesoros. Verdad es que sólo había sido una alarma; pero aquellos bultos que habían escalado la tapia y habían obligado a don Pedro a disparar su revólver al aire dieron qué hablar durante muchos días a todo el vecindario. «Han querido robar en «Villa María», decían todos, y la familia de López Reina se sentía tan satisfecha de ser protagonista del suceso, divulgado por la Prensa, que ocultaba cuidadosamente que aquellos pobres ladrones sólo trataban de llevarse el plomo de las cañerías.

Entonces se pensó en un perro. Se construyó con tablas una caseta a un extremo de la verja, y se llevó un mastín, un animal barbarote, feroz, sin inteligencia, que lo mismo ladraba a la familia de la casa que a los extraños y los transeuntes, y que tenía que estar constantemente atado a su gruesa cadena. Un cuidado más para limpiar y atender al animal, que estaba siempre hambriento y ansioso, con mirada feroz, enseñando los dientes, con una antipatía de carcelero.

El perro no atemorizaba a los ladrones, pero asustaba a los amigos, que no iban de noche por temor de encontrarlo suelto en el jardín. Su misión era molestar con su extemporáneo ladrar o con sus inesperados aullidos, y, sin embargo, la posesión del perro era como una consolidación de la prosperidad de la familia.

Una segunda hipoteca les había proporcionado el dinero para empezar las obras del tercer piso y preparar los «trous-

seaux» de las niñas, que no podían ir al matrimonio sin llevar todo lo que convenía a su rango. El único punto negro fué la negativa del vecino a vender el pedazo de terreno para ensanchar su jardín. Una obstinación inexplicable, cuando le habían ofrecido el triple de su valor. No podía explicarse aquello más que como rabia o como envidia.

Toda la familia echaba la culpa a este disgusto de que se hubiese agravado doña María. El perro había aullado toda la noche, como si entrase alguien en el jardín.

III

¡La madre había muerto! Se sorprendían todos de esa muerte, como si no hubiese sido una cosa esperada. Se creían tan seguros, tan protegidos en su hotel, que les desconcertaba el que hubiese podido entrar la Muerte. «Villa María» había padecido en aquella muerte como si algo de sí misma se hubiera disgregado y perdido; pero nadie pensó en cambiarle el nombre, aquel cartelón con el nombre de la muerta, que miraban ahora con el mismo respeto y cariño que si hubiese encarnado su figura.

¡Se quedó tan triste el hotel! Se había convertido como en un panteón de la madre, a la que creían ver cruzar por los pasillos. Durante algún tiempo ejerció en ellos una sensación dolorosa el nombre vivo de «Villa María», como si esto hiciese su casa la casa de la muerta. No se podían mudar para escaparse a los recuerdos, y poco a poco se fueron familiarizando con ellos, hasta llegar a una convivencia que conservaba a la muerta en su intimidad.

Y pasado el tiempo, el hotel pareció revivir de nuevo; la vida se imponía tiránica; volvieron las visitas de amigos, y, al fin, un día Encarnación sugirió el deseo de abandonar la

ropa negra, tan sucia, y otro día, Rosalía habló de reunirse en una pequeña fiesta. La proposición desconcertó a la familia. Hubo un momento de silencio. ¿Cómo iba a romperse el silencio de la casa de la muerta? ¿Cómo habían de resonar las risas y la algazara penetrando bajo aquel arco donde estaba el letrero de «Villa María» como un sello de su señoría en la «Casa Azul»?

Pero al fin la fiesta se dió. Fué una fiesta triste, en la que las hijas vistieron de heliotropo negro; una fiesta triste, más amargada por la fidelidad de Manuela, la cocinera, que pidió permiso para no estar en la casa profanada por aquel acto.

Después de la primera fiesta se repitieron otras, cada vez más frecuentes.

Las fiestas tenían para las hijas y el padre el atractivo insuperable de hacerles sentirse dueños del hotel, dueños de los cimientos, que es la sensación que diferencia al propietario del inquilino, el saber que el pedazo de tierra en que enclavó sus cimientos le pertenece en lo más hondo, hasta el fondo del mundo.

Experimentaban en su fiesta toda la importancia de una gran «soirée»; aquel trozo de jardín que pasaban los invitados, los igualaba con los palacios. Las hijas, que al lado de la madre ocupaban el segundo lugar, se veían ahora dueñas, con ese aplomo que da el recibir en un hotel, aunque esto las obligaba a toda una temporada de preocupación y sacrificios en los preliminares; porque el hotel, al mismo tiempo que les daba brillantez, las obligaba al cuidado de la «toilette» y a la ostentación de su servidumbre. Había de estar todo a tono en aquellas noches en que se encendían los focos de la entrada dando toda su solemnidad a «Villa María». Esa solemnidad de la casa que se ilumina a lo externo con su luz propia, para huir de la promiscuidad de la calle.

IV

En medio de aquella apariencia de alegría, la familia de López Reina no era feliz. Había en todos una secreta inquietud, un desasosiego. La falta de la madre se dejaba sentir. La casa, desorganizada, estaba a merced de Manuela, que hacía la vida insoportable con sus intemperancias y sus regaños.

Juanito no iba apenas por su casa; la muerte de la madre parecía haber roto el débil lazo que lo retenía. Llegaba de madrugada y dormía todo el día, para volver a salir al anochecer, siempre grave, extraño, impenetrable en su aspecto de hombre superior y que lo desdeña todo y no deja que nadie se inmiscuya en sus asuntos.

Las hijas se sentían molestas por aquellos cuidados que estaban obligadas a soportar. Salían alguna vez con doña Laura, que había vuelto a su lado en la desgracia; pero se sentían como solas, perdidas, sin la compañía de la madre. Sus casamientos se habían aplazado. Tenían miedo de hablar de casamiento al padre ahora. Eso sería como un abandono, como sumirlo en una nueva viudez.

El padre se les ofrecía en otro aspecto desde la muerte de su madre. El estaba obligado a aparecer en las fiestas al lado suyo, y no era ya en ellas el buen señor bondadoso y respetable, al que la presencia de la esposa da un venerable aspecto de padre de familia.

Su padre se había convertido en uno de esos hombres galanteadores, dicharacheros, que aprovechan las amistades juveniles de las hijas para escarceos encubiertos. Se perdía la augusta y respetable figura paterna.

Ellas se indignaban con sus amigas jóvenes que no huían de los galanteos del viejo, tal vez por la influencia de aquel aspecto de bienestar que lo rodeaba. Más de una jamona y

solterona dura miraba con agrado la posibilidad de convertirse en dueña de «Villa María».

Era esto lo que más ensañaba a las hijas. No podían concebir la posibilidad de una nueva boda. ¿Cómo podría vivir allí otra mujer con otro nombre? No; el hotel, con sus habitaciones llenas de recuerdos, con el nombre de la madre grabado sobre la puerta, las defendía contra la posibilidad de la madrastra; ninguna nueva mujer podría entrar en el recinto de su madre María. Pero esto las obligaba a un continuo sacrificio; velaban por el padre tan celosamente como la madre había velado su inocencia. Se les imponía el deber de no casarse para que otra mujer no ocupase el puesto de la madre, que no estaba del todo vacío mientras no lo abandonasen ellas. Y sin darse cuenta, lo subordinaban todo a conservar el culto de la madre en su hotel. Este se hacía lo más primordial en su vida, se sentía la influencia de la casa en todo.

Doña Laura y Manuela, de manera diferente, aumentaban su preocupación.

La cocinera, firme en su manía de que las mujeres deben ser hacendosas, no perdía ocasión de recriminarles sus gastos y su ociosidad.

—¡Pobre señor! ¡Qué desastre de casa! ¡Si la señora levantara la cabeza! Como estas niñas no cuiden un poco la vida y no hagan más que dormir, componerse y hablar con el novio, el señor tendrá que buscar una mujer... y yo me iré antes..., sí, me iré... ¡Si no fuera por mi Juanito!

Doña Laura, a su vez, les llamaba la atención, finamente, arteramente, hacia las preferencias de don Pedro hacia tal o cual amiga, para separarla de su trato. La sombra de la madrastra imaginaria se convertía en su obsesión.

V

Y, sin embargo, don Pedro no pensaba más que, como una coquetería senil, en sus ligeros flirteos con las amigas de sus hijas. Su obsesión era el vecino de al lado. Aquel vecino que no había querido venderle el terreno para agrandar su jardín. Sentía el mismo odio que animó a Jezabel contra el propietario de la viña que no quiso cederle para agrandar sus dominios, y, lo mismo que la reina hebrea, lo hubiera condenado a muerte.

Para él, aquel vecino era la causa de todos sus males. Cuando notaba el vacío de su casa, culpaba al vecino del disgusto que agravó el estado de doña María. Todo se lo atribuía al vecino. Cuando se cortaba el agua de la fuente, pensaba en una añagaza suya; si se le perdían las palomas, creía en que los palomos-ladrones de su medianero las habían robado; cualquier mancha o desperfecto en la fachada podía ser obra de aquel hombre odiado. Hasta el gato que entraba por la ventana de la cocina y más de una vez se escapó con un trozo de pescado o de jamón, era el gato del vecino; aquel maldecido gato, del que Manuela tenía que defender celosamente su gata maltesa, con ese celo extraño con que las solteronas y las viudas jamonas guardan la castidad de esos pobres animales. La gata, encerrada, andaba vagando todo el día por el hotel, dando maullidos lastimeros, y como no podía salir, cometía más de un desafuero, que la celosa cocinera castigaba a zapatazos, mientras restregaba el hocico del animal en el sitio mismo del desacato. De todo aquello echaba don Pedro la culpa al vecino.

Un día que la casa de al lado amaneció libre de los andamios de los revocadores, deslumbrante, con su fachada llena de balcones, don Pedro no pudo sufrir más. Tuvo una idea

diabólica, que puso en juego sin consultar con nadie. «Villa María» hacía esquina a una de las principales calles que desembocaban en el Paseo Nuevo. El vecino tenía vistas a esa calle a través del jardín de los López Reina. Podía, sin faltar a la ley, hacer un paredón a su jardín y robar la luz y las vistas que disfrutaban por aquel lado. El dinero que tenía para las obras del piso se invirtió en eso. Don Pedro veía levantarse el paredón que lo aislaba de sus vecinos con un júbilo indescriptible; se pasaba las horas en su jardín, con un traje ligero, sus zapatillas y su sombrero de paja, contando todas las piedras que iban colocando los albañiles. Aquel paredón le hacía el efecto de una muralla con la que se irritaba al enemigo y se le dejaba lejos y fuera de la ciudad. Tenía algo de empresa militar, de obra de defensa urgente, de estratagema inventada por un genio de la guerra. A veces don Pedro, con la mano metida entre los botones del pecho, en la americana, tenía actitudes de Napoleón; parecía como si fuese a montar unos cañones detrás de la muralla: tal era la prisa, la urgencia con que quería que el pabellón se levantase, como si tratara de contener a un enemigo que avanzara rápidamente sobre él.

Su voz era como la voz bronca y apremiante de un general. Hubiera querido hacer velar a aquellos obreros, que trabajasen a la luz de la luna o en medio de la obscuridad de la noche para sorprender a todos por la mañana con la nueva construcción, como con uno de esos palacios de cuento persa que aparecían y desaparecían en el transcurso de algunas horas.

Don Pedro miraba al cielo, miraba a lo alto, como si tomase medidas para una torre de Babel. Su pasión por el paredón era mayor que la que había tenido por el hotel; soñaba con un paredón tan alto como las nubes, y una noche, acostado del lado del corazón, soñó que se derrumbaba de un modo abrumador, provocando una catástrofe en la ciudad

y ocasionando miles de desgracias. Aquella noche se despertó sobresaltado, con un pánico mortal, y necesitó vestirse, respirar el aire del jardín y ver su paredón para tranquilizarse. A la mañana siguiente preguntó muchas veces al maestro de obras si sería bastante estable el paredón, porque sentía un miedo pueril de que el vecino de al lado lo pudiese echar abajo con una especie de catapulta o quizá con un rabioso puntapié.

Entretanto el paredón volaba hacia lo alto, crecía como él había visto crecer las cosas pequeñas en las comedias de magia. Aquellos albañiles eran como soldados a los que él les había comunicado la fiebre de elevar el muro.

El muro era feo, arrojaba sobre el hotel y sobre el jardín una sombra lúgubre; pero la familia trataba de disculpar su fealdad buscándole alguna aplicación.

—Se podrá jugar bien a la pelota como en un frontón—dijeron unos.

—Lo cubriremos con una de esas enredaderas que se agarran a los muros y crecen como por ensalmo escalando con rapidez de lagartijas. Entonces será bello el espectáculo de este muro, adornado de verdura, como si fuese el límite de un gran bosque—dijeron otros.

—Nos guardará de los vientos que vengan por ese lado—pensó Manuela, con su espíritu práctico, en su deseo de hallar también una disculpa.

Así pasaron rápidamente los días, y cuando ya el muro fué bastante alto para ocultar el hotel de al lado, respiró satisfecho, como si lo hubiese enterrado. Cada espuerta de mezcla de cal y arena que subían los trabajadores era como una paletada de tierra que arrojaba sobre el odiado cadáver del otro hotel. Se quedó tranquilo, contento del daño causado al vecino, como si esto le hubiera reportado un gran bien.

A las horas de la comida había siempre algo que comentar. Ya el encuentro con la portera, que había reído al pasar ellas. Ya el movimiento grosero del vecino, que les volvió la es-

palda. Siempre, al ir de noche a casa, lo hacían con precauciones, como si temieran una asechanza, y al pasar cambiaban de acera, con una especie de miedo de que les arrojasen algo de las ventanas o les tiraran alguna piedra.

Las niñas habían exigido a don Pedro que adornase la fachada y plantase nuevas flores y arbustos en el jardín; «Villa María» no podía ser inferior a aquel otro hotel sin nombre, advenedizo, que nadie designaba por un mote delicioso como el de «Casa Azul», que daban al suyo, y que sólo se distinguía por su número, el número que indicaba su lejanía, 288, cuando ellas no tenían que poner más que «Villa María» en sus tarjetas.

Pero un día vieron con inquietud un movimiento de obra en el hotel vecino. Llegaban carrillos con cal, arena y yeso, y no tardó en aparecer una brigada de albañiles con espuertas y herramientas. ¿Qué irían a hacer? Don Pedro salía y entraba deseoso de enterarse de lo que ocurría. No sabía en qué trabajaban, hasta que pasados algunos días empezaron a verse los muros de un nuevo piso que crecía sobre las paredes maestras, acusando ya los huecos y las líneas macizas, igual que si fuese un brote primaveral que salía de los cimientos clavados como raíces en la tierra.

Aquel piso venía a dar mayores proporciones y señorío al hotel de al lado. «Villa María» se quedaba pequeña, perdida cerca de él. Se miraron anonadados; contra aquello no podían luchar. Se miraban unos a otros sin saber qué decirse, de mal humor; las comidas eran tristes, silenciosas, y lo que más los irritaba era aquella indiferencia de Juanito, que parecía encontrar bien y natural lo que sucedía.

Un día, doña Laura tuvo una idea:

—¿Por qué no sube usted el paredón hasta ocultar ese piso?

Don Pedro tuvo un momento de desconcierto al oír la pregunta; se marchó sin contestarle, y durante varios días

no se habló más del asunto. Las mujeres no dejaron de volver a la carga; los novios las ayudaban. Era una cuestión de honrilla para todos. Al fin, don Pedro tuvo que dejar escapar su secreto.

—Sí, se levantará más alto el paredón; pero antes hay que dejarlos que acaben su piso.

Dicho aquello con lentitud, se encerró en su despacho, dejando a todos atónitos, asombrados de su sangre fría y su talento, mirando hacia la puerta por donde se había ocultado su figura de estratega insigne.

El plan se cumplió como se lo había propuesto; verdad que para ello fué preciso consumir todo lo que restaba de la cantidad con que se hubiera levantado otro piso a «Villa María»; pero eso no importaba; cuando tuvieran de nuevo el gusto de tapar y ocultar la casa aborrecida, ya lo harían.

Se quedaron tranquilos después de eso. Volvieron a sus fiestas y a su vida ordinaria, y los enamorados empezaban à pensar de nuevo en sus proyectos matrimoniales. Después de todo, el hotel tenía capacidad para dos matrimonios y el padre. Juanito parecía renunciar a su parte de habitación, ya que su género de vida no hacía presumir que pensara en casarse. Además, la preferencia del padre estaba de parte de ellas, así como la de la madre se había declarado en favor del hijo, por esa influencia de sexo que se deja sentir, sin darse cuenta, hasta entre los padres y los hijos. Esa influencia incontrarrestable dentro de lo más puro y más idealista que se halla en el mismo misticismo de los santos.

Ya se habían ido acostumbrando a la nueva faz que presentaba la vida de don Pedro. Sus galanteos de viejo verde, deleitándose con las gracias de las muchachas, no tenían más alcance; estaban ya seguras de que no se casaría; y por el consejo de doña Laura, hacían la vista gorda hacia la predilección que demostraba por una antigua criada, coloradota y fresca, que se despidió de la casa y a la cual visitaba de vez

en cuando. Con aquella amistad estaba contento, de buen humor, y se prestaba de buen grado a servir de padre decorativo y acompañar a las niñas en aquellos actos en los cuales la sociedad exige la presencia de los padres o de los esposos.

Un día tuvieron una sorpresa dolorosa. Por cima de su paredón aparecían unas nuevas tapias, que en pocos días dibujaron la figura de un torreoncillo gótico, alto, esbelto, estrecho, semejante al tallo de una flor que iba a abrirse en el hotel vecino. Las ventanas, en ojiva, eran como un ojo malicioso que entraba en su jardín y triunfaba de su paredón. Les parecía una sonrisa maliciosa de la casa vecina, un pie que colocaba sobre ellos para alzarse al sol altiva y vencedora.

Para colmo de cinismo, a aquella ventana se asomaba una mujer; una mujer extraña, distinta de todas las de la vecindad. Aparecía siempre descotada, pintados los ojos y los labios con exageración, vestida de telas finísimas, con trajes originales y llamativos. No tardó en saberse quién era aquella señora: Una bailarina de nombre célebre que el vecino había traído a vivir en su compañía. Aquello les parecía una nueva ofensa. Como si lo hubiese hecho por ellas. Las niñas no se atrevían a salir al jardín ni asomarse a las ventanas para que no las viesen tan cerca de aquella mujer. En el fondo se irritaban más contra ella, porque la encontraban bella y libre. La miraban a hurtadillas, con recelo y con una admiración inconsciente, que no podían evitar, y sorprendían siempre su mirada indiferente, y a veces curiosa y compasiva, como si en ella hubiese una superioridad moral que las encontrase insignificantes y las humillara.

Además, la vecindad de la nueva moradora del «Hotel del Torreón», como sonoramente había comenzado a llamársele en el barrio desde la construcción de aquel pintoresco adorno, atraía un gran número de paseantes, que rondaban y pasaban constantemente por el Paseo Nuevo. Ellas conocían ya

algo de esos tipos que rondan continuamente a las mujeres que viven en los hoteles, y no precisamente por cálculo o por interés, sino por una atracción especial de los hoteles sobre algunos amorosos que sueñan con el atractivo de una aventura, el salto de la verja, burlar la vigilancia del perro, entrar por la ventana a la alcoba tibia, llena de luz. Una aventura con mujer dueña del hotel, mujer distinguida, con refinamientos, distinta del vulgo. Esos merodeadores no piensan para nada en el matrimonio ni en el amor; pero son los continuos paseantes de las calles en que hay chicas o mujeres bonitas que habitan en un hotel. Otros eran los románticos, soñando aventuras, siempre niños muy jovencitos o pobres muchachos en cuya seducción entraba por mucho el elemento de bienestar que se exhala de los hoteles.

Pero los hombres que ahora rondaban no eran como esos. Eran hombres elegantes, de aspecto de hombres adinerados, algunos ya viejos, que las miraban de un modo procaz.

¿Qué hacer contra aquella elevación de la casa vecina? Todo parecía imposible ya, empezando por la falta de recursos, que cada día se hacía sentir más.

Los gastos de la casa habían aumentado considerablemente, por la necesidad de darlo todo a hacer. Todas las mil cosas que hacía doña María se repartían entre gente asalariada. Una criada más, costurera, planchadora. Los vestidos se llevaban al quitamanchas, no se arreglaban las ropas como cuando la madre vivía. Hasta la misma Manuela olvidaba sus costumbres de arreglo y economía, y cada día eran más frecuentes sus libaciones.

Cada uno echaba la culpa del malestar a los otros. ¿Por qué con lo mismo que les proporcionaba una situación agradable en vida de doña María no tenían ahora para lo más preciso?

Las chicas pensaban en regalos del padre a aquella mujer con la que pasaba los ratos. El hijo lo atribuía todo al lujo

de las hermanas, y el padre culpaba a unos y a otros de agobiarlo con peticiones y no saber administrar su peculio. Él también deseaba que las chicas se casasen, que le quitaran carga, pues bastante tenía con vivir él e ir librando de su gravamen al hotel.

Ese gravamen había crecido de un modo enorme con las nuevas hipotecas, y, sin embargo, aun, imprudentemente, lo agravó más volviendo a meterse en obras para levantar más y más su paredón, hasta ocultar el torreón burlón y procaz de la otra casa. Era aquel ya un paredón que en vez de enterrar a los otros parecía aplastarlos a ellos. «Villa María» había perdido la gracia y la esbeltez ligera y sencilla con que se recortaba sobre el fondo del horizonte, bañada en la misma luminosidad azul del aire al destacarse como incrustada en el paredón, deslucido y hosco, que arrojaba su sombra sobre ella.

Para colmo de cinismo, un día una orden judicial vino a suspender las obras. El vecino, que había sufrido paciente la construcción de la tapia, mientras ésta podía justificar su existencia por un motivo de utilidad, entablaba un pleito cuando lo exagerado de sus proporciones demostraba el sólo deseo de privarlo de sus luces, invocando sus derechos de medianería.

Aunque todos pusieron el grito en el cielo, fué preciso suspender las obras; pero el vecino no se conformó con aquello. Se trataba de que derribaran la obra hecha; había esperado paciente, dejándole hacer aquel gasto para tomar una cumplida venganza.

Fué preciso buscar abogado, procurador y empezó un nuevo gasto de curia y papel sellado. Como si la misma casualidad estuviese en contra suya, el fallo de la Naturaleza se anticipó al del Juzgado: el paredón empezó a derrumbarse. Fué necesario atender al depósito que para responder a los gastos del pleito les pedía el Juzgado, al anticipo que exi-

gieron el procurador y el abogado y al acarreo de aquellos escombros que el ornato público les obligaba a retirar, con el pleno convencimiento de que la tapia no volvería a levantarse.

Aquel torreón se quedaría altivo, enhiesto, triunfante, como un pararrayos que detuviera la cólera acumulada sobre él. La familia de López Reina cerraba sus ventanas y se aislaba en el fondo de la casita azul para no ver aquel hotel insolente y aquellos odiosos habitantes. Era un odio de esos legendarios, un odio de esos de leyenda corsa, irreductible. Tenía el mismo origen de todos los grandes odios que registra la Historia y que han nacido siempre entre vecinos propietarios o entre señores de propiedades o naciones colindantes; como si el ser terratenientes despertase el deseo de dominación, la soberbia, la envidia y todas las malas pasiones.

VI

Empezó la época de apuro, que ya no fué posible ocultar. Por mucho que se redujeran los gastos, no era posible salvar la situación. La ruina era inevitable.

Se reunió en el comedor una especie de consejo de familia, en el que también tuvieron voz y voto doña Laura y Manuela. Don Pedro confesó su situación. No podía de ningún modo pagar los réditos ni levantar las hipotecas, que parecían haber ido aumentando por días.

En los primeros apuros había hallado medios de solventar la situación. Había usado y abusado de su crédito; pidió a unos amigos, y luego a otros para pagar a los primeros y volverles a pedir; tomó dinero sobre su sueldo, recurrió a usureros despreciables de peseta por duro al mes. ¡Ya estaba

todo agotado! No podía hallar ningún medio para salir del conflicto.

La familia estaba toda anonadada; y después de aquel momento de estupor, las mujeres prorrumpieron en llanto, recriminándose unas a otras entre sollozos y frases entrecortadas.

Por fotruna, don Pedro se impuso. El, que hasta entonces había sido débil, recobró todo su carácter de jefe.

Era inútil llorar; su ruina, después de todo, no era para caer en la miseria. Le quedaba su sueldo de oficial mayor de negociado, y con él bastaba, a pesar de la retención de la parte legal, para vivir bien y con decoro; sobre todo estando tan inmediato el casamiento de las chicas y acabando aquel año Juanito la carrera de ingeniero, que ya le costaba quince años de estudio, con sus innumerables suspensos.

Lo interrumpió éste. ¿Cómo iba a pagar sus deudas? Don Pedro expuso su resolución. Vivir era lo primero. Allí estaba su sueldo, pagaría todo lo que pudiese. Se reducía todo a vivir con mayor economía y... (no se atrevía a pronunciar la palabra) a desprenderse del hotel. Sería preciso mudarse. Después de todo, aquella hipoteca la había traído la casa misma; era un mal unido a ella que había crecido al par que se levantaba y se engrandecía; un mal constitutivo que la había corroído y la mataba.

Protestó toda la familia. Dejar la casa era peor que la muerte. Se unirían todos, trabajarían, se esforzarían, sufrirían todas las privaciones y toda la miseria. Estaban dispuestas a todo menos a dejar su casa. Eso era un escándalo, un descrédito superior a la ruina misma.

Doña Laura daba alientos con esa inconsciencia de los que ven los conflictos desde fuera.

—No hay que apurarse, ya se saldrá de ello.

Y Manuela se oponía a la idea con toda la falta de lógica hija de su desconocimiento del problema que se le planteaba.

—Hay que sufrir un poco. Nos reduciremos, y con que las señoritas ayuden todo irá bien.

Las señoritas no protestaban, estaban vencidas; pero ¿qué dirían Enrique y Alfonso al enterarse de aquello? Tenían vergüenza de confesarlo, y, sin embargo, la figura de sus prometidos tomaba entonces proporciones de liberatriz. Muy duro se hacía pensar en abrigar su idilio en otras habitaciones desconocidas cuando ya parecía haber tomado cuerpo en aquellas estancias. Se reunió muchas veces la familia y se hicieron toda clase de cálculos; los acreedores, que habían concedido prórrogas, los alzaprimaban.

Doña Laura propuso la solución, muy del gusto de toda la familia. Podía hacerse el último esfuerzo:

Juanito se iría a provincias, colocado al terminar la carrera, y no había de faltarle un buen negocio o una heredera rica. Bastaba sólo con que Rosalía y Encarnación apresurasen las bodas y que el padre pudiese dedicar sus esfuerzos a salvar la casa. Ella misma se encargó de la delicada misión de hablar a los dos novios. Si la acogida era favorable, aún podría buscarse el dinero para hacer frente a los vencimientos más apremiantes. Salvar el hotel, aquel hotel que era algo tan unido, tan consubstancial con ellos que no podían comprender el abandonarlo.

Desgraciadamente, los desengaños, que van unidos a la decadencia de la fortuna, no se hicieron esperar. Enrique habló de inconvenientes por parte de su familia que hacían retardar el matrimonio por plazo indefinido, y Alfonso, más sincero y menos enamorado, abandonó francamente su empresa, declarando que no quería ser un obstáculo a los nuevos planes que le conviniesen a Encarnación, y que le devolvía la palabra empeñada.

Hasta la criada y los jardineros no tardaron en abandonarlos, aprovechando la coyuntura de colocaciones más seguras.

Los primeros en desertar habían sido los parientes, aquellos parientes que iban de noche a hacerles la tertulia, que comían con ellos los días de aniversario y tomaban parte en sus fiestas.

Los amigos también los dejaban, desde que se había extendido la noticia de su ruina, y temían que don Pedro pudiese acudir a ellos. Hasta las amigas más íntimas dejaban de ir, disgustadas de la tristeza del hotel, con el jardín descuidado, empolvada la verja, sucio el piso y revueltas y silenciosas las habitaciones, en las que ya no se escuchaban ecos de músicas y fiestas.

Don Pedro andaba siempre sombrío, taciturno; Juanito apenas se dejaba ver en los momentos de levantarse o de ir a dormir, pareciendo no ocuparse de nada de lo que sucedía. Las dos hermanas dominaban a duras penas su angustia, ocultándola hasta de sí mismas. Rosalía, como si se hubiese impuesto una misión de sacrificio, había terminado sus relaciones con Enrique y trataba de encauzar la vida de la familia asumiendo las funciones de directora, como se lo había visto hacer a la madre. Austera, triste, sin quejarse, se la veía cada día más pálida, más débil, próxima a contraer una enfermedad; pero valiente para ocultar su dolor y no dejarlo ver como Encarnación, que se pasaba los días sumida en el más profundo desaliento, presa de la anemia y la neurosis desde el abandono de su prometido. Sólo doña Laura era la amiga fiel que las acompañaba, quizás porque sentía un secreto placer en ser necesaria y adquirir la preponderancia de directora y consejera.

Manuela, entre libación y libación, lamentaba la situación de sus amos con todas las gentes del barrio.

—¡Pobres señoritas, tan buenas, tan trabajadoras como se han vuelto! Ahora, que es cuando valen, es cuando las han abandonado esos bigardos, que no iban más que detrás de las

perras. ¡Para fiarse de los hombres! El mejor, asadito y con limón.

En su imaginación mezclaba la imagen de los novios infieles a sus señoritas con la de aquel truhán que la había engañado, fingiéndose decorador, y que la abandonó encinta de un chiquillo infeliz que nació muerto, cuando ella entró a criar a Juanito, el cual heredó todo su cariño materno.

Con su cariño y su compasión, la pobre mujer ponía cada vez más en ridículo a sus señores, contando los apuros que tenían para comer y vestirse. Aquella compasión de todos alejaba a todos cada vez más.

El momento fatal había llegado. Estaba allí la cédula de desahucio; era preciso dejar el hotel a los nuevos dueños.

Hasta aquel momento ninguno se había acabado de dar cuenta de la verdad de la situación. El hotel era en su imaginación una cosa unida a ellos de la que no podían separarse. Y aquel absurdo, aquel imposible, aquella monstruosidad que apenas habían podido concebir iba a realizarse. Se lo repetían unos a otros, en voz baja primero y alto después, como si tuvieran necesidad de oirlo para creerlo.

—¡Es preciso irnos!

VII

—Tenemos que dejar *nuestra casa.*

¡Dejar la casa! *Su* casa; la que sería siempre *su casa* para ellos. Se les despojaba, se les saqueaba.

¡Dejar su casa! ¡Dejar «Villa María»! Era entonces cuando el nombre se les aparecía con todo su valor. Era VILLA MARIA: la casa de su madre. Abandonar aquella casa era como abandonar a la muerta, que se había quedado allí enterrada, como invisible, viviendo aún con ellos. Tenían la sensación de que cada vez que salían la dejaban allí esperan-

do. Ahora iban a abandonarla, a dejarla sola, a que otros moradores vinieran a profanar sus recuerdos... y, sin embargo, era preciso irse, irse, si no querían que los echaran...

Buscó doña Laura el pisito, que ni siquiera vieron, y distribuyó a su capricho las estancias que habían de ocupar cada uno. Era preciso cuidar mil detalles que luego les pesaría no haber atendido. Llevarse todo lo posible. Don Pedro, anonadado por el golpe decisivo, había vuelto a perder su entereza. No se interesaba por salvar nada; todo le parecía digno de desdén, cuando iba a perder lo que más valía. No quería mirar los árboles y las flores que él había plantado, casi marchitos ya, porque sólo Manuela las regaba de vez en cuando.

Gracias que doña Laura velaba por todo; lo recogía todo, hasta lo más inútil en apariencia.

—Todo tiene aplicación—decía;—yo, en mi casa, no tiro nada. Hasta el papel de plomo que envuelve el chocolate lo derrito en una sartén y me dan unos céntimos, treinta o cuarenta, todos los meses... No hay que desperdiciar nada. El pan duro, las bombillas fundidas, los huesos del cocido, los papeles viejos y hasta las hebras de cabello que arranca el peine. Diez céntimos de una cosa, diez de otra... ya hay para un panecillo o para tomar el tranvía.

Todos la dejaban hacer. Manuela la obedecía y arrancaba los clavos de la pared, después de descolgar los cuadros. Le parecía que la pared gemía, crujía, se resquebrajaba; había que herirla para arrancar aquellos cuadros, aquellos visillos, aquellas barras de portier que parecían haber nacido allí. Porque aquellos cuadros clavados en el hotel, en su hotel, en el hotel propio, habían tenido un carácter definitivo que hizo insospechable el que se pudieran arrancar. Eran cuadros y adornos que no parecían colgados, sino unidos, formando un solo cuerpo con las paredes. Algo así como los frescos que decoran los grandes monumentos y que son inseparables de ellos.

Ya no había el cuidado de no estropear aquellas paredes que se habían mimado como si fuesen de carne animada. Sin darse apenas cuenta, Manuela sentía toda la tragedia de la familia y evocaba el recuerdo consubstancial con aquella casa, murmurando sin cesar entre sollozos:

—¡Si la señora levantara la cabeza! ¡Si la señora levantara la cabeza!

Y una vez añadió, convencida:

—¡Suerte tuvo doña María en morirse antes de ver esto!

VIII

La llegada de los carros de mudanza que se esperaban sorprendió como un acontecimiento imprevisto. Se había apoderado de todos una desesperación semejante a la que se siente ante la muerte inevitable de un sér querido. No se empaquetó nada, no se guardó nada; los hombres cogían y cargaban a granel los objetos, algo admirados de no oír las recomendaciones de que cuidaran las cosas frágiles, a que estaban acostumbrados. Cuando lo cargaron todo, los carros se pusieron en movimiento, semejantes a fúnebres coches de entierro que fuesen de un hospital, sin que nadie siguiera el duelo. Sólo Manuela caminaba a distancia, limpiándose las lágrimas, llevando la jaula del único canario que no se había muerto de abandono y de olvido en aquellos días, y el saco en que había encerrado la gata, y murmurando en voz baja su eterna cantinela:

—¡Si la señora levantara la cabeza! ¡Bien muerta está!

No había ya nada en la casa, ni un objeto ni una silla; la familia estaba toda reunida, de pie, en la alcoba del piso bajo. Aquella alcoba debía estar en el sitio en que se abrió el primer cimiento para afianzar el hotel; debía ser allí donde se colocó la primera piedra, la matriz de donde nació. Todos habían

acudido allí como por un acuerdo tácito a despedirse de la madre. Era allí donde había muerto doña María, donde la dejaban, moralmente, enterrada, donde tenían que abandonarla a la profanación de otras gentes desconocidas.

La desesperación de todos era tan inmensa, que ninguno se atrevía a hablar. Se apoyaban en las paredes como buscando en ellas un supremo amparo. Había en su dolor un dolor de reyes destronados al abandonar su reino; pero más agudo, más punzante, porque habían de sufrirlo más en la soledad, en la obscuridad, sin la brillantez y la ostentación.

Un momento se miraron todos como si se pidiesen auxilio, y entonces sucedió una cosa extraña. Juanito, el apático, el indiferente, se sintió enloquecer. Su pasión por el hotel, que en tiempos normales parecía desdeñar, se exaltó hasta el apasionamiento, un apasionamiento de hombre celoso que tuviera que abandonar la mujer amada a otro poseedor; una pasión de esas en que el amor toma caracteres de odio para matar y destrozar al que ama, como una suprema prueba de amor. Se lanzó al jardín, cogió una azada y con ella descargó golpes furibundos en todas direcciones. Rompía cristales, hacía saltar astillas de las puertas, caían en pedazos molduras de las paredes... Aquella locura de destrucción se comunicó al padre y a las hermanas. Sí, mejor era destruírlo todo que entregarlo cuidado, lozano, lleno de amor a los que los despojaban. Todos a una, armados de piedras o de palos, rompían y destrozaban a porfía. Rosalía segaba sin piedad las plantas del jardín, mientras su hermana pisoteaba las raíces y el padre y Juan desgajaban los árboles y seguían destrozando luces, puertas, ventanas, pila del baño... Parecían foragidos defendiéndose en un hotel abandonado a la llegada de la Policía, dispuestos a defenderse hasta morir en aquellas posiciones en que se habían hecho fuertes.

Al fin, el cansancio los detuvo y los rindió. Se miraron asustados, como si en todo aquel tiempo no se hubieran visto.

Por un momento, en su fiebre de destrucción, pensaron en el incendio, y en todos a un tiempo surgió la misma protesta. No.

No; no podían incendiar «Villa María»; más que la responsabilidad criminal, en que no pensaban, los detenía aquel nombre. Por un momento sus imaginaciones exaltadas contemplaban aquella casa tan querida presa de las llamas. Veían con deleite de héroes sitiados en su ciudad cómo las llamaradas encendidas y las ráfagas de humo buscaban paso por las ventanas, lamiéndolas con su lengua de fuego, hasta levantar el techo y corroer y derribar las paredes, dejando sólo el dibujo plano de los cimientos. Sería para ellos un placer ver cómo todo se deshacía, se desmoronaba; cómo el vencedor no se podría apoderar más que de un montón de cenizas... Pero entre las llamas les parecía oír el lamento de un ser que se quemaba encerrado en su habitación sin poder salir de ella: su madre. Su madre estaba allí y les imponía la cordura en el último sacrificio.

Sin decírselo, todos se habían transmitido el pensamiento. Lo hecho, bien hecho estaba. Era preciso irse. Entonces surgió otro problema de humillación y de vergüenza. No podían salir de allí a pleno sol. Miraron por la ventana de una habitación del segundo piso hacia el hotel número 285. El «Hotel del Torreón», el hotel que los había vencido; como si su derrota no fuese tan personal y ellos fuesen sólo las víctimas de aquella lucha de hotel a hotel.

Allí estaban los vecinos implacables, mirando desde lo alto de las ventanas ojivales; se habrían estado gozando en ver cómo sacaban los muebles; habrían presenciado toda su salvaje desesperación; serían testigos que podrían delatarlos. De haber tenido un arma hubieran disparado sobre ellos sin remordimiento.

El furor de don Pedro llegó al paroxismo.

—¡Malditos! ¡Malditos!—exclamó viendo sonrientes en la

ventana a la dama del amplio descote y al vecino de la barba negra.

Y cayó presa de un ataque nervioso, con los dedos y los dientes enclavijados, como si padeciera un ataque de tétanos.

Ante aquello, los hijos lo olvidaron todo: Encarna y Rosalía, sentadas en el suelo, lo recibieron como a un niño pequeño en su regazo, mientras Juan le ponía en el rostro su pañuelo empapado de agua. Les parecía que su madre estaba allí y quería llevarse al esposo sin que cometiera la infidelidad de abandonarla. Sentían el terror de ver morir al padre, y creían que nada debían de hacer para oponerse a los designios de aquel ser que dominaba su destino de un modo tan fatal.

Por fortuna, don Pedro se repuso, y poco a poco todos se tranquilizaron. ¿Pero cómo salir de allí? Era imposible dar el espectáculo de abandonar la casa arrojados, vencidos, después de haber dejado ver su desesperación ante los ojos de sus enemigos.

Y todo el día lo pasaron allí, en aquella habitación desmantelada, viendo ir obscureciendo a su alrededor, hasta que vino la noche. ¡Tenían que irse para que los nuevos dueños no los encontraran! Y salieron, todos juntos, apoyándose los unos en los otros, tropezando, como si aquel suelo se les hubiese ya vuelto hostil. Sin ruido abrieron la verja, pasaron bajo las letras queridas que no se atrevieron a arrancar con la esperanza de que aquella casa conservase su nombre... Temían que los acechasen desde el hotel de al lado... que los sorprendiesen en su fuga...

... Y así se perdieron lentamente, sin volver la cabeza, a lo largo de la acera de aquel Paseo Nuevo por donde no volverían a pasar.

—¡El perro!

Un ladrido lastimero llegaba hasta ellos. Nadie se había acordado del perro, que quedaba abandonado en su garita de madera. Por un momento dudaron si volver a buscarlo. ¿Qué

sería de él si tardaban los nuevos dueños? Había que abandonarlo un poco a la fatalidad. Ellos no podían ir a aquel piso que les iba a servir de albergue con el pobre animal que fué su guardia y su custodio durante tantos años. Ahora recordaban con cariño hasta sus ladridos y sus molestias; pero no podían volver ya sobre sus pasos. Era aquel que acababan de recorrer un camino trazado que no podían desandar de nuevo.

Aquel perro tosco, bruto, que no tenía la simple alegría que en medio de su fuerza tienen para ser sociables los perros de cortijo, porque estaba embrutecido, con el embrutecimiento que les dan a los perros las grandes ciudades, tenía que quedar allí como una cosa inherente al hotel; quizás como el guardián del sepulcro de su ama, destinado a morir sobre él como esos perros fieles que el mármol ha perpetuado al pie de sus dueños en los sepulcros góticos, como símbolos de la fidelidad. Siguieron su camino.

IX

Aquella tarde de domingo, a la hora del crepúsculo, el Paseo Nuevo estaba desierto. En esos días de ventisca y lluvia no transitaba nadie por allí. Con esto había contado Encarnación para escaparse y dar un largo rodeo, al volver de casa de las amigas con quienes había pasado la tarde, para cruzar delante de su antigua morada. Sentía una necesidad de ir allí, como si la hubiesen sugestionado con un mandato imperioso que le era necesario obedecer. Era un deseo avasallador, irresistible de ir a aquel sitio y contemplar «Villa María!, aunque sólo fuese entre la sombra y la lejanía. Quería volver a ver aquella casa donde transcurrió su infancia, donde estaban encerrados todos sus recuerdos alegres o tristes y

todas sus emociones. Aquello era a la vez algo así como una visita hecha a la tumba de su madre.

Parada, inmóvil, contemplaba el hotel desde la acera de enfrente, sin cuidarse del viento furioso que hacía caer las chimeneas arrancadas de cuajo y abatía los árboles en una fantástica convulsión de ramaje en medio de la sombra de un modo fantástico y amedrentador. Los vecinos habían cerrado cuidadosamente puertas y ventanas, y los pocos transeuntes pasaban arrebujados en sus abrigos, con la cabeza agachada, caminando de prisa en busca de un refugio.

Encarnación sentía oprimírsele el corazón de angustia al contemplar como una extraña aquella casa que se le hacía desconocida. Le parecía más pequeña que nunca. El paredón había desaparecido, y «Villa María» era chiquita y simple como una casita de campo cerca de la esbeltez del «Hotel del Torreón». En éste se veían luces al través de las ventanas. *El suyo* estaba envuelto en sombra: debía estar deshabi tado aún. No se atrevía a acercarse; el viento y la llovizna revolvían sus ropas y azotaban su rostro; no sentía frío ni miedo; estaba absorta en la contemplación de su casa. Poco a poco se fué acercando a ella para verla bien. La verja... la puerta... la ventana de su cuarto... la ventana aquella por donde hablaba con Alfonso. Sentía una emoción que la ahogaba. Un deseo loco de entrar allí, de gritar que la despertaran de su pesadilla para volver a verlo todo alegre, riente, lleno de esperanza como en mejores días. Era su memoria como un cinematógrafo para evocar las horas dichosas, los sitios, las escenas. Veía los muebles colocados en su sitio, las personas... su novio... su madre.

Pero el hotel, con su sensación de abandono, con su jardín destrozado y lleno de los cascotes de las obras, la volvió a la realidad. Seguía solo y deshabitado, envuelto en una tristeza mayor. Ella tuvo celos al pensar en quiénes serían sus moradores; sentía remordimiento ante el jardín sin plantas

del destrozo que habían causado, y al mismo tiempo un deseo vehemente de que permaneciera así siempre, abandonado, solo; que crecieran en el jardín zarzas y jaramagos; que las paredes se agrietaran y se cayesen; que se desmoronara. Era mejor que quedase siempre desierto, inhospitalario, como esos solares a los que la justicia de los antiguos reyes mandaba sembrar de sal.

Y en medio de su impresión, la razón se imponía para conocer que aquella casa, ya ajena a ella, habría de cumplir su misión dentro de la más completa indiferencia.

No podían culpar a nadie de su desgracia más que a su desaforado amor de propietarios, aquel apego a una cosa muerta, material, insensible, a la cual habían ridículamente subordinado toda su vida.

Quiso instintivamente buscar una disculpa a aquel amor absurdo hacia las cosas, explicándoselo por la creencia de que su madre vivía allí y que no la podrían desalojar de su casa, porque el espíritu de los muertos no puede desalojarse de la casa que ha sido suya, y «Villa María» era siempre la casa levantada y cuidada por la madre, como el nido donde las había arrullado.

Levantó los ojos al letrero para darse fuerza. El letrero no estaba ya allí. «La Casa Azul» no era ya «Villa María». La tragedia de la casa estaba consumada. Le parecía como si hubiesen enterrado a su hotel bajo sus cimientos, más abajo de sus cimientos. La idea de poner una corona en una tumba le sugería la de ese hundimiento insólito que debía haber experimentado el hotel. Aquella sombra del otro que se levantaba sobre la fosa del suyo era semejante a ese nicho deshabitado que ha de ocupar otro sobre el nicho ocupado más abajo.

Había en ella algo como el recuerdo de un antiguo día de fiesta, de unas vagas notas de vals, de un sentimiento de muerta que hubiese resucitado para vagar junto a su casa.

Hubiera querido convertir en sueño todo lo que había pa-

sado para poderse despertar. Desdichadamente, algunas veces se está tan despierto en la vida, que no se puede despertar más, que no se puede ni soñar ni tener ningún consuelo.

Encarna estaba despierta, más despierta que había estado nunca; por eso la hería la verdad de las cosas como un puñal, y parecía como si materialmente, en una lluvia de hierro y cascote, se hubiese desmoronado el hotel sobre ella. Era inútil permanecer ya allí; aquella casa se le había hecho extraña. No quedaba ya nada de ellos. Quiso volver al lado de su familia, huir, librarse de aquella obsesión... Al volverse vió un bulto, en el que no había reparado, inmóvil, sobre el banco de enfrente del hotel. Al acercarse conoció a la mujer que estaba allí cerca de ella. Las dos lanzaron un grito y luego un nombre:

—¡Encarnita!

—¡Manuela!

La pobre criada, que también como ella había ido a vagar, con un instinto de perro, inconsciente, en torno del hotel.

La cogió del brazo y se alejó con paso vivo, como si hubiese recobrado toda su energía ante aquel rasgo de servidumbre que les imponía el hotel. Se sintió como curada de un gran mal, fortalecida, para mirar hacia los nuevos días, enamorada de la vida, sintiendo a la vez una rebelión y un misticismo que le hacían abominar del amor desmedido a la posesión y le daba un desprendimiento de las cosas materiales, para amarlas en su justa medida, que hubiera querido inculcar aquel nuevo sentimiento en el corazón de los otros. Librarse del amor a las paredes y el solar, y buscar en sí propia la morada y los cimientos de su paz interior.

SORPRESAS

I

LA HISTORIA ÍNTIMA

La emoción que rendía a Olga le hizo reclinarse en el diván. Después de aquel largo viaje al Brasil, para recoger la herencia de su esposo, la vuelta a Europa era la realización de todos los ensueños, tan intensa y tan amargamente acariciados en la lejanía.

Ella demoró después de su viudez todo lo posible aquel viaje. No quería separarse de Andrés cuando su amor podía desenvolverse libremente. Eran las suyas de esas relaciones que se imponen con valentía por su audacia, su sinceridad y la fuerza social de los que las sostienen.

El marido de Olga, investido de un alto cargo militar, no tenía tiempo para atender a su esposa en esas mil nimiedades, que él llamaba pueriles, de las mujeres. Se creía hacer bastante con no faltar a su casa metódicamente a las horas de comer y de dormir, y de vestirse el uniforme para hacer su aparición en los palcos y en los salones cuando las conveniencias sociales lo exigían. Nunca hubiese pensado que pudiera su esposa estar descontenta, ni que le faltase nada. Es verdad que él no se ocupaba de satisfacer ninguno de sus caprichos, ni de adivinar ninguno de sus gustos, pero no la contrariaba jamás en ellos. Pagaba, sin murmurar, las cuentas de su mujer, aunque no sentía necesidad de admirar sus galas, ni se le ocurría un cumplimiento sobre sus trajes. A lo sumo, cuando

un contraste de línea, de peinado, en una de esas variacione- rápidas, bruscas y detonantes de la moda, cambiaba la silueta que le era habitual, se limitaba a decirle:

—No sé qué de raro te encuentro hoy. ¡Los años no pasan en balde!

Poco a poco Olga, que amaba con apasionamiento a su marido, se vió moralmente separada de él, aislada, envuelta en una atmósfera de frialdad aterradora. Había tenido que ir encerrando dentro de sí todas las ternuras confidenciales, todas las confianzas que demandaban un consejero. Se había cansado de ataviarse en vano sin hacer notar su toilette ni su perfume. Se hastiaba en aquella soledad de su casa donde no se apreciaron todos los esfuerzos de casadita amorosa y romántica para hacerla agradable; y abandonó todos aquellos cuidados, nimios y encantadores, que la llevaban a embellecer una estancia, adquirir un nuevo objeto de arte, colocar una flor en el búcaro de su marido o condimentar por sí misma un plato, para halagar el paladar goloso y proporcionar un placer nuevo.

Eran todo cosas que pasaban inadvertidas o que merecían un reproche.

—Qué tontería poner estas rosas en la mesa; me van a llenar de agua los papeles.

—Vas a llenar la casa de cachivaches inútiles.

—Pchs, no está mal este guiso; pero es mejor que dejes esos cuidados a la cocinera.

Olga hubo de volver los ojos en torno suyo, con un ansia femenil de verse admirada y comprendida. No le bastaba el cariño que le profesaba su esposo ni el que ella misma sentía. Necesitaba la adoración, el homenaje a su belleza. Aquel sentimiento la llevó a perderse, a pesar de su carácter grave y dulce, en una frívola ligereza entre sus amigos. Se vió bien pronto rodeada de galanteadores que la asediaban. Era aquél un juego que satisfacía su vanidad. Algo de inocente vengan-

za del marido, que parecía satisfecho de sus triunfos de salón, como si secretamente tuviese la creencia de la inferioridad de su mujer. En las grandes fiestas la seguía con la mirada, como si temiera que le pusiese en ridículo y más de una vez llegó a decirle:

—Ese adorno no te sienta a ti bien. Eso es para las mujeres muy elegantes.

Y poco a poco el ambiente frívolo y mundano en que vivía la fué ganando, se despreocupaba cada vez más de su marido y se entretenía en el *flirt*, que no juzgaba peligroso. En verdad no lo era. Veía, con serenidad de juicio demasiado claro, aquellos galanes oficiosos para saber reirse de sus tretas, sus rebuscamientos y sus ardides.

Pero no supo huir del peligro de la amistad de Andrés. Era el único que no la galanteaba, el único que la comprendía. Reían juntos de las grotescas escenas de los amadores. Tenían una mirada furtiva, queja en ella y aliento y compasión en él, ante las torpezas del marido, Andrés le prodigaba sus cuidados, sus ternuras, sus atenciones, con una asiduidad que sólo escapaba a la observación de dos personas: ella y su marido. Se satisfacía Olga de ver que ni un gesto, ni un movimiento suyo quedaban inadvertidos. La admiración de Andrés sabía notar el cambio de perfume, el pliegue variado en el traje o el nuevo rizo del peinado.

Su amistad se desenvolvía con mayor amplitud por el cariño de Josefina, la esposa del general Ginardt, una mujercita de treinta años, con aspecto de chicuela, que a fuerza de disimular el aturdimiento juvenil y la risa ingenua, había acabado por crearse un carácter aturdido y simple en apariencia.

Andrés era el amigo íntimo del general, el asiduo visitante de su casa. Olga y Josefina se hicieron inseparables. Fué esta la última, la única confidente y protectora de aquel amor y de sus luchas y fué ella la que incitó a su amiga a seguir los impulsos de su corazón. Le divertían aquellos amores con un

sentimiento de curiosidad malsana, le servían como de experimentación de un afecto que su aturdimiento parecía impedirle.

—Yo no me atrevería a lo que tú haces—le decía en sus confidencias a Olga.—Mi marido me dobla la edad, es cierto; pero estoy segura de que me mataría en el acto si yo intentase engañarlo.

—¡Oh!, es que a un marido como el tuyo hay que quererle a la fuerza. ¡Es tan bueno, tan paternal!—contestaba Olga con un suspiro apesadumbrado.

Y ella que, a pesar de su amor por Andrés, no había dejado de amar a su esposo, añadía:

—Yo temo más al dolor de mi marido que al daño que su venganza pudiera hacerme.

Pero el buen coronel murió sin saber nada. Sin enterarse de la pasión ni del desamor de su mujer, con aquella ceguera que respecto a ella le cubría los ojos.

Desde su viudez Olga se había entregado por entero a aquel cariño, que no era un secreto para nadie.

Andrés y ella salvaban las apariencias entrando en los salones con un cuarto de hora de diferencia y coincidiendo en distintas localidades del mismo teatro. Había la seguridad de ver siempre aparecer al uno después de haber visto a la otra, pero jamás juntos; sin esa impudicia que subleva a las gentes. Era por eso, por su prudencia, por lo que todos admitían aquel sistema convencional y la buena sociedad toleraba de grado aquellas relaciones, como una *liàsson* sancionada por el tiempo. Olga había visto desaparecer de su lado toda la corte de adoradores que la rodeaba durante su matrimonio. Los tenorios sabían que es más difícil la lucha contra el amante de elección que contra el marido. Olga se sentía más respetada, más considerada, envuelta en la aureola de la pasión de Andrés.

Sus amores no decaían. Todas las mañanas la despertaba

la voz de Andrés. Había hecho colocar a la cabecera de su lecho el teléfono y él la llamaba desde el suyo.

—Buenos días, nena; ¿has descansado?

El aparato parecía transmitirle un beso con aquella pregunta.

Y hablaban, hablaban largamente, como si estuviesen el uno al lado del otro. Los hilos les transmitían con fidelidad sus temblores apasionados de voz, sus risas, sus estremecimientos.

Después Olga se peinaba y se vestía cuidadosamente. Era ella la que iba a almorzar con Andrés, en su casa, en aquel comedorcito risueño, decorado con el brillo limpio. alegre, amoroso de las porcelanas de Talavera y de Limoges, y los lienzos humorísticos, pintados por el mismo Andrés: una raja de sandía que llegaba al cielo: pelele que espantaba los pájaros de un montón de doradas naranjas.

Después se separaban para verse con el nuevo encanto de su fingida libertad en el té, el paseo, la conferencia o el tea tro. Tenía una gran dulzura y una gran coquetería aquel *usted, señora,* que salía de sus labios rendidos de besar. Andrés no iba a casa de Olga sin un pretexto que no escandalizase a la servidumbre del difunto coronel. Algunas noche, la doncella confidente les proporcionaba la entrevista sin que se enterasen los demás criados. Eran noches de amor en que Andrés dejaba algo de su alma en aquella alcoba, la hacía suya como una cosa necesaria para implantar allí el derecho de dominio de su espíritu y desalojar al muerto. Una impresión que renovaban de cuando en cuando.

—La necesito para tenerte más conmigo—decía ella.

Algunas veces asistía Josefina a sus almuerzos íntimos, siempre a ruegos de Olga, que vencía el deseo de soledad de Andrés para invitarla. Pero aquellas reuniones se habían hecho insoportables. Josefina sentía demasiado la sugestión de la anormalidad. Se ponía más nerviosa, más aturdida, más

locuaz que de ordinario. Iba de un lado para otro, lo miraba todo, lo tocaba todo, curioseaba y hacía preguntas incesantes. Tomaba todo el aire de la *demimondaine* que va a un almuerzo de confianza. Cantaba al piano, reía, bebía *champagne*, haciendo brindar con ella a Andrés. Encendía cigarrillos egipcios. Olga parecía sosa, retraída, ridícula al lado suyo.

Sin embargo, se sentía feliz, contenta, tranquila. La miraba con una suave bondad materna, como a una chicuela alocada. Venía Josefina a poner una nota alegre y simpática en torno de ellos; era esa amiga confidente que parece evitar la monotonía de la soledad, a legitimar su amor con su presencia, librándoles del eterno disimulo, obligado delante de los indiferentes.

Fué Josefina la que deseó poner término a las tristezas de Olga, proponiendo a Andrés su casamiento.

En el primer momento el joven se quedó sorprendido.

—¿Pero es posible que te atraiga de nuevo el matrimonio? —preguntó a su amada.—¡Estaba tan bien organizada nuestra vida así!

Y como Olga, temerosa de desagradarle, afirmaba que eran cosas de Josefina, ésta defendió su tesis con una elocuencia femenil que nadie hubiera supuesto en ella. Bien que se hubiesen amado en la sombra cuando los separaba un obstáculo invencible. ¡Pero ahora! El matrimonio es el homenaje de consideración que puede ofrecerse a la mujer, para que nunca pudiese sufrir un desaire, ni una repulsa de los hipócritas. De ninguna manera están mejor que casados los que se aman seriamente.

Se oponía Olga a lo mismo que deseaba. Tenía en su amante una confianza plena.

—Me halaga más—decía—saber que le retiene a mi lado el amor que la obligación.

Al fin, habían convenido en efectuar el matrimonio tan

pronto como ambos tuviesen arreglados sus asuntos. Ese tiempo debía aprovecharlo Olga para ir al Brasil, donde radicaba toda su fortuna.

Recordaba aún con terror los días que precedieron a la partida. Aquellos días de pasión intensa, de lágrimas, de desesperación, ante la idea de no verse y el temor de los peligros desconocidos que iban a separarles.

La despedida había labrado en su alma una huella honda de dolor. Había querido ir andando de su casa a la estación para gastar más tiempo, sin darse cuenta de lo fatal del horario de las estaciones.

Se había alejado con los labios sedientos de besos, de unos besos que hubieran querido verterse todos en un último beso, que siempre hubiera pedido *otro último*, después.

Llevó todo el viaje aquella amargura que la hizo huraña en el barco, retraída en el Brasil y que precipitó su vuelta. No le había faltado el arrullo de su amor en todo el tiempo. El día de su despedida él le dió un paquete de cartas cerradas. Debía abrir una cada día durante todo su viaje, y Olga, que hubiera querido leerlas y releerlas todas a un tiempo, tuvo fuerzas para respetar la voluntad del amado.

Eligió para abrir las cartas aquella hora matinal en que la llamaba el teléfono. Allí, en la soledad de su camarote, vestida con su pijama de seda, leía la plegaria del amor lejano, que parecía prevenirla y alentarla en su soledad.

Cada día la lectura duraba más tiempo, porque a la lectura de la nueva carta se unía la de las anteriores. A solas, con aquel recuerdo, con aquella voz amiga, la pasión de Olga se hacía más vehemente, más absorbente, más tiránica.

Recordaba su vida momento a momento, y no podía evocarlo sin evocar cerca de ellos a Josefina, la amiga confidente y protectora que tan gran parte había ganado en su existencia.

II

EL TIEMPO DISTINTO Y VARIO

Y ahora, a la vuelta, creía encontrar a Andrés y a Josefina en el andén, saludándola con los pañuelos con que le habían dicho *adiós*. Como si el tiempo no hubiese transcurrido.

Tuvo una desagradable impresión al no encontrar a nadie esperándola, aunque ya se lo había anunciado Andrés:

«No quiero que nadie sepa tu llegada. No quiero saberla yo mismo. Llegaré hasta tu alcoba cuando hayas descansado para darte este beso que ha llagado mis labios de deseo; tu ausencia será para nosotros sólo una pesadilla.»

Y más abajo le preguntaba:

«¿Qué me traerás de nuevo de ese viaje? ¿Qué nueva blancura habrá en tu carne, y qué nueva pasión en tus ojos?»

Y aquel párrafo era un complemento de los anteriores, que la hizo decidirse por prolongar unas horas la felicidad de verlo, con tal de gozar en el primer instante de toda su confianza y de poder mostrarle, en la superioridad de su desnudez, todas las nuevas gracias con que para él se había revestido.

Después de las primeras horas de pasión, absorbentes, embriagadoras, llenas de locura y de delirio, empezó el recuerdo de sus aventuras de viaje y de los cambios ocurridos en la población.

—¡Somos unos egoístas!—; no me has dicho nada de Josefina.

Le pareció que vacilaba Andrés.

—Pero, hija, si no la he visto. Apenas salgo...

Y nuevos besos borraron el recuerdo de la ausente.

La luz del alba les obligaba a separarse. Protestó él, temeroso del frío de la calle:

—Déjame más tiempo contigo. Si pronto hemos de ser esposos...

—Eso hace más preciso mi recato—opuso ella.—Vete, mi alma. Y llámame por teléfono temprano, *como ayer*...

—¡Oh! Querida—interrumpió él vivamente—, por muchas ilusiones que nos hagamos, es lo cierto que el tiempo continúa su obra. Cada vez se adquieren nuevos compromisos. Ahora tengo las mañanas y las tardes ocupadas en un asunto que ya te explicaré. Eso no quita para que te vengas a almorzar conmigo. Es el sólo momento de que dispongo.

La besó, y, aprovechando el sueño y el cansancio que la rendían, para evitar su protesta, salió quedamente de la estancia.

III

EFUSIÓN DE SONRISAS

—¡Josefina! ¡Josefina! Soy yo—exclamó con alegría, precipitándose en la alcoba de su amiga, sin dar tiempo a que le avisaran.

Quería gozar en su sorpresa de verla cerca de ella, después de aquel viaje tan abrumador que las había separado.

Tenía prisa de contarle qué feliz la había hecho el inmenso cariño de Andrés, que borraba todas aquellas tristezas de la separación, y quería recriminarla por no haberle hablado nada de él en sus cartas.

Por eso, aquella mañana, lo primero que hizo fué correr a buscar a Josefina. Le traía unos preciosos solitarios de brillantes negros, como el alfiler de corbata que destinaba a su futuro esposo. Para eso habían de ser los Ginardt sus padrinos.

Josefina estaba aún en la cama.

—¡Entra, entra!

Se abrazaron estrechamente.

—Qué bella estás—exclamó Josefina, observándola con un interés que no notó Olga.

—Estoy más morena, más delgada...

—¿Por qué te has molestado?—siguió Josefina.—Yo iba a ir a verte esta tarde.

—¿Sabías mi llegada?

—Me lo dijo Andrés.

Olga pensó que éste no había entendido bien sus preguntas de la noche anterior.

—¿Le has visto ya?—repuso Josefina.

Le temblaba la voz.

—Sí, anoche...—repuso Olga.

—¿Qué tal?

—Tan bueno y tan amante como siempre.

Hubo un silencio.

—¿Qué poco me has escrito?—recriminó Olga con dulzura.

—Ya sabes lo que yo soy para eso...

—Nada me decías de Andrés y yo deseaba que me dieras noticias suyas. Sentía la necesidad de que me hablasen de él.

—Le he visto poco... a veces... en sociedad... no estando tú.. ya sabes lo que son los hombres.

—Perdóname que no te he preguntado aún por tu esposo.

—Está bien. Me pregunta siempre por ti.

—Te traigo un pequeño recuerdo.

Josefina palmoteó como una niña a quien se le ofrece un juguete.

—Deliciosos, espléndidos.

Los sacó del estuche, los revolvió entre sus dedos, haiendoo quebrarse la luz en sus tallas.

—Me alegro que te gusten.

—Eres muy buena.

Se incorporó buscando el espejo. Olga, que seguía satisfe-

cha sus movimientos, reparó en un teléfono colocado al alcance de su mano.

—¿Has puesto el teléfono como yo?—le dijo.

—Sí... soy tan perezosa...—y haciendo uso de su maestría en la volubilidad, añadió:—Hay muchas novedades desde que te marchaste: Se ha casado la marquesita de Balsalobre con un rico ingeniero catalán... han sido padrinos los infantes... Un *trousseau* regio... una maravilla de regalos... el duque de Bermar, su antiguo amante, le ha regalado un ramo de flores de azahar esmaltado en oro y con los estambres de brillantes... Una cursilería que le costó diez mil duros... Es una espléndida devolución de la flor de azahar.

Y como Olga reía de su charla, preguntando noticias, con esa irradiación de vida de los felices, que sienten impulsos de amarlo todo, Josefina siguió haciendo su resumen mundano.

—Ya, ya te contaré... Se han divorciado los de Santalora... Adelina Mateos está pedida... A la señora de Fonseca se le ha muerto su hija Luisa, aquella rubia tan guapa...¿Te acuerdas?

....

IV

LA HORA CONFUSA, VEHEMENTE Y ABATIDA

A pesar de todas las emociones del día, Olga no había podido dormir en toda la noche. Fué el sopor que abrasaba sus miembros en los momentos de cansancio, interrumpido por bruscas sacudidas nerviosas; la perseguía una sensación de disgustos que no podía expresarse con claridad. Su clarividencia de enamorada notaba un cambio en la pasión de Andrés; una extraña frialdad después de pasar los primeros transpor-

tes. En realidad no era bastante que tuviese ocupaciones que la absorbiesen parte del tiempo que antes le dedicaba para suscitar aquellas violentas sospechas. Era una cosa intuitiva que le mordía en el corazón. Un conjunto de pequeños detalles vagos, de sombras apenas visibles, de imágenes siluetadas a lo lejos, que la intranquilizaban.

La luz de la mañana la trajo el optimismo de su paz. Sin duda eran todo quimeras suyas; recelos de mujer enamorada, un poco de nerviosismo, de neurosis, engendrada en el desequilibrio y los sufrimientos del viaje. Era preciso desechar todo aquello que la hurtaba el alma a la expansión para abrir los brazos y envolverse en sus mejores sentimientos de amor y de amistad.

Andrés la había dicho que una ocupación urgente le obligaba a salir por las mañanas, pero era bastante temprano para que estuviese aún en el lecho. Le despertaría hoy ella, haciéndole gozar las sonoridades de su voz, como él la había despertado tantas veces. Escuchar su acento lleno, sincero, grave, la tranquilizaría.

Se incorporó sobre su brazo izquierdo, arregló los cabellos negros que caían en desorden, formando marco al rostro moreno, sonrosado y fresco, en el que habían marcado huellas de fatiga las emociones de la noche, y oprimió el timbre.

—¡Central!

Tardaron medio minuto en responder.

—¡Oh!—murmuró—estos aparatos son capaces de agotarle a un santo la paciencia.

—Rit... riiit.

—Hola.

—¿Qué desea?

—Comunicación con el 2.013.

Pasaron unos segundos.

—Rit.

—¡Hola! ¿Es el 2.013?

—La Central.

—He pedido comunicación con el 2.013.

—Está ocupado.

Aquellas sencillas palabras resonaron como martillazos en sus oídos. Se quedó desconcertada un instante. Se pasó las heladas manos por las sienes, que latían con violencia, como para desechar una idea absurda.

—Qué niña soy—murmuró, para tranquilizarse.—Estará ocupado en algún asunto sencillo.

Pero la idea intrusa se aferraba a su cerebro. Se incorporó cediendo a un súbito impulso, cogió el libro de direcciones, lo hojeó nerviosa y volvió a llamar de nuevo.

—¡Central!

—¿Qué desea?

—Comunicación con el doce cuarenta y dos.

Resonó el timbre.

—Está comunicando, señora.

Olga se quedó atónita, muda. Sus sospechas tomaban cuerpo. No podía apartar de su mente el recuerdo de aquel teléfono colocado a la cabecera de la cama de Josefina. Aquella linda muñequita aturdida, dormilona, que se levantaba a las dos de la tarde, no podía ocuparse de asuntos a aquella hora. Estaba, seguramente, hablando con Andrés. Acudían en tropel detalles de vacilaciones de ambos, de contradicciones, de cosas en las que no había parado la atención, y que no podían dar lugar a dudas. ¿Cómo había estado tan ciega? Clavaba los ojos en el aparato que tenía en la mano, queriendo ver la escena que adivinaba. Sentía la desesperación de la impotencia para escuchar aquella conversación que presentía. Pensó en un cruce piadoso de hilos que la permitiese oír y se aplicó con fuerza el auricular sobre la sonrosada orejita, no sin echar antes bien hacia atrás los cabellos, como si éstos pudiesen impedirle oír. Toda su alma pendía de los rumores que llegaban a ella. Apretaba con fuerza el aparato inerte,

muerto, sin un sonido, sin una vibración. Aquella calma excitaba más la tempestad de su cerebro. Por momentos escuchaba el runruneo de conversaciones lejanas. Una frase perdida, un acento que no podía distinguir, un susurro semejante al del viento en el cordaje. Un ruido sordo, inarticulado, mitad apóstrofe y mitad maldición, se escapó de su garganta.

Hubiese querido que llegase hasta ellos su grito. Poseer el secreto de enviarles un latigazo eléctrico, una sacudida mortal; anonadarlos en su traición.

Volvió a llamar de nuevo con violencia, como si golpease una puerta cerrada.

—Comunicación con el 2.013.

Esta vez no tardaron en responderle.

—Está ocupado, señora.

—Oiga, señorita, póngame con el doce cuarenta y dos.

—Está comunicando también.

—¿Quiere hacerme el favor de avisar cuando terminen?

—Con mucho gusto, pero es fácil que tarden.

—Aguardaré.

—Está bien.

—Gracias.

Transcurrió media hora de angustia mortal, durante la cual, Olga se revolvió desesperada en el lecho, arrugó y comprimió las ropas, se levantó para llegar al espejo y para descorrer las cortinas.

Muchas veces acercó ansiosa a su oído el aparato, y mil veces lo alejó de sí con desprecio, rabia y despecho. ¿Se habrían olvidado en la Central de su encargo?

Volvió a llamar.

Esta vez le respondieron antes que hablase.

—No han terminado aún.

El plural era una prueba definitiva, concluyente. Por un momento pensó en vestirse, correr, tomar un coche, llegar y confundirlos con su presencia. En su imaginación los creía

juntos, hablando sin la separación que establecía el teléfono. Pero la realidad se impuso y aguardó trémula, palpitante, sin voz, sin fuerza, casi sin ideas, oprimiendo el aparato contra su oído.

Al fin le avisaron.

—Tenga la bondad de poner comunicación con el doce cuarenta y dos.

No contestaban.

Impaciente oprimía el botón y se colgaba del auricular para que hiciese más peso.

Al fin resonó, nervioso, el timbre.

—Rit, rit, riit, riiit.

—Josefina.

—¿Quién?

—¿No me conoces?

—¡Ah!... Olga.

—Sí, yo..., que he tenido una hora de paciencia ante vuestra villanía.

—No sé qué dices...

—¿Olvidas que es peligroso hablar por teléfono, que puede haber cruces, que se puede comprobar cuánto tiempo ha comunicado el 2.013 con el doce cuarenta y dos?

Hablaba con voz entrecortada, sibilante, se le secaban las palabras en la garganta, sin fuerza para llegar a los labios

—¡Esa dichosa Central!—escuchó por toda respuesta.

—¿Es eso todo lo que se te ocurre?

La indignó aquella frivolidad, aquel desdén, que envolvía el conocimiento de su fuerza, de la confianza completa y absoluta del amor que le robaba.

No respondía nadie. Oprimió el botón con rabia:

—¡Josefina!

—¿Qué deseas?... ¿A qué hablar?...

—Tienes razón. Es con tu marido con el único que debo entenderme.

Se separó del aparato satisfecha de adivinar la cara de terror de Josefina en la desesperación entrecortada del rin-rin del timbre.

La dejó llamar en vano.

V

EL ANONADAMIENTO

Ya tenía toda la certeza de la traición de su amiga; ahora sólo le quedaba confundir a aquel hombre que la había engañado; arrojarle al rostro todo su desprecio, todo su enojo, todo lo indigno de su proceder... en seguida, vengarse...

Se tiró de nuevo del lecho para llamar a su doncella y vestirse. Se detuvo delante del espejo. Se miró como si no se conociese, como si fuese una extraña para sí misma. ¿Acaso no era más bella que Josefina? ¿Se habrían borrado de su cuerpo las huellas de tantas caricias impresas por Andrés? Recordaba el desdén con que trató a veces la frágil belleza rubia de su amiga, cuando la abrazaba llamándola su *mujeraza*.

Vestirse, arreglarse, presentarse bella de nuevo en presencia de aquel hombre, le parecía una monstruosidad. ¿Qué iba a hacer, qué iba a decirle? La aterraba ahora la idea de volver a aquel comerdorcito tan risueño, mancillado sin duda con sus nuevos amores. Aunque él volviera a su lado, aunque la pidiese perdón, aunque la amara con toda su intensidad, ella no podía volver ya a sentir su cariño ni a confiar en él.

Se desvanecía el sueño de ser su esposa, puesto que ya no era su amada. Comprendía cómo Andrés y Josefina habían tramado su boda para alejar las sospechas del marido, y cómo se habían proporcionado aquellos meses de tranquila

posesión de sus amores con aquel viaje. Era todo mentira, todo farsa, no podía salvar ni la santidad del recuerdo.

Lo que más la indignaba era la noche última, aquella noche del regreso en que allí, en aquella misma alcoba, había profanado su carne mezclándola a la carne de aquella mujer aborrecible.

Sin aquella confusión, sin aquella promiscuidad, Olga podía tal vez haber perdonado.

Ahora era imposible todo. No se encontraba con fuerzas para verlo. Sería pálido, inútil todo lo que podía decirle. No quería luchar, ni conquistarlo de nuevo. Una carta lacónica en que le prohibiese volver a verla, bastaría. Sin duda en aquel momento ya lo habría advertido de todo Josefina.

Era inútil intentar nada.

—Está todo terminado—se dijo con desaliento.

Tendió la vista en torno y le espantó su soledad. En aquella habitación acababa de morir algo; miraba con terror el auricular del teléfono, mudo, colgado de su horquilla metálica, como un cuerpo muerto, inerte, sin voz. Veía su lecho de viuda, en el que parecía marcada la huella del cuerpo que no reposaría más en él. Las cortinas, los bibelots, las flores de sus búcaros; ¿de qué servía todo aquello en la habitación mortuoria?

Allí cerca, sobre la mesilla, estaba el libro favorito que no se habría de terminar. En el cajón, guardada con llave, se escondían su fosforera y sus cigarrillos... La mesita del té, dispuesta para sus cenas íntimas, sin llamar a los criados. Cada una de aquellas cosas adquiría un valor desesperante; se convertía en instrumento de tortura. Todo aquello había muerto.

Recordaba el fallecimiento de su marido. Ella le sintió, le lloró... le pidió perdón de su engaño en sus oraciones... no había tenido remordimientos, porque había cumplido su deber de respetarlo y hacerle feliz. Pero en la muerte de su marido no había muerto nada más que él. Se lo llevaron y siguió

viviendo la vida en torno de ella. Ahora era la vida la que moría. Moría ella misma.

La sensación de abandono, de soledad; lo irremediable de su dolor, la galvanizaron como un reactivo. La culpable de todo aquello era Josefina, nadie más que Josefina; sólo ella. Como esas madres que dan siempre la culpa de los extravíos de sus hijos a las malas compañías, ella acusaba de la traición de Andrés a Josefina. ¿Acaso no conocía ella el poder maléfico de los encantos y la coquetería femenina, malsana y perversa de algunas mujeres?

Recordaba qué arteramente habría ido Josefina, con su coquetería, ganando un lugar en el deseo de Andrés. Comprendía la tentación de los hombres que amando a una mujer pueden ceder a la sugestión de las incitaciones procaces de las otras mujeres, por ese algo de tierra que existe en el alma. Sentía envidia de las mujeres que saben perdonar una infidelidad. Ella no sabía. Destruída su dicha, no le quedaba más que la venganza. Todas las que ella pudiera tomar le parecían mezquinas. Revelárselo todo al general, aquel hombre digno y pundonoroso, confundiría a su mujer con su desprecio..., tal vez la mataría. ¡Mejor! Quería verla confundida, humillada, sangrienta. ¿No había ella destrozado su vida con su traición? Recordaba, aumentando su odio, que había hallado a Josefina más bella, con más luz en los ojos... abierta en una floración de felicidad que no podía provenir de las alegrías conyugales. Aquello por sí solo era una revelación. Olga recordaba, a pesar suyo, el florecer que tuvieron su carne y su alma cuando un amor adúltero arraigó en ella, alegrando la frialdad y la monotonía de su hogar.

Para evitar la inconsciente comparación se decía que ella había amado como no podía amar Josefina. No concebía que pudiese existir más amor que el suyo. El la autorizaba para todo, como un Dios único.

VI

TRÁGICA DISCRECIÓN

Se vistió apresuradamente y se dirigió a la morada de Josefina.

—¿Aviso a la señora?

—No, al señor; tenga la bondad de llevarme a su despacho.

Gozaba de pensar el susto y el castigo de su rival.

—¡Querida Olga!

El general la recibía con las dos manos tendidas y el semblante franco y afectuoso.

—¿Qué tal ese viaje?

—Bien, amigo mío.

—¿Qué tiene? ¿Qué le pasa?—exclamó Ginardt.

Olga sintió miedo, remordimiento de turbar aquella serena tranquilidad. Se acordaba de su marido. ¿Tenía ella derecho a hablar de traiciones? ¿No pudo otra mujer ir hasta el coronel como ella venía hoy hasta Ginardt?

—Sufro, amigo mío.

—¿Qué le sucede?—insistió.

—Que a veces no se sabe lo que se desea. Se anhela el término del viaje. Asusta la idea de morir sin ver de nuevo a los ausentes, y luego... se piensa que por qué no habrá sido la suerte piadosa, negándonos el logro de nuestro deseo.

—¡Cómo! ¿Acaso Andrés?

Aquel nombre pronunciado por el general, allí, en su casa, la excitó.

—Sí—repuso,—me ha hecho víctima de una traición inicua.

—¿Pero es posible?

—Estoy segura.

—Se iban ustedes a casar, él adora a usted... me lo ha dicho no hace muchos días, cuando Josefina y él la esperaban impacientes.

—¡Me esperaban impacientes!—repitió ella con sarcasmo.

—Acaso no tenga lo sucedido la importancia que usted supone; una debilidad... su larga ausencia... hay cosas que no afectan al amor... que se deben no tener en cuenta...

—¡General!

Era un grito que se escapaba de su alma. El se detuvo, desconcertado.

—¿Pero qué ha podido suceder? No me explico que un hombre amado por usted pueda traicionarla.

Atajó ella la lisonja con un movimiento de la mano.

—¡Oh, la desvergüenza suple a todo!—exclamó con rencor

—¿No se trata, entonces, de una mujer distinguida?

—¡Pchs! El mundo no niega la distinción a las hipócritas que saben engañar a un padre... a un marido...

—¿Quiere usted decirme su nombre?

Temblaba ligeramente la voz del general.

—Sí. Así que usted me diga qué es lo que yo debo hacer.

—Despreciar, si no puede perdonar—repuso él, ya más tranquilo por la respuesta de Olga.—La mujer no tiene más venganza que el olvido.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Usted lo ha dicho!... Se cuenta con la impunidad del engaño a una mujer... se sabe que no podrá vengarse... si no asocia su venganza a alguien tan ultrajado como ella... Es terrible, terrible.

La abandonaron las fuerzas y rompió a llorar con desconsuelo.

—¡Olga, por Dios!, cálmese—decía Ginardt, combatido por una serie de sentimientos apenas esbozado.—No sé lo que me sucede Reflexione y hábleme con sinceridad.

Ella seguía sollozando y fija en su idea.

—¡Se cuenta con la impunidad en la ofensa! No se mide el

dolor... ¿Tiene el alma sentimientos distintos en el hombre y en la mujer? ¡Perdonar!... ¡Olvidar!... General: ¿qué haría usted en lugar mío?

Le vió palidecer, vacilar, conmoverse en un ligero temblor, y contestó con voz firme:

—Les mataría: a ella y a él.

Y mientras ella seguía llorando, el general recorría la habitación a grandes pasos.

Aquella idea no se le había ocurrido a Olga. Por un absurdo, pensó con odio en la rival para el castigo y no se le ocurrió que iba a concitar sobre la cabeza de Andrés un odio semejante al suyo, más temible y más inapelable.

La idea de hacer daño al que tanto había amado, al que amaba aún con toda la fuerza de su desesperación, la aterró. Tenía que salvarlo perdonando a su rival. Era un sacrificio heroico que exigía todas sus fuerzas. Una última prueba de cariño que no sabría nadie jamás.

Veía claro que sus palabras habían levantado una sospecha en el general, en aquel hombre recto, paternal y bondadoso, que por una asociación de ideas evocaba la figura confiada y noble de su difunto esposo.

El se paró bruscamente delante de Olga.

—Me ha prometido usted un nombre.

—¿Qué le importa, general? Usted no la conoce.

—¿Y si me importara?

—Se lo diría; pero todo es inútil. He venido a ver a usted después de tomar mi decisión irrevocable. He venido porque deseo que usted se ocupe de los asuntos que dejo aquí abandonados... Me vuelvo al Brasil en el mismo barco que me ha traído.

Volvió a llorar con amargura.

—Pero Olga... ¿no se puede intentar?...

—Es inútil todo. Le ruego que no insista. Me marcharé hoy mismo. Es preciso cortar de un hachazo toda la exis-

tencia y poner entre la herida y el recuerdo toda esa inmensidad del océano que no me volverá jamás a Europa.

—¿Sabe Josefina?...

Dominó Olga su emoción en un esfuerzo supremo.

—No he querido decirle nada. Su cariño me haría vacilar y mi decisión debe ser irrevocable...

—¿Se irá usted sin verla, Olga?

—No... no... de ninguna manera, general... Llámela... llámela... le daré mi último beso...

La figura de Josefina apareció en la puerta. Olga pudo abrazar de una mirada su turbación, su anonadamiento, su aspecto de reo. Por un momento temió que aquella mujer, aturdida y banal, hiciese inútil su sacrificio. Se adelantó a ella y le cogió las manos.

—¡Josefina!

—¡Olga!

—He venido a preguntarle a tu marido qué debía hacer ante la traición que me ha destrozado el alma. No te doy detalles... tú me conoces y sabrás adivinarlo todo.

—¡Olga!

—Tu marido lo ha dicho: los hombres, matan... las mujeres que no perdonan, olvidan... Yo debo irme...

Josefina lloraba. Libre del miedo, se sentía llena de vergüenza y de humillación ante su rival. Deseaba rechazar e perdón a que se acogía. Hizo un esfuerzo para responder.

—Pero, Olga... ¿acaso?...

—¡Calla!... ¡no me hagas vacilar!... yo podré olvidarlo todo... *todo*... TODO... MENOS A TI...

Josefina se volvió hacia su marido.

—¡Pascual!

—Es inevitable, hija mía; en caracteres como el de Olga es inútil influir.

—Gracias, general. Esta situación es dolorosa. Ya que us-

ted acepta el cuidado de mis intereses, le escribiré con oportunidad. Dejándoles confiados a usted, estoy tranquila.

Le tendió la mano, y luego se volvió para besar a Josefina. Su mano apretó con tal fuerza el brazo de su rival, que sintió con fruición hundirse el encaje de la blusa en la carne que oprimía, desgarrándola con sus uñas. La envolvió un velo de sangre. ¿Si ella matase a aquella mujer? Andrés... tal vez la lloraría... Su vida de él estaba, en aquel momento, unida a la vida de Josefina.

Y tuvo fuerzas para besarla en la mejilla, olfateando el aroma de otro beso, y para darle a su voz la entonación solemne del acento del Santo que absolvió a la pecadora por haber amado mucho:

—¡Adiós!... ¡Sed dichosos!...

INDICE

LA HORA DEL AMOR

DON MANOLITO

VILLA MARÍA

SORPRESAS

Ptas.

A. García Carraffa: FRASES CELEBRES DE POLITICOS... 3,50

Autores americanos: SUS MEJORES CUENTOS........... 3,50

Mauricio Maeterlinck: EL HUESPED DESCONOCIDO. (Ocultismo, sugestiones, ciencias ocultas).......... 3,50

Alvaro Retana: LA CARNE DE TABLADO (novela, escenas pintorescas de Madrid de noche, 15.° millar)........ 3,50

J. Millán Astray, ex director de la Cárcel Modelo de Madrid y otros presidios: SUS MEMORIAS (12.° millar).... 3,50

Augusto Martínez Olmedilla: LA LEY DE MALTHUS (novela).................... 3,50

Id.: EL TEMPLO DE TALIA (novela)................ 3,50

Id.: EL CULTO AL RECUERDO (novela)................ 3,50

Ptas.

Augusto Martíuez Olmedilla: DONDE HUBO FUEGO ... (novela)............... 3,50

Emilio Martínez Amador: LA INQUIETUD DE AMAR (novela.)................... 3,50

J. Ortega Munilla (de la Real Academia Española): LUCIO TRELLEZ (novela, 10.° millar).............. 3,50

Pedro Mata: EL MISTERIO DE LOS OJOS CLAROS (novelas, 12.° millar).............. 3,50

Willy: LA FUMADORA DE OPIO (novela, 15.° millar).. 3,50

Max Nordau: EL DIA DE LA IRA (novela), dos tomos, uno.. 3,50

Antonin Reschal: PIERRETTE COLEGIALA, PIERRETTE SE DIVIERTE, PIERRETTE ENAMORADA (trilogía sobre la Eva moderna), en tres tomos, uno................ 3,50

Colección popular Sanz Calleja, en tomos de espléndida presentación, una peseta volumen.

B. Morales San Martín: EVA INMORTAL (novela). 1,00

Carmen de Burgos (Colombine): LA HORA DEL AMOR (novela)................. 1,00

Enrique de Alvear: GENTE BIEN (teatro rápido)...... 1,00

Felipe Sassone: BAJO EL ARBOL DEL PECADO (novelas).................... 1,00

Emilio Carrère: EL ENCANTO DE LA BOHEMIA (novela).. 1,00

José M. Deulofeu: UN HOMBRE QUE HA VIVIDO MUCHO (novela).............. 1,00

José Ortega Munilla (de la Real Academia Española): CLEOPATRA PEREZ (novela).................... 1,00

Pedro Mata: LOS CIGARRILLOS DEL DUQUE (novelas). 1,00

Juan Gómez Renovales: MUJERES CONOCIDAS. Prólogo de D. Jacinto Benavente... 1,00

Colección Sanz Calleja, 1,50 pesetas volumen.

Todos los tomos de esta colección constan de 250 a 300 páginas, y están elegantemente encuadernados en tela.

N.° 1.—Emilio Carrère: LA VOZ DE LA CONSEJA (selección de las mejores novelas breves y cuentos de los más esclarecidos literatos). Firmas del volumen 1.°: Galdós, Benavente, Unamuno, Condesa de Pardo Bazán, Baroja, Dicenta, Ricardo León, Rubén Darío, Répide, Nogales, Palacio Valdés, Arturo Reyes y Pedro Mata............ 1,50

N.° 2.—Francisco Villaespesa: JUDITH (tragedia). 1,50

N.° 3.—Carmen de Burgos (Colombine): CONFESIONES DE ARTISTAS (interviús con celebridades contemporáneas). (Tomo 1.°: Actrices españolas)........ 1,50

N.° 4.—Id.: (Id. 2.°: Artistas extranjeras)............... 1,50

N.° 5.—Francisco Villaespesa: ANDALUCIA (cantares y poesías)................. 1,50

N.° 6.— Carmen de Burgos (Colombine): MIS VIAJES POR EUROPA. (Tomo 1.°: Suiza, Dinamarca, Suecia y Noruega).............. 1,50

N.° 7.—Id.: MIS VIAJES POR EUROPA (Tomo 2.°: Alemania, Inglaterra y Portugal).................. 1,50

N.° 8.—Emilio Carrère.: LA VOZ DE LA CONSEJA (selección de las mejores novelas breves y cuentos de los más esclarecidos literatos). Firmas del volumen 2.°: Bernardo Morales San Martín, Diego San José, Concha Espina, W. Fernández Flórez, J. Ortega Munilla, V. Blasco Ibañez, F. Trigo, José Echegaray, Alvarez Quintero (S. y J.), Alvaro Retana, Gutiérrez Gamero y Antonio de Hoyos y Vinent............ 1,50

N.° 9.—Max Nordau: EL DERECHO DE AMAR comedia dramática en cuatro actos). 1,50

N.° 10. — Mathilde Alanic: (premiada por la Academia Francesa): LA HIJA DE LA SIRENA (novela)......... 1,50

	Ptas.
N.° 11.—Miss Braddon: VIOLETA (novela)............	1,50
N.° 12.—Max Nordau: PANNA (novela)..............	1,50
N.° 13.—Emilio Carrère: LA VOZ DE LA CONSEJA (selección de las mejores novelas breves y cuentos de los más esclarecidos literatos). Firmas del volumen 3.°: Francés, Sellés, Martínez Sierra, Valero de Tornos, Alejandro Ber, Gómez de la Serna, González Olmedilla, *Azorín*, *Colombine*, Ortiz de Pinedo, Fernando Mora, Juan Valero Martín, Mota, Oliver, Ramírez Angel y Roberto Molina.....................	1,50
N.° 14.—José Ortega Munilla (de la Real Academia Española): EL TREN DIRECTO (novela)..........	1,50

En los diez primeros tomos de esta colección presentamos, además de las mejores firmas, un volumen seleccionado de cada uno de los diferentes estilos y clases de literatura contemporánea; en los diez volúmenes van incluídas las mejores novelas breves y cuentos, novela grande, teatro en verso y prosa, poesías y cantares, interviús y confidencias de artistas españolas y extranjeras y narraciones de viajes.

A partir del tomo once hemos dado preferencia a la novela grande de autores españoles y extranjeros.

Todos los volúmenes de esta colección pueden ponerse en las manos de todos los lectores.

Colección económica Sanz Calleja, 2 pesetas volumen.

Manuel A. Bedoya: LA FERIA DE LOS VENENOS (novela).	2,00
Felipe Sassone: VORTICE DE AMOR (novela)..........	2,00
Id.: A CAMPO TRAVIESA (comedia en tres actos)......	2,00
José Francés: LA PEREGRINA ENAMORADA (novela).....	2,00
Federico G.ª Sanchiz: CHAMPAGNE (diario de un bohemio mundano).........	2,00
Emilio Carrère: ROSAS DE MERETRICIO (novela)........	2,00
E. de Autrán: LA REBELDE (novela).................	2,00
B. Iñiguez: BALANCE (poema)......................	2,00
El Caballero Audaz: EL LIBRO DE LOS TOREROS.....	2,00
Joaquín Dicenta: SOBREVIVIRSE (drama)...........	2,00
Augusto Martínez Olmedilla: SIERVO Y TIRANO (novela)....................	2,00
Id.: LOS HIJOS (novela).....	2,00
Id.: EL DEBUT DE CELIA (novelas)..................	2,00
J. Ortega Munilla (de la Real Academia Española): DON JUAN SOLO (novela)	2,00

OBRAS TEATRALES DE DON JACINTO BENAVENTE

LO CURSI................	2,50
LA NOCHE DEL SABADO.....	2,50
EL DRAGON DE FUEGO......	2,50
ROSAS DE OTOÑO...........	2,50
LOS MALHECHORES DEL BIEN.	2,50
MAS FUERTE QUE EL AMOR..	2,50
LOS INTERESES CREADOS....	2,50
SEÑORA AMA.............	2,50
LA PRINCESA BEBÉ.........	2,50
LA PROPIA ESTIMACION......	2,50
LA ESCUELA DE LAS PRINCESAS..................	2,50
LA FUERZA BRUTA..........	2,00
EL DESTINO MANDA........	2,50
CAMPO DE ARMIÑO..........	2,50
LA TUNICA AMARILLA.......	2,50
LA CIUDAD ALEGRE Y CONFIADA..................	2,50
EL MAL QUE NOS HACEN.....	2,50
LOS CACHORROS............	2,50
DE CERCA................	2,00
MEFISTOFELA..............	2.50
LA INMACULADA DE LOS DOLORES..................	2,50

Biblioteca selecta, 1,50 volumen, elegantemente encuadernados en tela fantasía.

Cervantes: ENTREMESES....	1,50
Id.: COMPENDIO DEL QUIJOTE	1,50
Id.: NOVELAS EJEMPLARES..	1,50
Goethe: VERTHER..........	1,50
Id.: FAUSTO, tomo 1.°......	1,50
Id.: FAUSTO, tomo 2.°......	1,50
Voltaire: NOVELAS..........	1,50
Lamartine: RAFAEL........	1,50
Balzac: CUENTOS FANTASTICOS..................	1,50
Dickens: EL CANTICO DE NAVIDAD Y LA FORTUNA DE UN ESTUDIANTE..........	1,50
Musset: LAS NOCHES DE ALFREDO DE MUSSET.......	1,50
Edgard Poe: AVENTURAS DE ARTURO GORDON PYM....	1,50
Prévost: MANON LESCAUT...	1,50
Chatrián: LA SEÑORA TERESA (novela)...............	1,50
Fray Luis de León: LA PERFECTA CASADA...........	1,50

	Ptas.
Shakespeare: HAMLET......	1,50
Sta. Teresa de Jesús: OBRAS.	1,50
Lope de Vega: NOVELAS....	1,50
Quevedo: OBRAS ESCOGIDAS.	1,50
Schiller: LOS BANDIDOS.....	1,50
Zorrilla: OBRAS ESCOGIDAS..	1,50
Perrault: CUENTOS.........	1,50
Campoamor: POESIAS ESCOGIDAS..................	1,50
Espronceda: EL DIABLO MUNDO.................	1,50
Foé: AVENTURAS DE ROBINSÓN CRUSOE (tomos 1.° y 2.°)....................	1.50
Dante: LA VIDA NUEVA.—Tasso: AMINTA.—Petrarca: VERSOS.................	1,50
Chateaubriand: VIAJES......	1,50
J. J. Rousseau: EL PACTO SOCIAL.................	1,50
Séneca: TRAGEDIAS.........	1,50
Marco Polo: VIAJES........	1,50
Fray Luis de Granada: SERMONES.................	1,50
Lamartine: VIDA DE CRISTÓBAL COLÓN..............	1,50
Lord Byron: POEMAS......	1,50
Cristóbal Colón: CARTAS Y TESTAMENTO.............	1,50
Voltaire: CANDIDO O EL OPTIMISMO (novela)........	1,50
Nicolás Gogol: EL COSACO TARASS BOULBA (novela rusa)	1,50
Mesoneros Romanos: EL CURIOSO PARLANTE (Escenas matritenses 1832-1836)...	1,50
Id.: IDEM ID. (1836-1842)...	1,50
Herculano: ARRAS, POR FUERO DE ESPAÑA (novela histórica)..................	1,50
Iriarte y Samaniego: FABULAS	1,50
LOS VIAJES DE GULLIVER (tomos 1.° y 2.°).........	1,50
PENSAMIENTOS Y FRASES CELEBRES DE GRANDES HOMBRES.	1,50
ANTOLOGIA DE POETAS GRIEGOS.....................	1,50
ANTOLOGIA DE ALOCUCIONES MILITARES	1,50
ANTOLOGIA DE LITERATURA CHINA.	1,50

BIBLIOTECA MORO

CHARLAS INFANTILES, POR DON CRÍSPULO MORO CABEZA

Los libros más amenos e instructivos para los niños, prologados por el Excmo. Sr. D. José Francos Rodríguez, ex ministro de Instrucción pública; por D. Ramón Méndez Gaite, presbítero y publicista, y otras personalidades.—Ilustraciones de diferentes artistas.

PUBLICADOS:

PINTIPOLIN, su infancia primera época).............	1,75
PINTIPOLIN, su juventud (segunda época)............	1,75

EN PRENSA:

PINTIPOLIN, su vejez (tercera época)	1,75

EN PREPARACIÓN:

LA HIJA DE PINTIPOLIN.
CUENTOS DE PINTIPOLIN.

VARIAS

Julián Sanz Martínez: RINCONES DE LA ESPAÑA VIEJA (Santander). Cuevas prehistóricas, monumentos, palacios señoriales, casas solariegas, castillos, arte antiguo, etc.........	3,00
Martín Rodríguez Merlo: ELABORACION DE VINOS TIPO VALDEPEÑAS. (un volumen en 8.° de 302 páginas)....................	4,00
Carlos Barés: (Catedrático de la Escuela Superior de Comercio de Madrid): RUDIMENTOS DE FISICA Y QUIMICA (388 páginas, 4.° mayor; contiene 427 grabados)	10,00

Pida usted a su librero obras de la casa SANZ CALLEJA, las de mejores firmas y las más espléndidamente presentadas hasta el día.

TODAS NUESTRAS PUBLICACIONES SE HALLAN DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA Y EN LOS KIOSCOS DE LAS ESTACIONES

Casa Editorial V. H. Sanz Calleja Casa Central: Montera, 31.—Talleres: Ronda de Atocha, 23-MADRID



